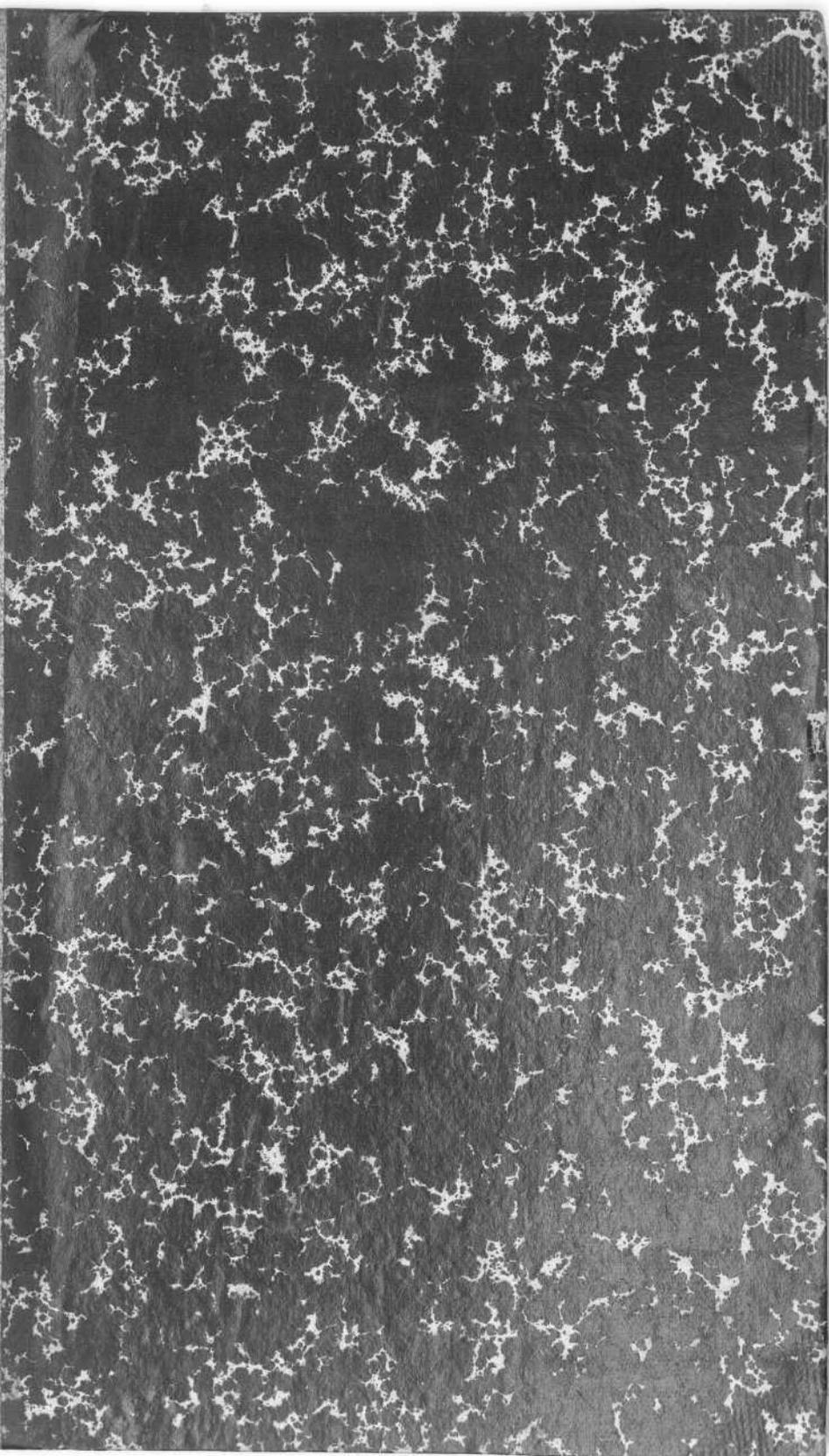


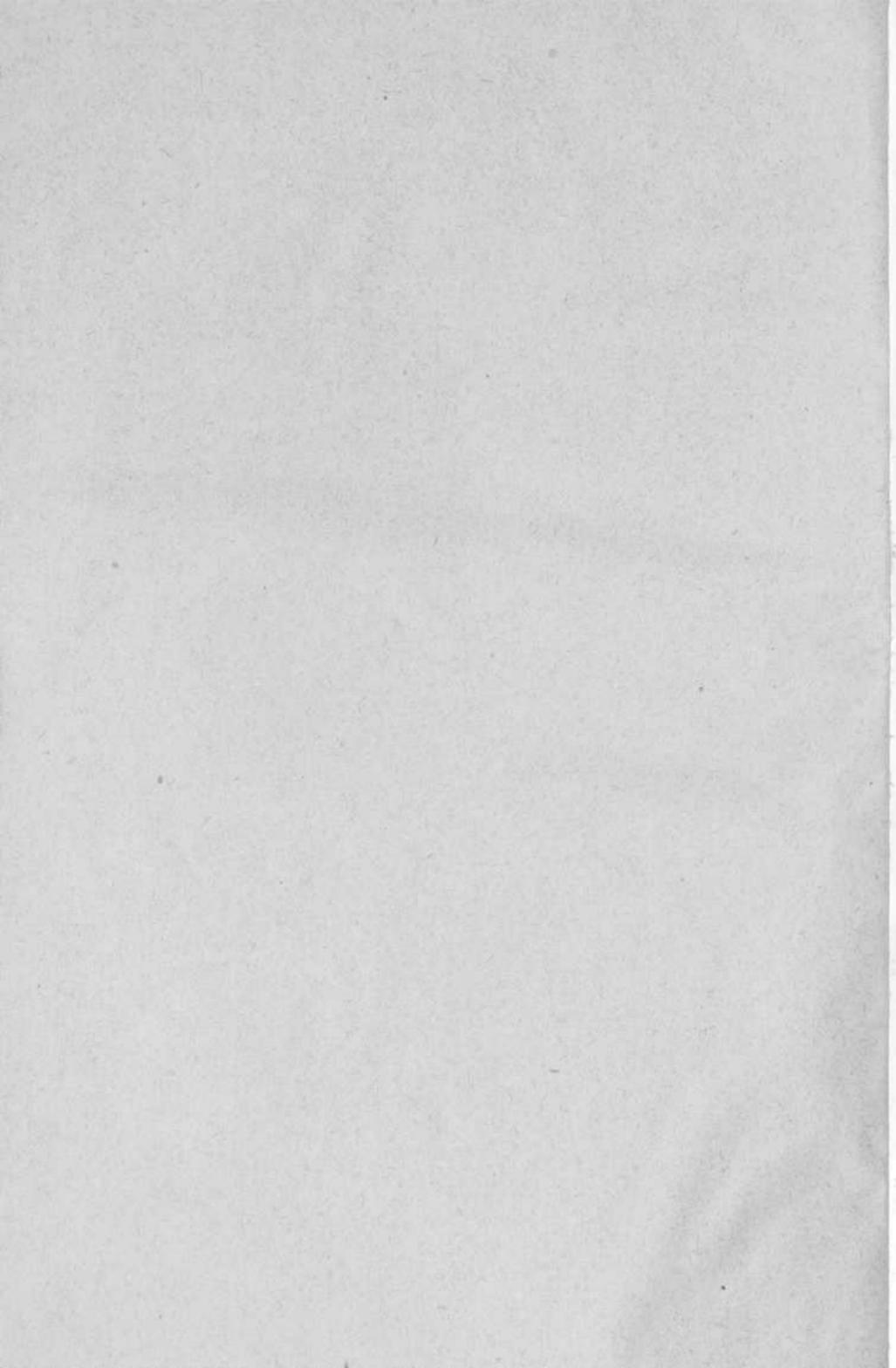
3.

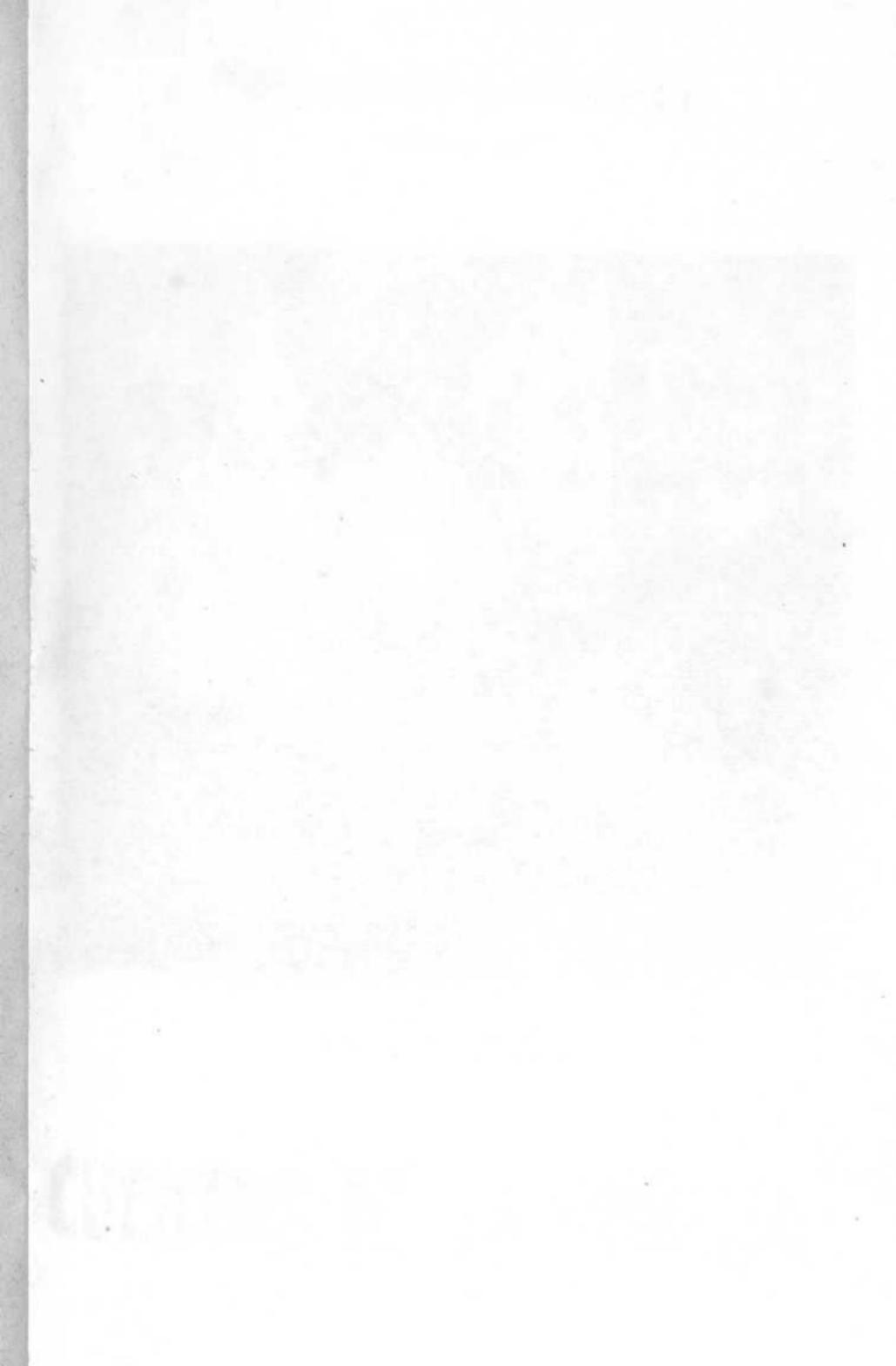
ante  
to  
a  
ña  
X













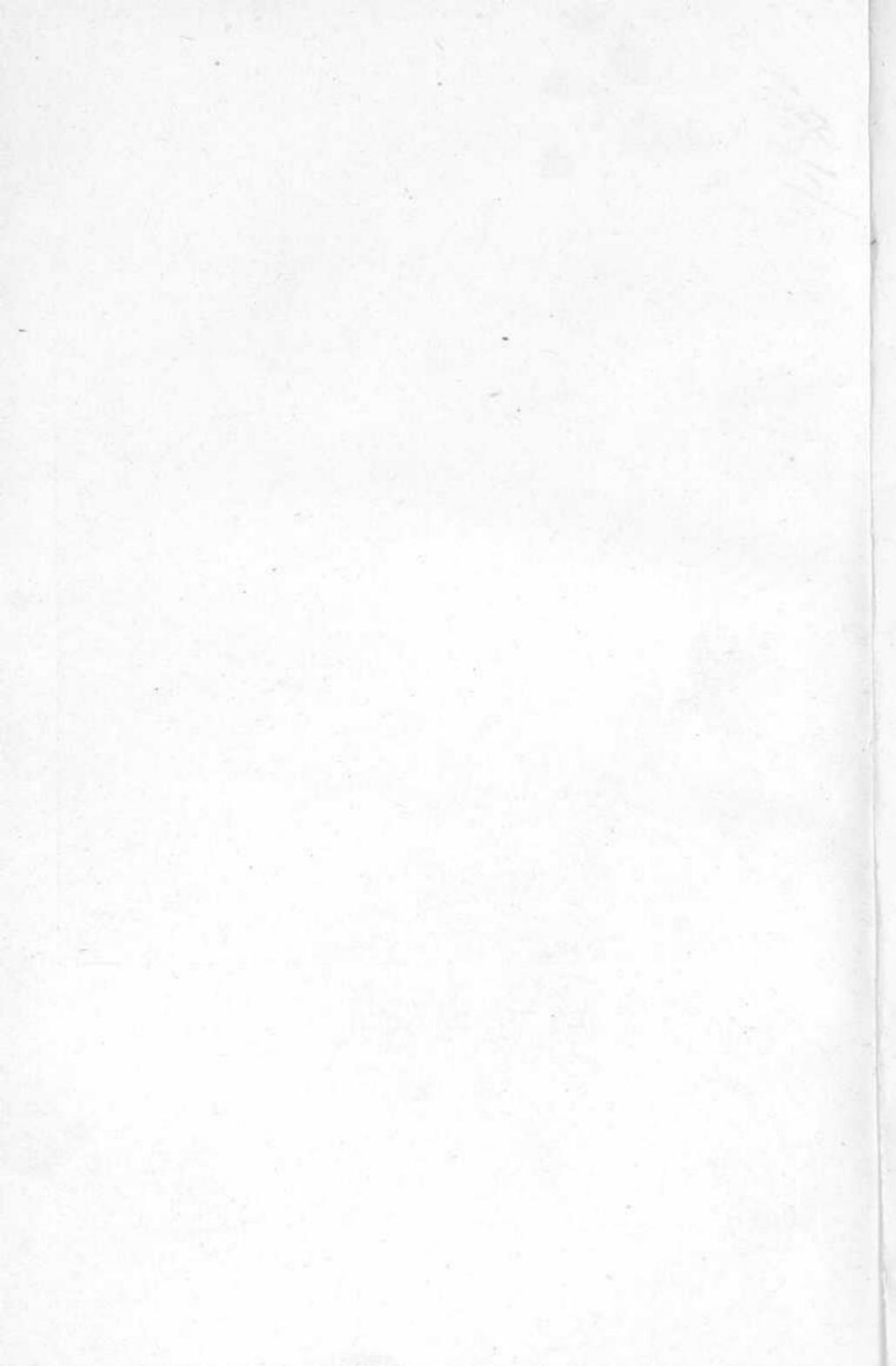
FEDERICO LAFUENTE

---



EN EL FILANDERO

**CUENTOS DE LA MONTAÑA**



Federico Lafuente

---

# En el Filandero

---

Cuentos de

la Montaña

Ilustraciones de D. José

Vera González y D. Pablo

— Santamaría —



MADRID  
LIBRERÍA FERNANDO FE  
Puerta del Sol, núm. 15

~~~~~  
*Esta obra es propiedad del  
autor. Queda hecho el depósito  
que marca la ley.*  
~~~~~



*Antonio Infante*  
1911



## Una explicación necesaria.

---

En aquellos pueblos, miserables aldeas de muy escaso número de vecinos, situadas en pintorescos valles y en las faldas de gigantescas montañas de la provincia de León, queda todavía de sus antiguas, típicas costumbres de comunidad de aldea, la del *Filandero*, aunque por la falta de producción de lino y algunas otras causas que no son aquí del caso, ha desaparecido, y es lástima, de muchos otros pueblecillos, y de pocos años á esta parte.

El *Filandero* es punto de reunión, lugar de trabajo entretenido y nada fatigoso, y á la vez ocasión de recreo y esparcimiento de aquellas pobres gentes de sencillas prácticas que así responden á la instintiva sociabilidad humana.

Cuando los campos, las montañas y el pueblo están cubiertos de nieve de tal modo, que toda comunicación con España, la provincia y aun las aldeas próximas, se hace imposible, y es preciso espalar y abrirse camino para ir de una casa á otra y á la Iglesia en los días de fiesta; en aquellas terribles invernadas en que acosadas por el hambre y por el frío bajan las fieras hasta los poblados; en las noches largas, y después de haber estado reclusos todo el día en estrecha vivienda y en contacto continuo con las vacas y los cerdos, se reúnen poco después del toque de oraciones, á turno, cada noche en una, en la casa de uno, los vecinos del pueblecillo; á los lados, y frente al fogón de la cocina, iluminada por la luz de un candil de aceite y las llamas de la leña que con abundancia quemán, porque la tienen cerca y hacen en época oportuna grandes acopios sin que les cueste otra cosa que su trabajo personal para proporcionársela; allí, y casi apretujados muchas veces, dada la estrechez del local y la concurrencia, se forma la tertulia, que suele prolongarse hasta las altas horas de la noche, ya que no hay que madrugar al siguiente día porque las faenas del campo y el pastoreo son materialmente imposibles, efecto de la nieve que lo cubre todo.

Con la *rueca* y el *huso*, sencillos, antiquísimos aparatos

muy conocidos también en Castilla y otras regiones de provincias españolas, hilan, donde todavía se produce lino del que hacen luego en telares domésticos la tela de sus camisas, labor á que generalmente se dedican las mujeres casadas, y con más singularidad las relativamente viejas, porque no suele ser este trabajo de gente joven y moza; los hombres arreglan redes para la pesca de truchas, abundantes en aquellos ríos, y hacen cucharas de boj, que no escasea en aquellos montes, y algunos fabrican zuecos de haya ó abedul; cuando acuden los mozos del pueblo, y esto no se permite todos los días, ellos llevan el aguardiente, y la dueña de la casa pone el pan que con él toman, y bromean constantemente, y hasta suele la velada terminar en baile al son de una pandera y el cantar de coplas á cargo siempre de las mozas y rapazas.

No es rara la pecaminosa chanza de apagar el candil cuando también la lumbre del fogón está mortecina y..... «el hombre es fuego, la mujer estopa.....»

Costumbre también es la de que alguna de las mujeres de más edad diga romances ó relate cuentos, y es su público tan sencillo y creyente que no duda en dar crédito á fantasías y tradiciones que llevan, con toda intención de la cuentista, moraleja ó enseñanza que fructifica en aquellas almas con gran provecho social: son también algunos cuentos de sal gruesa, chistes burdos; pero lo más corriente es que sean morales, entretenidos, y, sobre todo, fantásticos é inverosímiles en lo que contradicen las leyes naturales.

Esto, dicho á grandes rasgos, es la tertulia de un *filandero* en los meses de invierno; cuando llega el buen tiempo, se licua la nieve, ceden los rigores del frío, calienta el sol y el campo reverdece, concluyen aquéllas para la gente moza alegres veladas, y entretenidas, y económicas reuniones para los que constituyen hogar independiente.

En los *filanderos* se han inspirado los cuentos ideados en este libro y he procurado reflejar en ellos la sencillez de las costumbres de aquellos nobles montañeses: quisiera haber acertado.



## La varita verde.

---

El *Filandero* aquella noche se hacía en casa de Mari Antonia, viuda y ya mujer de alguna edad, de las que no faltaban nunca en la misa de las siete de la mañana ni al rosario por la tarde, al empezar las sombras de la noche.

Pequeña resultaba la cocina y hasta en la boca del horno, por no haber ya otro sitio, había sentados, y de incómoda manera dos mocicos.

A izquierda y derecha del fogón, de poco más de una cuarta de altura sobre el suelo, y en el que ardía imponente pira de leña de roble seca, y en el centro, sentados unos en rodillos ó sericos de paja entrelazada, otros en las baldosas y algunos de pie, aparecían los contertulios sin apenas dejar espacio para los necesarios movimientos de su trabajo á las que hilaban y á los que fabricaban horquillos y cucharas, unos y otros lo más cerca posible de la luz de un candil bien alimentado de aceite y pendiente del techo.

Eran ya las diez y la tertulia que había empezado á poco más de las ocho, estaba en todo su apogeo: abundaban las frases, los chistes y las alegres risotadas de rapazas y mozas, después de haber hablado algún tiempo de la inclemencia de aquel invierno y de la pobreza con que tenían que luchar.

Aprovechando un momento de silencio en aquel guirigay de diversas conversaciones, dijo uno de los mozos incómodamente sentado en los ladrillos salientes de la boca del horno:

—Ahora usted, señá Mari Antonia; venga el cuento de la *Varita verde* que nos ha ofrecido.

—Sí, sí, el cuento gritaron, más bien que dijeron varios contertulios.

—Bueno, bueno; pero ¡cuidado! que á mí me gusta que se ponga oído y atención cuando hablo, y á las mozas y los

mozos me refiero, que tiempo tendreis después de platicar y engañaros los unos á los otros.....

Rieron los aludidos estas últimas palabras, y cuando ella observó que todos callaban y se preparaban á oír, empezó Mari Antonia con cierta gravedad su relato:

\*  
\* \*

—Había en un pueblecito cerca del nuestro.....

—¿Fraguas? dijo un mozo.

—¿Lodares? preguntó una moza.

—Donde sea, replicó Mari Antonia mal humorada, y haceis el favor de callaros.

Callaron todos y continuó Mari Antonia:

—Pues bien; en un pueblecito cerca del nuestro, y en tiempos del Rey de León D. Ordoño el Segundo, vivía con sus padres una rapacina que apenas si había cumplido quince años; pero que tenía el desarrollo de una buena y guapetona moza; dicen que no hubo en todo el contorno mujer más bella; se llamaba Rosa.

Lo mismo que ahora sucede, por la Primavera y el Verano venían á cazar por estas montañas algunos caballeros asturianos, que á buen seguro y por bien que se les diera les resultaba cada pieza en más de dos ó tres monedas de plata vieja, sin contar las fatigas del cuerpo para caminar por estas pedreras y por estos montes.

Al monte iba Rosa todos los días y en él apacentaba las dos vacas que constituían la mayor riqueza de sus padres, porque todavía los prados no estaban abiertos y menos había llegado el tiempo de la *derrota* (1).

---

(1) Consistía la *derrota*, costumbre que todavía sigue con aplauso de los más en los pueblecillos de León y Asturias y otros puntos, en que á fecha determinada, haya ó no el dueño levantado la cosecha, por general requerimiento y acuerdo del Concejo, los propietarios de fincas rústicas están obligados á permitir la entrada de los ganados en sus predios.

También se habla en el texto de no haberse habierto aún los prados, y ésta, la de tenerlos cerrados, es otra costumbre montañesa: á su tiempo, en la época previamente acordada por el Concejo, se abren para que puedan los ganados del lugar utilizar los pastos de estos prados abiertos, lo que acontece en dos temporadas del año.

Quiso la fatalidad ó la suerte, que ya veremos si fué adversidad ó fortuna, que un día de mucho viento, una tarde fría de Marzo, Rosa, mientras las reses pastaban monte arriba, se cobijara en el hueco de una peña muy grande, muy grande, y procurando resguardarse del aire y del frío; y era el hueco aquel como una cueva en la que podían estar cómodamente diez ó doce personas.



Rosa, lo mismo que cualquier rapaza del país, no conocía el miedo en el campo; mujer de tierras extrañas y de otra con-

dición social, habríase asustado más de una vez con los silbidos del viento y los espantosos ruidos que reproducía el eco al choque del vendabal en los peñascales; Rosa estaba completamente tranquila sin más recreo que la vaga contemplación de las nubes, y de vez en cuando fijarse para ver los sitios por dónde andaban las reses confiadas á su cuidado.

Ya llevaba más de una hora en su guarida cuando se la figuró escuchar cerca ruido de algo que procuraba, según á ella le pareció, abrirse paso entre árboles y arbustos que crujían de diferente modo á como el viento los hacía crulir; y entonces sí que tuvo algún cuidado pensando en que por allí podían andar lobos y hasta osos que suelen perseguir á los rebecos ó acudir al olor de las ovejas.

Los pasos se acentuaban de momento en momento y la inquietud de Rosa también aumentaba; pero la duda duró poco: delante de la rapaza se presentó un apuesto caballero con elegante traje de campo y armas apropiadas para la caza de reses mayores.

Asustóse la pastorcilla de manera que lo advirtió el caballero que se apresuró á tranquilizarla:

—Nada temas, mi niña, la dijo; he perdido la senda y no sé ya por dónde van mis compañeros; nada temas de mí, deja que descanse y me dirás luego por dónde iré bien al pueblo que haya más cerca.

—Nada temo, señor, contestó Rosa repuesta de su primera impresión; debéis, á juzgar por vuestro porte y avío, ser hidalgo y cuando menos caballero, y los hombres de pró no hacen daño á las mujerinas que hallan solas en el campo. ¿Venís y sois de lejos?

—De la capital, de León. ¿Tú no conoces la ciudad?

—No, señor; jamás salí del pueblo y sólo he visto las aldeas inmediatas en los días que hubo fiesta en ellas.

—¿Y no te gustaría?...

—¿Cómo, señor? Mis padres nunca salieron del lugar y ya no han de sentir comezón por ver tierras.

—Pero tú puedes casarte, y según con quien sea, podría ser que dejaras tu aldea.....

—No crea eso, no lo crea; yo no podría vivir fuera de mi pueblo y de estos montes, y dejar este cielo que nos guarda y el río á que voy á lavar y la Virgencita que tenemos en la Iglesia.

—Aún eres rapacina, muy rapacina....

—No tanto, no tanto, que ya voy para los quince ó dieciséis, que no lo sé bien, y aquí se casan muchas antes de los veinte. ¿Verdad que no está bien, que es una locura, eso de casarse tan jóvenes?....

—¿Acaso tienes ya novio?

Rosa se puso muy colorada, y bajando la vista, respondió:

—Festéjame un mozo y ya este año por él me dan ronda, y luego se van los otros y yo me asomo á la ventana y hablamos.

—¡Vaya! Pues será cosa de tener envidia..... ¡eh! Y realmente no deja de ser mozo de suerte, porque tú eres muy linda, muy guapina....

—No me diga cosas, no hagais que os huya y os tenga miedo.

—¿Tanto le quieres?

—Como á las niñas de mis ojos. Y hablando así Rosa, se puso encendida más que la grana.

—Bien, bien; estáte tranquila, hermosa rapaza; que tú me gustes á mí, no quiere decir que yo exija que me quieras; además, acabas de conocerme, soy más viejo....

—¿Y ya no me dirá cosas?....

—Según á lo que tú llames decir cosas.

—Pues á eso..... á decirme que soy guapina y....

—Y sí lo eres, chiquilla, si te hallo encantadora, si me volverías loco en cuanto que lo quisieras....

—Me voy, me voy con las vaquiñas....

—No, no huyas y dime qué camino he de seguir para tu pueblo....

—Eso bien, os lo diré: no tiene pérdida; bajais por esta sendita de la izquierda y á la primer revuelta de la montaña, ya vereis la Iglesia ¡si vierais que Virgen del Carmen tenemos! esa si que es guapina.

—¿Y tú sabes si podré hallar en tu pueblo alojamiento para esta noche?

—No lo sé, mi señor; pero hay más de veinte vecinos y si hablais con alguno del Concejo....; en fin, en la calle nadie se queda, y aún llegais á tiempo en último caso para el *Palo de los Pobres*.... (1)

—¿El *Palo de los Pobres*?....

—Aunque vos no lo seais, y no lo sois ciertamente, mirando vuestras ropas, el *Palo de los Pobres* es para todos, es obra cristiana, costumbre que hay en el pueblo de dar cena y albergue al caminante, y este servicio de caridad cristiana es á turno, á tocas, entre todos los vecinos; con que marchad, marchad para que llegueis á tiempo..... ¡ah! pero ¿y vuestros compañeros?

—Ya sabrán encontrarme, llevamos buenos perros y entre ellos el mío, que olfatea bien y por la pista seguirá mis huellas hasta dar conmigo.

—Bien, bien; pues id en buena hora, que yo voy también á recoger las vacas y marchar con ellas á casa; va siendo tarde.

(1) «*La campanica* de las oraciones no era sólo recuerdo y ocasión de prácticas del culto católico; llevaba además la obligación de realizar un acto de caridad y piedad cristiana, y esta prestación personal, con placer cumplida, significaba el *Palo de los Pobres*, una vara larga y recta, cuyo remate eran tres cruces ó una sola, hechas de madera (yo las he visto de una y de tres cruces); en algunos pueblos no tocaban la campanilla, pero existía el turno de los pobres que consistía en dar albergue durante la noche á los mendigos forasteros y otras personas interrumpidas muchas veces en su marcha por la inclemencia del tiempo y las grandes nevadas que hacían imposible el tránsito por los caminos.

Al toque de oraciones de la campana de la Iglesia y de la campanilla que llevaba el mismo á quien correspondía turno de Beneficencia, iban reuniéndose en el punto más céntrico del lugar los que necesitaban albergue, y allí acudía por ellos el portador del *Palo*, emblema de la caritativa misión que realizaba, y el mismo que les conducía á la casa más inmediata á la suya, por ser su dueño quien al día siguiente estaba de turno, y en aquélla quedaban los que habían de ser hospedados durante la noche y generalmente en el pajar; pero no se contentaba el vecino que los recibía con permitirles pernoctar en su domicilio, sino que les daba cena, antes de que se fueran á dormir, y almuerzo por la mañana, cuando dejaban su casa.

La *Campanica* y hasta el *Palo* han desaparecido de casi todos los pueblos en que se practicaba; pero continúa en la mayor parte de ellos la costumbre de albergar á los transeúntes».

(De *Costumbres y Derecho Consuetudinario de los pueblos leoneses*, obra inédita del autor de este libro).

No creyó el caballero que debía permanecer más tiempo junto á la rapaza que comenzaba á interesar demasiado su corazón y ponía en serio peligro su hidalguía. Y siguiendo las indicaciones de Rosa, empezó á descender del monte, y sin apartarse de la ruta que le habían indicado, en menos de un cuarto de hora divisó la Iglesia, y poco después, se halló en el centro de una plaza pequeña, cerrada por humildes casas construídas con piedras y sin argamasa que las sujetase.

En aquella plaza había una fuente, y en la fuente, tres ó cuatro rapazas llenando de agua sus cántaros.

El caballero preguntó por la casa del Concejo y á ella enderezó sus pasos.

Tuvo que esperar una media hora, porque todavía el Presidente del Concejo no había regresado de la *vecera* (1) de reses lanares, que le había en suerte correspondido hacer aquel día; y una vez que con él pudo hablar, le dijo su peripécia de caza; que se había retrasado de sus compañeros, que llevaban ellos las viandas y ropas y se hallaba por esta causa sin elementos para pasar la noche y averiguar al siguiente día el paradero de sus camaradas, diciendo ser como era don Rodolfo de Mendieta, fijodalgo y segundón de la casa de su nombre en la Corte.

—De buen grado, señor, dijo el rústico alcalde, os daría cena y acomodo en mi propia casa; pero ella es tan pequeña y tan numerosa la familia, que no puedo, y creed que lo siento, daros la hospitalidad que mereceis y á la que teneis derecho.....

—¿Y en tal caso?....

—No temais; en este pequeño pueblo, el más mísero del contorno, no falta nunca la caridad cristiana, y por fortuna para vos, y satisfacción para mí, está hoy en turno del *Palo de los Pobres* uno de los más hacendados del Concejo que, además, es muy buena persona y tiene regular casa y poca familia: el matrimonio, ya viejos uno y otro, y una rapaza encantadora.

---

(1) Consiste la *vecera* en la obligación que tienen los vecinos de llevar á pacer y guardar el ganado por *vez*, es decir, turnando todos en aquel servicio de pastores.

Si el sencillo Alcalde hubiera sabido leer en la fisonomía de su interlocutor, habría observado en él una contracción extraña que respondía claramente, aunque á traición, á una impresión íntima, á una lógica sospecha:

¿Sería aquella hija de los viejos la rapacina con la que habló en el monte?

\*  
\* \*  
\*

—No quiero, dijo Mari Antonia, haciendo pausa y dirigiéndose á su auditorio que no perdía palabra del cuento, retrasar la satisfacción de vuestra curiosidad, y paso por alto muchos detalles.

Cuando Rosa, después de haber encerrado las vacas según costumbre, penetró en la cocina de su casa, lo primero que vió y en que se fijó con insistencia, no obstante la mortecina luz del candil, fué al caballero con quien había conversado en el monte, y lo mismo que le ocurrió al cazador hidalgo, apenas si pudo ella disimular una profunda emoción.

—¿Sois vos? dijo por decir algo.

—Yo soy rapacina, yo soy, y tu padre, el Sr. Isidro, la Providencia para mí.

—¿Conociais á mi rapaza? preguntó con extrañeza el señor Isidro.

—He tenido hace poco tiempo esa dicha, contestó el huésped: la ví en el monte y ella me indicó el camino para este pueblo ¡es angelical, angelical y muy hermosa vuestra hija! Estimó el Sr. Isidro el elogio, y Rosa y su madre agradecieron también la lisonja.

—No podeis resistir la llama, dijo intencionadamente el señor Isidro al echar en la lumbre un brazado de leña; separaos algo; estais muy cerca del fuego.

—Demasiado; contestó con doble intención también el hidalgo, y se apartó algún tanto de la llama.

Durante algún tiempo se generalizó la conversación y hablaron del país, de la producción, del rigor del invierno, de la nieve, del estado de los campos, de la caza; se habló de todo.

Rosa no hablaba; pero miraba con demasiada frecuencia,

unas veces á hurtadillas y otras sosteniendo la mirada, al cazador y no le hallaba viejo y le parecía bien apuesto, guapo y decidor con gracia: el caballero no dejaba tampoco de mirar á la rapaza, estableciéndose de momento en momento demasiado intensas las corrientes de simpatía entre aquellas dos almas.

La cena fué todo lo espléndida que podía ser en aldea tan pobre como la nuestra; pero hubo perdices, morcilla de la matanza de la casa, manteca, arroz con leche y pasas y queso y nueces y vino abundante. Caro le salió el turno del Palo de los Pobres al Sr. Isidro; pero no todos los días había que acomodar á un hidalgo y residente en León, donde alguna vez podríasele ser necesario pedir favores de renta, fuero subsidio real ó alcabala: el Sr. Isidro era bueno como el pan bueno; pero tenía su gramática parda y sabía distinguir y pensar que todos no somos iguales, y que hay clases hasta en el cielo.

\*  
\*\*

—Aquí, si os parece tarde, dijo haciendo otra pausa la narradora, lo dejamos para continuar mañana.

—No, no, dijeron muchas voces á la vez, y un mozo, con aquiescencia de todos, añadió:

—Cuento que se empieza en el filandero hay que concluirlo; ahora que si usted se cansa.....

—Yo no me canso; pero os advierto que falta mucho.

—Que falte; mañana no hay que madrugar.

—Pues entonces, con vuestro permiso, continúo el cuento:

\*  
\*\*

Y Mari Antonia volvió á hilvanar su relato del modo que sigue:

—Fué aquella noche acaso la peor de todo el invierno en estos pueblos de la montaña.

El viento frío y fuerte de por la tarde, apareció de nuevo y más soberbio todavía.

Concluyeron de cenar la familia y el huésped en casa del Sr. Isidro, y media hora más tarde decía el dueño dirigiéndose á su hija:

—El caballero estará cansado; nosotros, señor, tenemos la buena ó mala costumbre de recogernos pronto; enseña, y llévate para ello un candil, al huésped que tenemos la suerte de cobijar en nuestra pobre choza el sitio que para su descanso hayais dispuesto.

—Crea, mi buen amigo, dijo el hidalgo poniéndose de pie y pronto á seguir á Rosa, que de todo corazón lamento causarles tantas molestias.....

—Honor es para nosotros poderos servir en tan poca cosa.

—Dios premie vuestra bondad y El os dé tan feliz noche como para mí deseo; con El quedad, y hasta mañana.

Y el hidalgo, cuyo nombre, si las crónicas no mienten era Rodolfo, según él dijo al Alcalde, siguió en pos de la rapacina que caminaba despacio, para que su huésped pudiera ver con el candil que no alumbraba demasiado.

Torcieron á la izquierda, subieron unos cinco ó seis peldaños de una escalera estrecha, y se hallaron la rapaza y el caballero en un pequeño cuarto de blancas paredes, cuyo mobiliario y enseres consistía en una cama de madera toscamente pintada, cuatro taburetes y una mesita también de pino, y en la pared, por encima del testero de la cama, un cuadro desdibujado con la imagen de la Virgen del Carmen, patrona de aquel pueblo.

Rosa colocó el candil en un clavó que á tal efecto había en la pared cerca de la cama preparada con sábanas de cáñamo, burdos cobertores de gran peso y colcha de lana oscura, y almohadas con fundas de tela de lino; y hecho ésto, dijo:

—Que os conceda el Señor una buena noche en tan pobre morada como la nuestra.

—¿Me la ofreces tú, bellissima rapaza, con la misma voluntad que tus padres?, preguntó Rodolfo anheloso é impaciente para esperar la respuesta.

—¡Quien sabe, señor, si es más grande mi complacencia en veros aquí!....

—¡Ay rapacina, rapacina hermosa! ¿Han salido esas frases del fondo de tu alma?

—¡Vaya, vaya! sois demasiado preguntón..... buenas noches ¿eh?

—Escucha, óyeme.....

—No, no está bien que vos me habléis á estas horas y en esta ocasión, ni que yo me detenga; pudieran creer mis padres..... y además que ya sabéis que festéjame un mozo..... buenas noches, señor, buenas noches.....

—Una sola pregunta: ¿le quieres mucho?

—¡Miren y qué curiosiño resulta el viajero!.... ya me lo preguntó en el monte..... buenas noches.

Y Rosa, bajando al suelo los ojos, salió precipitada, mientras se preguntaba: ¿Será cosa de Dios? ¿Será el demonio?.... ¡Es muy guapín el hidalgo!

Media hora más tarde, las pocas luces que había en ella se apagaron, y la casa del Sr. Isidro quedó en el más completo silencio.

Arreciaba cada vez más el aire haciendo crujir puertas y ventanas y trayendo el eco el ahullido de los lobos y el silbar del aire azotando los altos peñascales; era una noche lóbrega, imponente. Rodolfo no podía conciliar el sueño.

Y no se acordaba de sus compañeros de caza, ni de que pudiera su perro dar con sus huellas; la rapaza, Rosina, iba siendo toda su preocupación; su emoción no era impresión pasajera, era ya demasiado viva y honda.

Tampoco la rapacina conseguía dormir.

En su intranquila imaginación estaban impresas las palabras del huésped, y además, ¡habíala mirado de una manera!

En cuentos también de *Filadero* había ella oído, no hacía muchas noches, que un Rey se había enamorado de una pastora y que se quisieron mucho y que se casaron; ¿por qué no podía ser?

Aunque procuraba quitarla de sí, y pensar únicamente, como era regular, en el mocín que la festejaba, no podía separar de sí aquella otra idea.

Y en esta lucha y entre bramidos del huracán, oyó frases

y carcajadas y después el canto de los mozos que se habían parado, sin miedo á la inclemencia del tiempo, precisamente debajo de su ventana.

Rodolfo también los oía claramente.

Una voz delgada, pero indudablemente varonil, lanzó al aire la siguiente copla:

«No me marcharé de aquí  
Que nací bajo este cielo,  
Y aquí vive la rapaza  
Con cuyos amores sueño.

Concluyó el cantar, y se oyeron varias voces jaleando al coplista. La misma voz, volvió minutos después á oírse:

Rapacina, rapacina,  
Mira como yo te rondo;  
Asómate á la ventana  
Cuando yo me quede sólo.

Risotadas y palmoteos afirmaron el éxito y la oportunidad de la copla.

Luego se oyó el ruido de pasos que se alejaban, y algo más tarde observó el hidalgo que se abría una ventana cerca de la de su alcoba, y sin poder contener su inquietud, se levantó de la cama, y procurando no hacer ruido, llegó al hueco de su habitación que daba también á la calle, y escuchó el siguiente diálogo, sostenido entre Rosina y su festejante:

—Dijéronme, Rosina, que cuando estuviste por la tarde con las vacas en el monte habló contigo un forastero.

—Y aunque así fuera.....

—¿Pero es verdad?

—Puede que lo sea.

—Es que yo no quiero que tú platiques con ningún hombre.

—¿Y he de hablar sólo con mujeres?

—Ya lo comprendes; te quiero mucho y para mí solo.

—Bien está.

—¿Me quieres tú?....

—Todavía no te dije que sí.

—Pero te festejo.

—¿Y eso qué?

—Y sales á la ventana.....

—Para ver si te quiero y te lo digo.

—¿Y cuándo?

—Soy todavía rapaza.

—Para los *Mayos* dejás de serlo, y falta poco para los *Mayos*, (1)

El fuerte ahullar de perros y el ruido de pasos de varias personas que se acercaban interrumpió la conversación. Rosina cerró la ventana, el mocico se ausentó, y Rodolfo puso atento el oído, no tardando en convencerse de que al fin los perros habían dado con sus huellas, y que debían ser sus compañeros de caza los que se acercaban.

—¡Qué rabia!, pensó.

¡Y hacer despertar y dar nuevas molestias á los que tan generosamente le daban hospedaje!

(1) La función de los *Mayos* á que incidentalmente hice alusión, se verifica del siguiente modo: La víspera de San Juan, en la mayor parte de aquellos pueblos, en otros en la de San Pedro, y en algunos en la de la fiesta del pueblo, en honor de su santo titular, los mozos, después de haberlos arrancado en el monte, de manera sigilosa y haciendo las autoridades que *no lo saben*, colocan durante las primeras horas de la madrugada dos árboles, los más altos y rectos que hallaron, después de haberlos descortezado hasta la punta que dejan con algunas ramas, en las que suelen poner un ramo y un gallo para el que, trepando, al día siguiente, y en la fiesta, pueda llegar á cogerlo, resultando así como una cucuña; por lo general, los *Mayos* los ponen la gente moza, uno, á la entrada del pueblo, y otro, frente á la Iglesia: en aquella misma noche colocan ramos en las ventanas donde hay mozas, y esto, no como un obsequio de novio á novia, de muchacho á la muchacha que pretende, y sí como fineza general de todos los mozos. Los *Mayos*, pasados unos días, los venden, y con su importe preparan una merienda.

Para completar esta información, conviene consignar aquí lo que al paso de rapaza á moza se refiere:

Los mozos son, por razón de su edad, la tercera metamorfosis en la vida: son *ninos* ó *ninas* hasta los siete años, luego rapaces ó rapazas, *rapacines* ó *rapacinas* hasta los dieciséis, y de aquí en adelante, *mozos* ó *mozas*, hasta llegar ellos á *vecinos* y ellas á mujeres casadas; las que no se casan continúan siendo mozas, y pasan pronto á ser *mozas viejas* si no se casan.

En algunas antiguas Ordenanzas de Concejo se habla de *menores*, pero solo refiriéndose á huérfanos y para efectos jurídicos: en cuanto á rapaces y mozas no hay que buscar derecho escrito; hay que acudir á costumbres constantemente observadas.

(Estas notas están tomadas de *Costumbres y Derecho consuetudinario de los pueblos leoneses*, obra inédita del autor de este libro).

No hubo remedio.

El Sr. Isidro contestó pronto á los golpes que daban en la puerta de su casa; se vistieron todos, mediaron las necesarias explicaciones, sin que el Sr. Isidro, su mujer y la rapaza, manifestaran disgusto por la llegada de los viajeros.

Se improvisó una segunda cena, echáronse por camas, colchones en el suelo; otros cazadores se acomodaron como pudieron junto al fogón en la cocina; los perros quedaron fuera y Rodolfo tuvo que dar hospedaje en su cuarto á dos de sus amigos.....

Volvió todo á quedar en silencio en casa del Sr. Isidro, siguió fuera rebramando el viento, sin que ya se oyeran cerca los lobos, sin duda por la presencia de los perros.

Rosina continuaba sin dormir.

Rodolfo no pudo tampoco conciliar el sueño.

La noche pasó, y á las ocho de la mañana siguiente era extraordinaria la animación en la cocina del Sr. Isidro.

Eran siete los cazadores á que había dado hospitalidad, y todos ellos caballeros distinguidos de la Corte y gente de buen humor.

Sólo Rodolfo que no apartaba sus ojos de Rosina, parecía la nota triste de la reunión.

A las once de la mañana todo estaba dispuesto para la marcha de los cazadores que antes quisieron recorrer el pueblo y ver la Iglesia.

Rodolfo pretextó no tener gana de hacer aquella excursión, y no fué; y aprovechando descuidos que siempre hallan los amantes, porque siempre andan al acecho, dijo á Rosa:

—Me voy Rosina; pero está segura que volveré; yo no podría vivir sin volver á verte.

—Lo estimo, señor; pero os lo ruego, no volvais por aquí.

—No pidas imposibles..... ¿por qué no quieres volverme á ver?

La rapacina no contestó y Rodolfo insistió:

—¿Por qué?... respóndeme ¿por qué no quieres que vuelva?...

—Pues, por..... por.....

—Habla.....

—Por..... eso.

—¿Por qué?

—Porque sois para mí.....

—Habla ¿qué soy para tí?

—El demonio.

—¿Eh?

—El demonio, la tentación.....

—¿Acaso te interesó?

—¡Ay, sí!

—¿Serías capaz de?....

—Ni debéis pensar en mí, ni yo puedo llegar á vos: dejad que viva tranquila la florecilla del campo.

—¡Vida de mi vida!....

—Por Dios, señor, mi padre.

Se acercaba el Sr. Isidro extrañado de la tardanza de su hija, y Rosa huyó, llevando un fajo de leña bajo el brazo.

El Sr. Isidro miró de cierta manera insinuante al hidalgo y dijo:

—Aquí vivimos bien con la nieve; sería conveniente que los que vivís en la corte supierais las ventajas del frío, y la belleza de un hogar tranquilo y honrado.

—Os envidio, dijo Rodolfo, sin apenas saber lo que decía. Y los dos regresaron á la cocina.

\*  
\*\*

—Ved que ya es muy tarde, dijo Mari Antonia suspendiendo la narración, y si os parece dejamos el cuento para otro día.

—¡No!, ¡no!, contestaron la mayor parte de los contertulios y singularmente la gente joven.

—Eso sería dejarnos con la miel en los labios; queremos saber en qué paró todo y por qué se llama el cuento *La varita verde*.

—Bueno, pues por mí, no hay prisa; continuad escuchando con atención y adelante.

\*  
\*\*

Y del modo que sigue continuó Mari Antonia su interrumpido relato:

—Acompañados de un hombre del lugar, que había de hacer de guía y que para tal efecto había buscado el Sr. Cura, con el que largamente conversaron cuando fueron á ver la Iglesia, salieron de casa del Sr. Isidro los cazadores, no sin que antes uno de ellos, de acuerdo sin duda con los demás, dejase en uno de los asientos de la cocina, y cuando nadie pudo verlo, un bolsillo de seda con unas cuantas monedas de oro, y diciendo al amable dueño:

—Si algo hallais, os ruego Sr. Isidro, en nombre de mis amigos y en el mío, que se lo dediqueis á vuestra gentil rapaza.....

—Es que.....

El mismo cazador cortó lo que se propusiera contestar el Sr. Isidro, con estas palabras:

—Creed que marchamos muy reconocidos á vuestras bondades.

En aquel momento salía la rapacina con las dos vacas para dirigirse al monte, por el mismo camino, vereda más arriba que los cazadores.

Rodolfo rápidamente deslizó estas frases á su oído:

—No me olvidéis; volveré.

La rapaza miró fijamente al hidalgo y murmuró:

—Ya no podré olvidaros.

Y parecía que las lágrimas querían saltar de sus ojos.

Ya los cazadores se perdían de vista en las revueltas del monte, cuando á pasos precipitados, casi corriendo, iba detrás de Rosa el robusto mozo que la festejaba, el pobre Baltasar, enamorado ciegamente de la rapaza.

El de prisa y ella despacio, nada tiene de particular que se encontraran pronto.

Y jadeante y sin apenas poder hablar, dijo el mozo:

—Niégamelo ahora: el caballero díjote al oído una cosa y tú respondiste otra.....

—¿Y eso tiene algo de particular? Pasó la noche en casa y despidióse.....

—No hicieron lo mismo sus camaradas.

—Hiciéronlo antes.

—¿Y no volveráslo á ver?....

—Si él no viene.....

—¿Lo esperas tú?

—Yo no espero á nadie.

—No quieras hacerme sufrir, Rosina; te quiero con toda mi alma.

—Sí, ya sé que me lo dices muchas veces.

—Y es verdad.

—Puede que lo sea.

—Bien; pero tú.....

—Nada te digo; soy todavía rapaza.

—Hasta los *Mayos*.

—Pues calla y espera hasta que la fiesta de los *Mayos* llegue, que ya sabes mi ventana.

La conversación duró aún media hora ó acaso más.

Rosina no estuvo en lo que hablaba; no estaba su pensamiento allí; caminaba con los cazadores.

Baltasar se apartó de la rapaza lleno de angustia y de dudas.

Por su parte, Rosa también dudaba recordando la promesa de Rodolfo: ¿Volverá?, se preguntaba, ¿y si vuelve?.... Y buscando contestación á esta segunda pregunta, sonreía y lloraba casi á un tiempo.

Pasó aquel día.

La temperatura había sido más benigna que lo fueron la noche y el día de antes.

El huracán había cesado completamente.

La pastora no tenía necesidad de refugiarse en el hueco de la peña en que la tarde anterior estuvo resguardada.

Y sin embargo, en ella permaneció dos horas.

Allí había conocido al gallardo mancebo, y en aquel sitio había con él palabreado la primera vez.

—¿Volverá?, volvió á preguntarse otra y muchas veces, ¿volverá?.... ¿Y si vuelve?....

A la hora de costumbre, regresó con las vacas al pueblo, y

así que las encerró, se dirigió á lo último del pueblo y llamó á la puerta de una casucha, acaso la peor de la aldea.

En aquella casucha vivía sola una mujer vieja que tenía fama de bruja y que por eso ó por lo que fuera ninguno en el



pueblo cruzaba con ella la palabra de Dios; ella lo sabía y salía únicamente de noche de su tugurio, y no todas las noches.

Rosa tocó débilmente con los nudillos de la mano en la puerta de la casa, y la puerta se abrió en seguida dejando libre el paso.

La rapaza dudó algunos momentos; pero al fin se decidió

á seguir en pos de la mujer que la guiaba, y las dos llegaron á la cocina, en que ardía una llama marcadamente azulada y había colgado un candil cuya luz era también azul.

En la repisa de la chimenea relumbraban fosforecentes los ojos de dos lechuzas.

La vieja comprendió la impresión de miedo que no podía disimular la rapaza, y la dijo cariñosamente:

—Nada temas, Rosina, siéntate tranquila; te aseguro que nada ha de ocurrirte; acaso tú no lo creas; pero esperaba tu visita.....

—¿Cómo puede ser eso?

—En tu casa han dormido la pasada noche unos hidalgos cazadores.

—Así es.

—Uno, á quien antes habías conocido en el monte, no lo niegues, te ha requerido de amores.

—Sí, sí.....

—Y luego, al marchar, te ha prometido volver porque no puede vivir sin volverte á ver.

—¿Pero vos, cómo sabeis?....

—Yo se todo lo que me propongo saber, y en el pueblo pasan pocas cosas que yo no sepa.

—¿Y bien?

—Que como yo tengo fama de bruja y á tí te ha interesado mucho el caballero, venciendo al miedo, porque para el amor no hay miedo ni dificultades, vienes á consultarme si vendrá ó no el cazador y si se acordará ó no de tí ¿acierto?...·

—Sí, sí, contestó la rapaza completamente asustada.

—Pues para servirte, si venías, como creí que vendrías, lo tengo todo dispuesto y por eso ves aquí todo azul.

Rosa guardó silencio.

Sentía una emoción extraña; parecía próxima á sufrir un accidente; pero pudo contenerse.

—¿Qué me darás tú en cambio de mi servicio?, preguntó la vieja.

—Pan de maíz cuando pueda, y agua de la fuente cuando la necesiteis; no puedo más.

—Bien, bien, pues á mí no me hace falta nada.

La vieja se dirigió á un rincón de la cocina, revolveron las lechuzas para volver pronto á su sitio, y avanzó después la bruja hada donde llena de miedo estaba la rapacina.

—Toma, la dijo, entregándola una varita de fresno verde: mientras esta vara se conserve según está, como si acabara de cortarse del árbol; mientras la veas verde, no te apartas del pensamiento del caballero y continúa en su idea de volver y hacerte su esposa: si la varita palidece y al fin queda seca, es señal de que el caballero no se acuerda de tí y otra mujer es la dueña de su corazón; debes procurar que la varita no la vea nadie más que tú.... Mucho celebraré linda rapaza, que á la bruja debas tu felicidad.

—Gracias, señora, gracias.

Y guiada por la vieja, Rosa dejó aquella casa llegando á la suya cuando ya el Sr. Isidro preguntaba por su hija á cuantos pasaban por la calle.

—¿De dónde vienes, Rosa?, la preguntó con marcado acento de disgusto.

—Es que....

—¿De casa de la bruja?

—Es muy viejecita y me rogó que la llevase un cántaro de agua.

—¡Que beba!.... por poco si digo un disparate; adentro y que no te vuelva á suceder; no quiero nada con brujas.

Rosa no replicó; bajó la cabeza y entró en su casa, contenta de haber podido engañar á su bondadoso padre.

\*  
\* \*

En el *Filandero* se formó un fuerte murmullo que la narradora creyó manifestación de impaciencia por lo largo del cuento, y dijo:

—Ya os dije que había de ser largo, y si quereis dejamos la conclusión para mañana.

—No, no, gritaron muchos á la vez.

—¿Entonces?

—Es que se ha caído al suelo Nicolás.

Y con efecto, Nicolás que era un rapaz, se había dormido y despertó al caer desde la boca del horno á la falda de una de las mozas.

—El que tenga sueño que se vaya, dijo otro de los mozos; los demás, queremos saber todo el cuento.

Y Mari Antonia, después de una larga pausa que mozos y mozas aprovecharon para decirse cosas al oído, volvió á su relato del modo que sigue:

\*  
\* \*

—En la noche del día en que marcharon los cazadores forasteros, acudió como en las anteriores la ronda de mozos á cantar bajo la ventana de Rosina, y Baltasar entonó la siguiente copla:

Me dicen que no me quieres  
Y es de otro tu pensamiento;  
Yo no lo puedo creer  
Por lo mucho que te quiero.

Los mozos jalearon al cantador, que pasados unos momentos largó al aire una segunda copla:

Murmura de ti la gente  
Que pones la vista en alto;  
No mires hacia la torre,  
Tú tienes el vuelo bajo.

Como de costumbre, los mozos continuaron la ronda y allí se quedó Baltasar esperando que la ventana se abriera.

Y pasaron las horas.

Y la ventana no se abrió aquella noche.

Estaba sólo, y Baltasar no tenía por qué ocultar sus impresiones.

Primero lloró de rabia.

Después lloró de veras.

Y abandonó el sitio de su espera, cuando asomaba entre brumas densas la luz del día.

Como en la noche anterior, Rosina no pudo conciliar el sueño.

Todo su pensamiento estaba en el hidalgo cazador, que había hecho despertar su alma en lo desconocido.

Su primer cuidado al levantarse fué mirar la varita que había colocado debajo de la almohada; no sólo estaba verde, según se la dió la bruja, sino que parecía tener brotes para la salida de la hoja.

¡Qué alegría la de Rosa y cuántos besos dió á la varita verde!

El tiempo, que con lentitud transcurre para el que sufre, parece volar para la dicha.

Baltasar siguió durante muchas noches haciendo la ronda con sus amigos debajo de la ventana de Rosina; pero la rapaza no volvió á quererle asomar, y el mozo, sin perder del todo la esperanza, porque los enamorados tardan mucho en perderla, dejó de rondar por la casa del Sr. Isidro, contentándose con ver á Rosa en la Misa de los domingos y alguna vez en el campo. Rosina no le desengañaba como debió hacerlo, y en el corazón de Rosina seguía el fuego encendido por el cazador.

La varita verde continuaba fresca, y la rapaza esperaba, esperaba.....

En esto llegó la fiesta de los *Mayos*; no los pusieron nunca tan esbeltos y altos los mozos como aquel año; los había elegido y cortado el enamorado Baltasar; uno se colocó en la entrada del Norte y otro en la del Sur del pueblo; el tercero frente á la Iglesia, y el cuarto cerca de la casa del Sr. Isidro: en vez de dos, cuatro aquel año.

La tarde anterior, Rosina, previa la ofrenda de una vela de cera para el altar de la Virgen, fué recibida por moza entre las mozas, y la reina la proclamó como una más de las tres que ingresaban aquel año en la mocería.

Cuando la rapaza estuvo sola en su casa, desenvolvió el pañuelo de seda en que guardaba la varita.....

No pudo contener su emoción y durante algún tiempo lloró con desconsuelo.....

La varita estaba seca, completamente amarilla y seca.

Pero mujer de resoluciones enérgicas, formó Rosina su plan.

Y aquella noche, cuando Baltasar colocó en su ventana un ramo de olorosas flores silvestres, se asomó, respondió con un *sí* expresivo al requerimiento de amores que repitió Baltasar, y desde aquel día fueron novios de una manera oficial y con la complacencia de las familias de uno y otro.

Y el tiempo, que por nada se detiene, siguió corriendo, corriendo.....

Había Rosina cumplido los diecisiete años, cuando la boda se dispuso y los padres de los contrayentes habían hecho los conciertos matrimoniales.

El día señalado para la ceremonia en la Iglesia, ya vestida Rosa como en el día de más fiesta, se la ocurrió romper con todo recuerdo de su vida de soltera: registró su cofre, y entre las cositas que tenía en el fondo de aquel mueble, salió la varita.....

La varita estaba verde y reventones los brotes como para salir la hoja.....

¡Qué impresión tan terrible la de Rosa!....

Ya no era posible retroceder.

Y el momento era decisivo.

Baltasar le parecía feo; un zafio, indigno de su amor.

El caballero seguía pensando en ella.....

—¡No, no!, decía hablando sola.

Y en sus reflexiones y removiendo fuego y esperanzas se hallaba, cuando sus padres y padrinos de boda subieron por ella....

No tuvo valor para resistirse y con ellos salió de su casa hacia la Iglesia.

Ya estaba en ella la comitiva del novio, y el sacerdote revestido, esperaba.

Llegó el momento supremo.

En aquel instante, se oyeron pasos precipitados, que todos creyeron serían los de algún retrasado.

Volvieron muchos la cabeza, y entre los curiosos, Rosina....

Era un apuesto y joven caballero el recién llegado.....

Rosina no pudo resistir emoción tan fuerte, y cayó al suelo desplomada.....

Inútiles fueron cuantos auxilios se la prestaron.  
A todo correr llegó el Médico del pueblo que á tal efecto  
había sido avisado.

¡Todo inútil!

¡Rosina estaba muerta!



Por la Iglesia pasó, sin penetrar en el templo, la repug-  
nante vieja que vivía en las afueras del pueblo.

—¡Maldita bruja!, gritó uno de los invitados.

—¡Malditas sean las brujas!, dijeron otros también.

La vieja lanzó una carcajada y huyó.

\*  
\* \*

Y colorín, colorao; se ha concluido el cuento, dijo Mari  
Antonia.



## El Pozo de la Nieve

---

El 7 de Febrero de 1856 fué un día terrible para muchos pueblos de la montaña de León: no hubo ni una pausa; desde las primeras horas de la mañana hasta bien entrada la noche, no dejó de caer nieve sobre la nieve de días anteriores, ya congelada y de modo que nadie se aventuraba, y hacían bien en no aventurarse, á transitar por los caminos, ni aun á salir al campo.

En el pueblo de..... el mismo pueblo á que antes nos referimos, correspondió hacer el *Filadero* la noche de aquel día en casa del apodado el «Raboso», cuya mujer, Juana, era una de las mujeres más listas y decidoras de su aldea.

Desde las seis de la tarde había Juana preparado la cocina, limpiado bien las piergolas y hecho provisión abundante de leña junto al hogar.

La cocina, inmediata, casi unida con el establo de las tres vacas, un cerdo, dos ovejas y una caballería, estaba en buena disposición respecto á temperatura, y á poca lumbre que hubiese en el fogón resultaba demasiado fuerte.

Acaso no reunía las mejores condiciones en cuanto á bien oliente; pero las gentes que habían de concurrir al *Filadero* no podían hallar en esto gran extrañeza, dado que todos estaban en sus propias casas con el mismo inconveniente.

De siete á ocho de la noche fueron llegando los contertulios, casi los mismos que habían estado la noche anterior en el *Filadero* de Mari Antonia.

A las ocho, parecía la reunión bulliciosa colmena humana: los de más edad hablaban del trigo, de los precios que alcan-

zaba la ganadería y otros asuntos de carácter realista ó positivo, en tanto que la gente moza no perdía el tiempo en estas pequeñeces de la vida y atendían á otra clase de conversaciones más gratas al espíritu y aun á la materia.

Empezaron muchas su labor de rueca, algunos sus trabajos en haya y bojes, y el buen humor apareció pronto como nota dominante.....

Los mozos habían llevado el aguardiente y esperaban las mozas impacientes la hora del baile, á cuyo efecto habían llevado panderetas de tamaño enorme, adornadas con cintas y lazos.

—Hasta las once, no hay baile, dijo una de las hilanderas, y toda la reunión y los mozos singularmente, porque les agradaba que fuera el baile á última hora, se manifestaron conformes con la indicación.

—Y en tanto, siguió diciendo la misma hilandera, que Juana, que sabe muchas cosas y buenas, nos diga un romance ó refrán, ó un cuento.

Juana, mujer vivaracha y que no había cumplido los cuarenta, quiso excusarse; pero no tuvo más remedio que someterse á la voluntad general del *Filandero*, y pasado algún tiempo, contestó:

—Pues bien, diré lo que sepa, y como sepa un cuento que aprendí cuando era niña y que tengo todavía muy presente: se titula *El Pozo de la Nieve*, y acaso que guste, si yo tengo gracia para contarlo.

—Venga, venga, dijeron algunos.

Y todos se replegaron para oír mejor.

Juana echó más leña en la lumbre, se acomodó dando la espalda á la pared para estar más frente de sus oyentes, la mayor parte de ellos, sentados en el suelo y formando semicírculo, y después de toser ligeramente, con agradable voz y pronunciación clara, empezó del siguiente modo su relato:

## I

—Pues señor; que hace ya muchos años vivía en un pueblecito de la montaña, en esta misma montaña, un fijo algo

descendiente de la célebre dama de Arintero, y ya sabéis todos quien era D.<sup>na</sup> Juana de Arintero, que se batió como un héroe, pasando por soldado en el sitio de Zamora, y si no lo sabéis, otro día os lo contaré, que á fe que ha de gustaros saberlo..... (1)

Y aquel fijodalgo tenía dos hijas, cuya hermosura se pregonaba por todos los alrededores, llegando hasta León la fama de tanta belleza.

Una de aquellas lindas criaturas se llamaba Irene, y

(1) Sería imperdonable en este punto dejar en silencio lo que parece una leyenda y es historia suficientemente documentada.

Había leído en el pequeño libro á que me refiero en otro lugar, cuyo autor desconozco, por llegar á mí la interesante obra á falta de las primeras páginas, lo siguiente:

«D.<sup>na</sup> Juana García de Arintero, natural del pueblo de este nombre, en las montañas de Curueño, hacia últimos del siglo XV, dió en su débil sexo pruebas de un ánimo varonil, sirviendo á los reyes católicos en el Cerco de Zamora contra los portugueses, disfrazada de varón y sirviendo en una leva, de la cual salvó á su anciano padre».

El librito de referencia no dice más; pero fué lo suficiente para despertar mis deseos de investigación, y mi curiosidad se avivó al pasar por La Candana, pequeño pueblo del Juzgado de La Vecilla; en la esquina, en la primera casa del pueblo, lei bajo un escudo bien conservado *Calle de la Dama de Arintero*, y á la salida del pueblo, camino de Sopena, vi también clavada en el suelo una cruz de madera que chicos y grandes respetan, diciéndome vecinos de los más ancianos de aquella localidad, ser indicación cristiana del punto en que arcabucearon á la memorable dama gentes mandadas para tal objeto por el Rey.

Fui después á Sopena, y allí, en una casa, guardaban colocada en el respaldo de un cuadro de asunto religioso, una copia en papel común del documento que yo buscaba.....

No me contenté con la lectura de aquella copia, y en otra excursión llegué al pueblo de Arintero, en cuyo Archivo municipal, y entre otros papeles que allí había en lamentable desorden, hallé otra copia con más detalles y pormenores de autenticidad: es un testimonio de Escribano, fechado en 1739, y he aquí su contenido, con algunas supresiones de lo que consideré innecesario para nuestro propósito:

«Yo Juan Alonso Getino, Escribano de número, etc....., del Concejo de Valdelugueros, reino, montañas y obispado de León.... que Santiago Fernández de Reyero y Diego González de Cilla, concejales del lugar de Arintero..... alegan estar en posesión y patronato del Beneficio curado de dicho lugar, los solicitantes y nuestro Concejo..... y esta regalia (la del derecho de presentación para el nombramiento de cura del lugar) con otras nos fué concedida por el Rey Don Fernando el Quinto en 1476, en el sitio y cerco que los enemigos pusieron á la ciudad de Zamora, cuyas mercedes fueron hechas por dicho Rey á Doña Juana de Arintero, la qual, como caballero, etc....., que el Rey la mandó pedir mercedes y libertades como en pago de su buen servicio, esfuerzo varonil y lealtad, y las que pidió le fueron concedidas, como consta de una certificación y testimonio que tenemos sacada de

Aldonza se llamaba la otra; Irene, la más guapina, era rubia como el oro, y su hermana era morena, muy morena, con unos ojazos negros que hablaban sin hablar, según cuentan los antiguos papeles.

No se sabe cuál de las dos sería más buena, y ni su propio padre se hubiera podido decidir en esto por la una ó por la otra; el fijodalgo se consideraba con sus hijas el mortal más venturoso de la tierra.

Hizo el diablo estas cosas, sólo el diablo las hace, que, á

*los libros de Linages que quedaron de Sotomayor, Rey de Armas de S. Mag<sup>l</sup> cuya certificación se halla con toda legalidad firmada de Juan de Ortega Muñoz, yerno que dice ser de dicho señor Sotomayor y refrendada de Gamorra, Escribano público, cuyo pergamino se halla pegado á la espalda de una marqueta, etc..... y por hallarse el dicho pergamino con el transcurso del tiempo deteriorado de suerte que á pocos años no se podría leer muchas partes del referido pergamino etcétera....., piden que el presente Escribano y otro que lo sea de este Concejo les dé copia, tanto y trasladado, etc..... etc.*

Sigue á esto un auto accediendo á lo que se solicita, dado por el Juez ordinario Joseph González Getino (que lo es de S. M.), y dice que no lo firma por no saber (i)

*«Y en cumplimiento de dicho auto que me fué exhibido y mostrado por los dichos Regidores; me piden su copia que se halla con su escudo de armas, que se reduce á un caballo armado con lanza en puño, tres pinos, los dos á los lados y el otro debajo del caballo, frondando con su rama el pie derecho y estribo del ginete, y dos letreros, el uno, al lado derecho que comienza: SI QUEREIS y concluye: DE ARINTERO, y otro á la otra parte, que comienza: CONOCEIS, y concluye: BALEROSA.*

*De la espalda de dicho escudo se halla un pergamino pegado con cola..... su contenido, al pie de la letra, es como sigue:*

**DEL APELLIDO, ARMAS Y BLASÓN DEL LUGAR DE ARINTERO DE GARCIA Y GONZALEZ Y DE LOS QUE DE ALLI DESCIENDEN.**

*Este lugar ha sido poblado de Garcías y González, una noble generación de Hijodalgo notorios: y es llamado solar conocido por ser ganada esta merced con otras muchas que abajo serán referidas por una Doncella que fué llamada Doña Juana de Arintero (consta que era Doña Juana García, añadiendo el Arintero por el pueblo en que nació y residió), la qual se halló en la guerra que fué dada en el mes de Mayo de mil quatrocientas y setenta y seis, quando fué cercada Zamora de los enemigos, reinando el Rey Don Fernando el Quinto de este nombre: el qual mandó hacer gente en todo su reino, y siendo hecho repartimiento en este lugar de Arintero..... (no se entienden en el manuscrito algunas palabras) lo envió un vecino de dicho lugar de Arintero, el qual solo tenía una hija, que es la arriba referida. Encomenzóse á entristecerse y acongojarse por ser viejo y sin hijos varones para poder enviar; lo qual, entendido por la hija, le animó, y dijo que la diese armas y caballo, que ella iría á la guerra. El padre, viendo tan buen ánimo y voluntad en su hija, determinó de la enviar y así fué armada con adarga y lanza en puño con un caballo á modo de*

pasar una temporada de verano, fuese á casa del fijoaligo un sobrino suyo que estaba en León estudiando para cura.

Cuando el fijoaligo D. Sixto de Lecumbier anunció á sus hijas la próxima llegada de su sobrino el aprendiz de cura, Irene y Aldonza mostráronse muy contentas con la noticia, y, como á porfía, se dieron maña para preparar una de las mejores habitaciones de la casa en condiciones de que su primo nada pudiera echar de menos, poniéndole sobre la mesa hasta libros de vida de santos, y, por de contado, plumas, tintero y papel.

*caballero: y estando en la guerra, al tiempo de tirar la lanza, como iba con gran fuerza se la desabrochó y abrió un jubón que llevaba y se le hechó de ver el blanco pecho, por pronto que acudió con su mano á apretar su jubón; y así se comenzaron los soldados á alborotar, diciendo: «muger hay en la guerra», muchas veces hasta que llegó á noticias del Rey el qual la mandó llamar, la qual no pudo ser encubierta, vino delante del Rey, él le mandó que pidiese mercedes que él se las otorgaba; entonces lo primero que pidió fué que el lugar de Arintero fuese solar conocido de Hijosdalgo notorio: es que todos los de aquel apellido y solar fuesen presentados de el Beneficio de este lugar y de otros ciertos lugares, y que así mismo que á los tales presententeras les fueran dadas por el Rector en ciertos días del año sus yantares y comidas; y que en reconocimiento de este señorío el presententero más viejo que hubiere en este lugar llevase la primera ofrenda después de la Caridad los domingos del año, y que muerto aquel presententero subcediese el otro presententero que en dicho lugar hubiere más viejo, habiendo ssido ó ssiendo casado y no de otra manera; asimismo pidió esta Doncella que atento que este lugar de Arintero había de ser solar conocido de Hijosdalgo que para conservar el apellido de solar y para los que de él saliesen á morar á otras partes fueran conocidos por tales Hijos dalgo de Solar, que ninguno pudiese morar por becino en dicho lugar que fuese pechero ó tuviese otra razón que dañase á el tal Solar:*

*Pidió otras muchas mercedes, preeminencias y libertades, de las quales por haber mucho descuido en los pasados no se halla razón.*

*Todas las quales dichas cosas le fueron concedidas segun y de la manera que arriba ban declarados y les fueron guardadas por los naturales y descendiente del otro lugar de Arintero y son guardadas en muchas casas.*

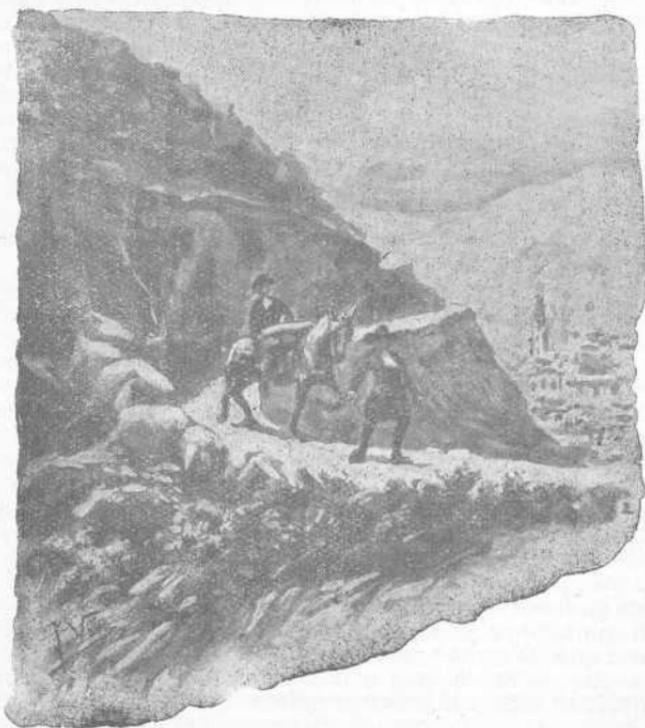
*Por las quales mercedes ponen á esta Doncella pintada á modo de caballero con adarga y lanza en puño en caballo blanco con tres pinos, los dos á los lados y el otro á la parte de abajo de el caballo y al redor dos retúlos, el uno á mano derecha que dice: SI QUEREIS SABER QUIEN ES ESTE VALIENTE GUERRERO, QUITAD LAS ARMAS VEREIS, SER LA DAMA DE ARINTERO. El otro al lado izquierdo que dice: CONOCED LOS DE ARINTERO VUESTRA DAMA TAN HERMOSA, PUES QUE COMO CABALLERO CON SU REY FUÉ BALEROSA.»*

*(De la obra inédita del autor de este libro: «Derecho consuetudinario y costumbres de los pueblos leoneses»).*

No ya un estudiante, el mismísimo Sr. Obispo no podía estar mejor alojado.

Así las cosas, en los últimos días de Mayo, cuando el campo se cubre de flores, el ambiente se impregna de gratos olores y la naturaleza toda parece revivir y estar alegre, recibió por propio el hidalgo cariñosas letras de su sobrino Luis, participándole que llegaría cuatro días después de que se recibiera su carta.

Irene y Aldonza dieron palmadas demostrando su satisfacción, cuando Irene, porque su padre no sabía leer, leyó la carta de su primo en que no se olvidaba el estudiante de dar cariñosas memorias para sus primas, á las que deseaba mucho conocer.



Por largos que nos parezcan en algunas circunstancias de la vida, cuatro días pasan pronto, y al atardecer, del último,

el sobrino, caballero en una burra y guiado por un mocetón del país que iba con él de espolique y guía, llegó á casa de su tío; y era el seminarista, guapo mozo de veinte años de edad, más bien alto que bajo, con ojos expresivos y colores que parecían sangre pronta á escaparse de los carrillos.

Su actitud era humilde, hablaba despacio y apenas si se atrevía raras veces á levantar la vista del suelo.

Saludó con un fuerte abrazo á su tío y dió tímidamente la mano á sus primas.

Aunque alegó no tener en aquellas horas ganas por haber tomado un refrigerio en el camino, sus primas le hicieron aceptar chocolate con bizcochos y un vaso de leche, servido todo por ellas con sonrisa de ángel en los labios y llamaradas de diabólico fuego en sus ojos.

Horas más tarde quedó el estudiante instalado en la coquetona y alegre habitación que sus primas habíanle preparado.

## II

A los quince días de su estancia en el pueblo, ya Luis se consideraba instalado en su propia casa, mejor todavía, porque de haber estado en casa de sus padres no habría tenido los cuidados de sus primas que rivalizaban por adivinarle los pensamientos para complacerle.

Lo grave del caso fué que miraba más de lo conveniente para un aprendiz de cura con verdadera vocación á Irene; lo peor también que Irene había olvidado más de lo debido que Luis aspiraba con sus estudios á ser sacerdote, y lo peor de lo peor que suceder podía, es que también Aldonza hallaba encantos en el seminarista.

El buen D. Sixto no se fijaba en estos detalles, convencido de la vocación de Luis para la carrera sacerdotal y de la seriedad del estudiante, que sabía engañar á su cariñoso pariente.

Y ello es que Irene, cada vez más ciegamente prendada de su primo, llegó á no consentir que su hermana entrase

para nada en el cuarto de Luis, y ella era quien arreglaba el cuarto y hacía la cama.

Por su parte, Aldonza, también enamorada ciegamente del seminarista, hallaba insufrible á Irene, y en más de una ocasión sostuvieron viva pendencia las hermanas, aunque ocultando una y otra el odio que germinaba con rapidez en sus corazones.

Por reflexiva que sea una persona, cuando los celos invaden su alma, no es difícil que llegue pronto á la imprudencia.

Y ello fué que un día Aldonza se anticipó y arregló el cuarto de Luis, y que Irene la salió al encuentro, y con marcado malhumor, la dijo:

—Ya te dije que yo soy la encargada de hacer la cama y arreglar el cuarto de Luis.

—¿Y qué más dá? contestó aparentando indiferencia que andaba muy lejos de sentir Aldonza.

—Claro es que dá más, contestó su hermana, y si yo fuera maliciosa, pensaría.....

—Acaso lo que pienso yo de tí, replicó Aldonza.

—¿Y qué?

—Que gústate demasiado el primo

—¿Tendría eso algo de particular?

—Si no se tratase de un estudiante de cura.....

—No ha cantado misa todavía.....

—Y tú podrías ser la causa de que no la cantase.....

—O tú; ¡le miras de una manera!....

—¿Eh?

—Que no está bien á una mujer soltera.

—Le miras tú mucho más y tampoco me parece conveniente.

—Eres tú quien le provoca.

—Se franca ¿le quieres?

—Habla tú antes ¿le quieres?

—No puedo, no sé mentir; con toda mi alma.

—Pues nobleza, por nobleza; más que tú le quiero yo.

—¡Irene!

—¡Aldonza!

—Basta; no hablemos más.

—Pues bien; no hablemos y ¡cuidado conmigo!

—¿Sí? Pues ténlo tú también.

Y entre las hermanas se cruzaron terribles miradas.

### III

¿Qué hacía en tanto el seminarista?

¿Se había enamorado de alguna de sus primas, y caso afirmativo, quién de las dos era el objeto de sus amores?

Oigamos su conversación con Irene, al siguiente día de haber tenido Irene su encuentro con Aldonza.

—Mira, Irene, decía Luis; yo era un buen estudiante, yo creí tener vocación y soñaba con ser cura: O Dios me ilumina ó el diablo me tienta; pero estoy convencido; sería un mal cura si persistiera en mi anterior propósito.

—¿Y vas á dar ese disgusto á tus ancianos padres?

—¿Y es mejor ofender á Dios y engañarlos?

—¿Y si es ahora cuando realmente vives engañado?

—No, prima de mi alma; yo ya no puedo vivir sin tí.

—¡Cuidado!

—¡Oh, te quiero, te adoro!

—Vale mucho más mi hermana.....

—Reconozco su mérito, pero yo no tengo dos corazones; en el que llevo, sólo cabe una mujer, y esa mujer eres tú, Irene; tú, vida de mi vida, alma de mi alma; tú, por quien siento lo que jamás sentí.....

—Por Dios, Luis, que pueden oírte.....

—¿Qué importa? ¿Es un crimen amar? ¿Soy sacrílego cuando todavía no estoy ordenado, cuando no he pronunciado votos de soltería?

—Pero es que mi hermana.....

—Es un ángel tu hermana; pero no hablemos de Aldonza; háblame de tí: con la mano puesta en el corazón, porque vas á decidir de mi suerte, acaso de la tuya también; dímelo, mi gloria, ¿me amas tú?

—¡Luis!.....

—Me faltan sólo tres días para regresar á León, dímelo de una vez, ¿me quieres Irene, me quieres?....

—Pues bien; sí, te quiero, Luis de mi alma y de mi vida; te quiero.

E instintivamente, los primos se juntaron en un apretado abrazo, resonando fuera como un lamento, un grito de mujer.

Aldonza no volvió á penetrar en el cuarto de su primo, y, aunque á hurtadillas, le miraba con insistencia, siempre que para ello encontraba ocasión; las palabras que con él cambiaba eran sólo las precisas, y de tal modo, que su padre lo interpretó como desaires que hacía su hija menor al querido sobrino.

—¿Por qué tu desabrimiento con Luis? le dijo en una ocasión.

—No, padre; sabeis que mi carácter no es tan expresivo como el de Irene, ¿qué culpa tengo yo de ser así?

Y el buen D. Sixto admitió como buena la contestación de Aldonza.

Llegó el mes de Septiembre, y Luis partió para León dejando encantado á su tío; triste, muy triste, á Irene, y hondamente preocupada, que nada dijo, á su otra prima; prometiendo que si sus padres consentían en ello, al siguiente verano volvería, y mostrándose profundamente agradecido por las atenciones que con él habían tenido todos los de la casa.

#### IV

Pasaron los días y pasaron los meses, y llegó el invierno con sus terribles elementos; la nieve cubrió poblados montes y valles, y las comunicaciones hacíanse cada vez más difíciles.

Pero, de vez en cuando, llegaban á casa del buen hidalgo D. Sixto dos cartas, una para él y otra para Irene, cosa que no extrañaba el hidalgo, porque, siendo Irene la mayor, á ella se dirigía Luis, hablando para las mozas de cosas diferentes á las que había de hablar en cartas para él, con la circunstancia de que no sabía leer ni escribir, y era la misma Irene la que había de leer toda la correspondencia y arreglar las cuentas de la casa.

Un sábado de invierno, cuando todo estaba cubierto de nieve, ya de noche, salió, sin que nadie la viese, Aldonza de su casa llevando bajo el brazo una gavilla de palos delgados y ramas de roble; dió la vuelta por las tapias del corral y llegó al Pozo de la Nieve, un pozo que de antiguo existía en el pueblo, pozo profundo que nunca estaba limpio de nieve y que durante la época del verano era buscada por los del pueblo y los del contorno para hacer leche helada en los días de fiesta, y por cuyas orillas pasaba dos ó tres veces al día Irene para encerrar en el corral ganados y caballerías cuando regresaban del campo.

Con maestría increíble y pasmosa celeridad, extendió Aldonza las varas que á previsión llevaba sobre la boca del pozo, hasta cubrirla por completo, y á escape regresó á la casa como si nada hubiera hecho.

La Naturaleza terminó el plan de Aldonza, porque, según ella tenía previsto, aquella noche nevió copiosamente, tanto, que cayó más de media vara y así el pozo quedó totalmente cubierto.

A la mañana siguiente tuvo Aldonza cuidado de ser ella quien diera suelta por la puerta principal de la casa, tanto al ganado como á las caballerías, á la hora de costumbre, detalle que á nadie llamó la atención por haberse otras veces hecho lo mismo.

Llegó la noche; salió Aldonza á la puerta de la casa para dar conversación al pastor que conducía el ganado, y en tanto, Irene dió la vuelta para meterlo por el corral, como todos los días, y así lo hizo, sin fijarse para nada en la boca del pozo siempre descubierta y á la vista, y oculta entonces.....

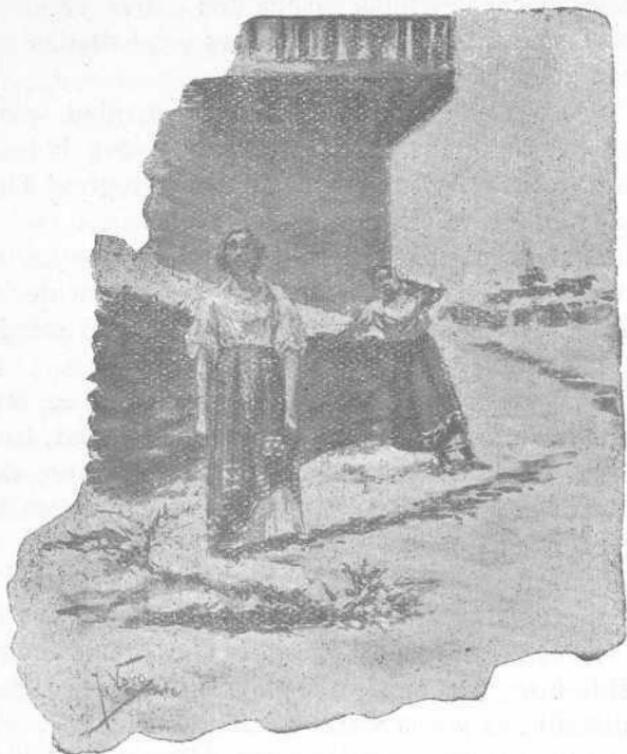
En la cocina conversaban el pastor, Aldonza y el hidalgo D. Sixto.

Pero pasada media hora, y extrañado D. Sixto de la tardanza de Irene, cogió el candil, y seguido del pastor penetró en el corral.

Las vacas, las ovejas y las caballerías estaban en sus respectivos sitios: la puerta del corral abierta y aunque la llamó varias veces, Irene no contestó.

Con creciente inquietud D. Sixto, siempre seguido del pastor que participaba de la impaciencia de su amo, salieron al campo, y á la luz del candil, registraron las inmediaciones de la casa.

Nada observaron: todo estaba nevado y abierta como siempre la boca del pozo.



No obstante, al pastor le chocó ver junto á los bordes de la sima palos secos y bien cortados: reclamó la luz del candil, y allá, en el fondo del pozo, vieron el bulto de una persona

Llamaron repetidas veces: ¡irenel, ¡irenel!, y respondió por fin un gemido casi apagado

—¡Pronto, pronto! que vengan más hombres, gritaba como un loco el buen hidalgo D. Sixto.

Y como las casas del pueblo no están lejos unas de otras, en poco tiempo se reunieron vecinos y vecinas, llevando faroles y candiles.

¡Momentos de ansiedad, momentos terribles fueron aquellos para D. Sixto!

Al fin, un hombre fuerte y decidido, atado por la cintura con cuerdas que sostenían arriba otros vecinos, descendió al pozo, y no sin grandes dificultades logró ir subiendo hasta la superficie á una de aquellas bellísimas criaturas que hacían la felicidad del hidalgo y eran su orgullo.

¡Era Aldonza!

—¿Y tu hermana? Preguntó ansioso D. Sixto sin atender en el momento al lastimoso estado en que habían sacado á su hija menor. Tardó Aldonza unos minutos en contestar; al fin, respondió:

—Allí, donde yo estaba; en el fondo del pozo.

—¿Viva?

—No lo sé.

—Pronto, pronto, amigos míos, sacad á Irene.....

Y sin perder un instante, volvió á repetirse igual procedimiento.

La operación fué más larga y más penosa.

Pero quiso Dios que también se lograra sacar á Irene del fondo del pozo de la nieve.

Inmediatamente acudió á ella su padre y la reconoció.

Irene no contestó á sus preguntas; pero respiraba, y esto constituía una ligera esperanza de salvación.

Como parecerá extraño que Aldonza fuera extraída del pozo, no estará demás una explicación en este particular.

Sin duda, el remordimiento por el crimen que había preparado en uno de los inexplicables momentos en que la razón se ofusca y es impotente contra la resolución del espíritu, hizo que Aldonza, en tanto que su padre y el pastor fueron en busca de Irene, quedando ella sola en la cocina, rápidamente diese la vuelta saliendo por la puerta principal, y en tanto

que D. Sixto y su acompañante registraban minuciosamente el corral, tuvo tiempo de llegar y arrojarle donde había caído su hermana.

Conducidas una y otra en brazos de cariñosos vecinos y vecinas, llegaron á la cocina, en la que ya esperaba el ministrante del pueblo, que las prestó auxilios de la ciencia hasta donde podía por práctica entender de tales cosas; y un cuarto de hora más tarde decía gravemente, y con severa entonación, el ayudante del médico:

—Dad, mi señor D. Sixto, muchas gracias á Dios; ya teneis hijas; unos momentos más y las dos habrían dejado de ser: el calor del cuerpo de Aldonza ha evitado la muerte de Irene, y Aldonza no ha encontrado la suya por el poco tiempo que se ha tardado en librarla del abismo: hay una Providencia para los buenos, ¡bendigamos al Señor!

Todos estaban conmovidos, y algunas mujeres lloraban, porque también se llora muchas veces de alegría.

Irene y Aldonza tardaron muchos días en restablecer su salud, que aunque reaccionaron pronto y la circulación de la sangre se restableció, una y otra resultaron con importantes magullamientos.

El buen D. Sixto no dudó de la explicación que respecto al accidente ocurrido le dieron sus hijas: Irene, sin acordarse del pozo y en la obscuridad de la noche, tropezó y cayó en él; y cuando el pastor y su padre la llamaban y no respondía sospechando lo que sucedía, acudió Aldonza al oír los lamentos de su hermana, se acercó demasiado y cayó también al fondo.

.....

Pasó el invierno, y en el mes de Abril se recibió una carta del seminarista, fechada en León, y que fué leída en alta voz por Irene; decía la carta:

«Mi querido tío: el tiempo borra muchas cosas; las ausencias cambian sentimientos; pero ni ausencia ni tiempo borran ni modifican en mi alma bondades que vos y mis inolvidables primas, á las que debeis saludar en mi nombre, tuvisteis conmigo: De buen grado y gran contentamiento sería para mí

volver este año á ser huésped de tan cariñoso y buen pariente como vos lo sois para mí; pero he adelantado estudio, y si Dios lo permite y para mi propósito me da su gracia, es en el mes de Junio próximo cuando han de ordenarme de sacerdote,



á cuya primera misa os ruego no dejéis de asistir, cuando se os avise, por largo y molesto que sea el camino.

Vele Dios por vuestra salud y la de mis primas, según de corazón se lo pide vuestro sobrino y pronto capellán,

*Luis».*

—¡Y vaya si yo irél decía D. Sixto reflejando alegría extraordinaria en su semblante..... y vosotras, vosotras también, ¡no faltaba más!

Irene y Aldonza se miraron, y vivamente impresionadas con la lectura de la carta, se abrazaron, y abrazadas y llorando, permanecieron largo rato.

\*  
\* \*

—Y ha concluído el cuento, dijo Juana, y los contentulios mostráronse satisfechos, comentando cada cual á su manera las pericias del relato.

Se bebió después el aguardiente, siguió luego el baile y la reunión del *Filadero* terminó á la una de la madrugada.





## Las ruinas del Castillo.

---

En la mejor casa del pueblo tocó hacer el *Filandero* á la noche siguiente de la tertulia en casa del Raboso.

Aquella morada era el alojamiento casi obligado de las gentes principales que pernoctaran en la aldea.

Descendía la dueña de antiguos nobles de Asturias, y afirmaba que de no haber perdido su padre pergaminos y papeles antiguos que lo acreditaban, hubiera podido probar de modo que nadie lo dudase, que la línea de sus ascendientes maternos empezaba en una hija del Rey D. Pelayo, cuyas armas aparecían en uno de los cuarteles del escudo de piedra que, bastante bien conservado dada su antigüedad, aparecía sobre la ochavada puerta de la casa.

Fuera porque así de buena fe lo creyeran sus convecinos ó por su especial empaque ó modo de ser, es lo cierto que no obstante vestir ella poco más ó menos á estilo del país, la llamaban todos D.<sup>a</sup> Luisa, ó simplemente «la señora», con gran complacencia de la descendiente de D. Pelayo.

Era bastante amplia la cocina; pero no sobraba espacio porque muchos de los que se abstenían de ir al *Filandero* en otras casas, gustaban mucho de acudir á la de la señora, que jamás consintió que los mozos llevasen el aguardiente, haciendo ella todo el gasto; pero no permitía el baile, por juzgarle pecaminosa diversión y más propia de gentes de otra condición social que de la suya.

Ello es que aquella noche no quedó apenas nadie del pueblo que no acudiese al *Filandero* en casa de la señora.

El fuego preparado en la cocina, lugar de la reunión, no era exagerado; pero la temperatura, por las buenas condiciones del local, resultaba muy agradable.

Atendía la señora con solicitud á todos, cuidando de que las hilanderas y los hombres que trabajaban maderas, tuvieran sitio bastante para su faena.

A pesar de ser más serio, por decirlo así, el *Filandero* en casa de D.<sup>a</sup> Luisa, el buen humor no faltaba y la gente moza no estaba cohibida en sus alegres expansiones.

A las nueve rebosaba de gente y animación el *Filandero*.

—Vamos, D.<sup>a</sup> Luisa, cuéntenos algo de las muchas cosas que usted sabe, y con el aquel y el talento que sabe referirlas.

—Preguntaremos antes á la reunión, dijo la dueña de la casa con singular modestia: ¿quereis un cuento?

—Sí, sí; contestaron todos.

La señora tenía fama de saber decir cuentos mejor que todas.

D.<sup>a</sup> Luisa dejó pasar un rato, dando tiempo á que cesara el ruido de los murmullos de las diferentes conversaciones que se sostenían á media voz, y después dijo:

—Bueno pues, guardad silencio y ahí va el cuento: que se llama *Las ruinas del Castillo*.

Y acto seguido comenzó del modo que sigue su relato:

## I

Entre Cofiñal y Lillo, camino de Boñar, al pie de la montaña y junto á la cuenca del río, existen todavía unas ruinas que los dados á estudiar de la historia no han podido todavía saber de qué proceden, ni qué Castillo, palacio ó casa de personas bien acomodadas pudo haber allí, aunque juzgando por la traza que fácilmente se adivina y los materiales que se advierten se comprende que no fué aquello albergue de gente pobre.

Si alguno después de mi narración tiene la curiosidad de ir á observar las ruinas, bien hará en abstenerse de ir allí por la noche: salen de vez en cuando luces que aparecen y desaparecen como por encanto, y no falta quien asegura haber visto algún fantasma.

Según la tradición, ya que no hay dato cierto, son las que

digo ruinas de antiguo Castillo, de los primeros que construyeron los cristianos en el avance de la reconquista y por los tiempos del Rey D. Favila, que murió devorado por un oso no lejos del Puerto de Pajares.

En aquel Castillo habitaba con su familia, seguro de no ser molestado por los moros, un noble asturiano que luchó en su mocedad con sin igual bravura por su Dios, por su Patria y por su Rey.

La familia del antiguo guerrero, ya impedido para el manejo de las armas, la constituían: D.<sup>a</sup> María, su mujer, respetable anciana de ochenta y dos años de edad; dos hijas, ambas muy hermosas, Berta y Constanza, de treinta años la primera y de poco más de diecinueve la menor, y un hijo, bravo soldado de la Cruz, que de continuo se ausentaba para pelear contra los agarenos y bajo las banderas del Rey.

Tal era la familia que, con numerosos servidores habitaba, según cuentan, aquel antiguo Castillo para la guerra y espléndido palacio para la paz.

Son tristes, frías, despacibles, de imposible vida para la gente de fuera nuestras montañas durante los inviernos en que los hielos y la nieve interceptan por completo las comunicaciones y todo tránsito por los caminos.

Pero en cambio, cuando la Primavera se desarrolla, el sol templó el ambiente y deshace la nieve y alfombran el suelo las florecillas del campo, nada más bello, nada más ideal que los estrechos valles en que vivimos bajo gigantescas moles de piedra.....

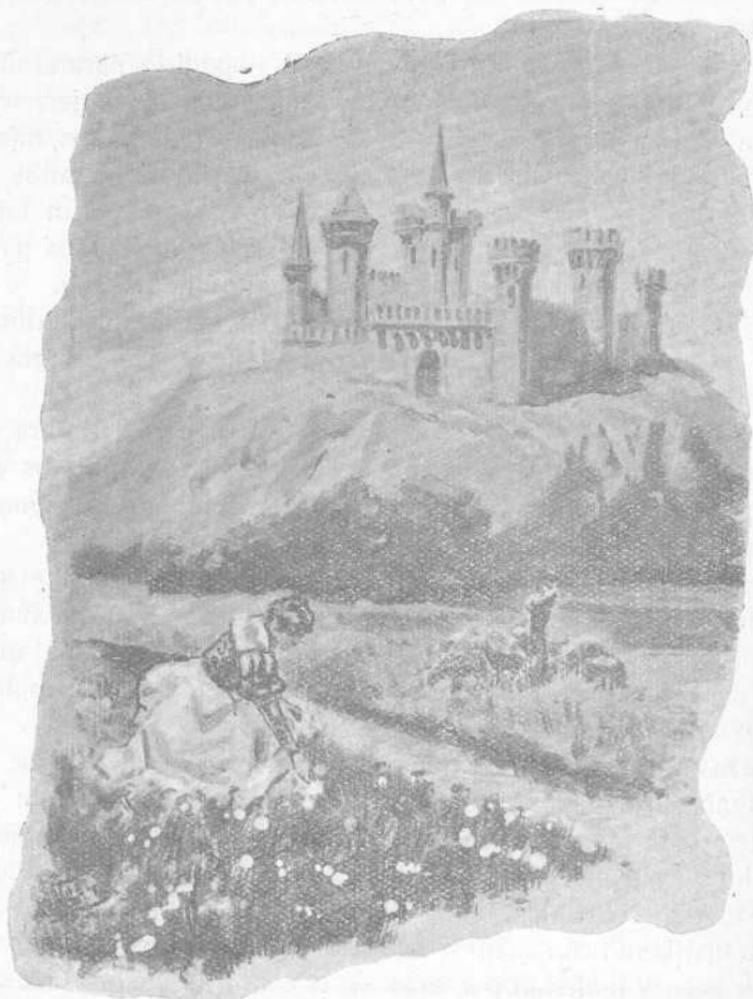
Desde que llegaba el buen tiempo hasta que á retirarse le obligaba el frío, el viejo matrimonio pasaba todo el día en la huerta que dentro del mismo edificio del Castillo habían hecho formar; sus hijas no se contentaban con tan reducido espacio y recorrían alegres todo el campo de alrededor de la casa, hablando con cuantos campesinos y campesinas hallaban á su paso y teniendo por esto en el contorno justa fama de sencillas y bondadosas, tanto como de bellas.

D. Ginés, el joven militar, según ya he dicho, pasaba cortas temporadas en el Castillo, porque sus deberes de soldado

impedíanle hacer largas estancias cerca de sus padres y hermanas.

## II

Gozaba Constanza recogiendo tomillo y otras plantas aromáticas y reuniendo florecillas del campo, mientras su her-



mana habíase quedado al otro lado del monte disfrutando á su modo, viendo las ovejas y los corderillos, uno de los cua-

les era su predilecto, al que había coquetonamente adornado con lazos y cintas, y que acudía presuroso á la voz de su ama que le obsequiaba con alguna golosina.

Y una tarde, plácida tarde del mes de Mayo, estaba Constanza en la orilla del río juntando flores y plantas aromáticas, cuando vió junto á ella un mozo del país, guapo mozo de veinte á veintidós años de edad; ni de gran estatura, ni bajo; de ojos negros, grandes y expresivos que miraban dulcemente; tez morena y rojos labios, en los que asomaba la sonrisa reveladora de una inocencia impropia de su edad; pero explicable por el alejamiento social en que vivía.

Llevaba en la mano derecha un abultado ramo sin ordenar de madreSelva y otras flores silvestres, y no sin alguna cortedad avanzó hasta el sitio en que Constanza se hallaba: la saludó reverentemente, quitándose la gorra con la mano izquierda, y la dijo:

—Os veo todos los días recorrer la falda del monte y las orillas del río para reunir plantas olorosas y flores. ¿Quereis, mi dueña, y en ello recibiré merced inmerecida, tomar éstas que para vos corté?

Constanza le miró con insistencia, vaciló algunos momentos, y al fin, alargando su mano y cogiendo aquel obsequio, respondió:

—Os agradezco el regalo porque, seguramente, lo haceis de buena voluntad y sin otra idea que la de agradarme.

—Así es, mi señora y dueña; son mis padres humildes vasallos de vuestros padres y siervos de vuestras tierras, ¿qué intención podría en mí haber al haceros tan humilde ofrenda?....

—Así lo entiendo, y por eso he admitido las flores que me dedicais.....

—¡Quién pudiera, señora, haceros mejor presente! Los pobres, sólo del corazón para sentir y de los brazos para trabajar, podemos disponer.....

—¿Y sois todos por aquí tan pobres como se dice?

—Mucho más de lo que digan; apreciadlo vos misma, si quereis fijaros: estas tierras, cubiertas la mayor parte del año

por la nieve y sin aprovechamiento para la siembra, son buenas sólo para que las reses coman durante algunos meses, y eso ha de ser cultivando nosotros los prados y utilizando los montes; un poco de trigo, algo de cebada, frégoles y patatas, no en todos los pueblos, es lo que recogemos á fuerza de sudor y de trabajo.

Constanza no escuchaba casi aquellos informes; sus ojos se fijaban en los del mozo que cada vez le resultaba más agradable.

El joven, mientras hablaba, parecía inquieto y daba inconscientemente vueltas á su gorrilla que sujetaba con las dos manos.

Constanza lo advirtió, y con amable sonrisa le dijo:

—¡Ay!, no había reparado en ello; sois demasiado respetuoso; cubríos, poneos la gorra.

—Lo estimo, mi dueña; pero ante Dios, la Virgen y los ángeles, tengo siempre la costumbre de permanecer descubierto.

No podía esperar Constanza, de hombre al parecer tan sin instrucción, galantería semejante, y esto le hizo para ella más interesante.

—Es que yo—contestó luego y remarcando mucho la frase—ni soy Dios, ni soy la Virgen, ni soy ángel.....

El mozo bajó la cabeza, y trabajosa y lentamente, respondió:

—Es que para mí sois todo.

Constanza se alzó rápidamente, y sin responder se dispuso á marchar.

¡Inútil alarde de dignidad ofendida ó amor propio mal entendido!

Al amor le basta un instante para prender una hoguera y habían sido muchos minutos de los que para sus travesuras había dispuesto.

Era tarde para considerarse libre.

Cupido había hecho una de las suyas y fué certero al disparar una de sus flechas en el corazón de la bella.

Al levantarse Constanza vió á Berta que llegaba junto á ella.

El guapo mozo se despidió diciendo:

—¿Quiere mi dueña que mañana la traiga otras flores?.....  
sé donde hay muchas.

Constanza le miró con alguna fijeza.....

—Como gustéis, si no ha de seros molesto.....

—Me proporcionais un placer.

—Con Dios quedad.

—El os acompañe siempre, mi señora.

Y Constanza se reunió con Berta, que dijo á su hermana:

—¿Conoces á ese zagal?

—Desde ahora; obséquieme con estas flores.

—¡Cuidado! aun las más sencillas tienen espinas.

—¡Maliciosilla!

Y sin hablar más, regresaron ambas juntas al Castillo.

¡Qué sueño aquella noche, qué sueño el de Constanza!....

Estuvo á orillas de un arroyo de mansa corriente y agua transparente, clarísima.

Besaban el agua plantas cuyas anchas y verdes hojas cubrían completamente las orillas, y en el centro una flor grande amarilla inclinaba los pétalos precisamente hacia el sitio en que se hallaba ella.....

De pronto, la flor empezó á crecer y crecer, y de repente, se convirtió en apuesto galán, que la miraba y sonreía ofreciéndola un ramo de flores atadas con cintas de oro..... ella dudaba, y cuando al fin se decidió tendiendo las manos para coger el ramo..... ¡qué horror, un puñal de acerada punta apareció en el centro y las flores empezaron á destilar sangre!...

¡Qué terrible pesadilla!

Asustada, llorosa despertó Constanza cuando el rayo de sol esplendente besaba los vidrios de la ventana de su alcoba.

Tardó mucho en reponerse de la honda impresión que causaron en su espíritu las visiones de aquel sueño que recordaba después con todos los detalles.

\*  
\* \*

El auditorio de D.<sup>a</sup> Luisa guardaba un religioso silencio:

el aleteo de una mosca se hubiera oído perfectamente en el *Filadero*.

Esto para la narradora era indicio elocuente de que su cuento despertaba interés; y después de breve pausa, continuó:

#### IV

Todas las mañanas las pasaba Constanza con febril impaciencia esperando las horas de la tarde para, según costumbre, salir al campo y acudir al mismo sitio en que conoció al mozo, que no faltaba ningún día llevando para ella flores y plantas aromáticas del monte.

Para Berta no podían estas impacencias de su hermana pasar desapercibidas, y al fin provocó una franca explicación bajo formal juramento de que á nadie revelaría lo que pasaba.

—Tienes razón, Berta, mi querida hermana; tienes muchísima razón; yo no he debido fijarme para nada en hombre que no corresponde á nuestra condición social; pero ¿qué quieres? no puedo remediarlo; le adoro con toda mi alma, no podría ya vivir sin él..... y es bueno, y es generoso, y es hombre de gran corazón y de luces naturales, extraordinarias; no sé si es el amor quien le inspira y adiestra; pero vestido de otra manera podría bien alternar con los más distinguidos caballeros de la Corte.

—Por mucho que tu fantasía le adorne y tu corazón le defienda, reflexiona que no deja de ser un plebeyo, sin instrucción, sin fortuna ni carta de nacimiento digno de tí: destiérrolo de tu alma, deja de verlo, está si es preciso reducida en casa por algún tiempo, y no viéndole.....

—¡Qué bien se habla, qué bien se discurre cuando, como á tí te sucede, no se lleva nada dentro, cuando la razón tiene por dueño un corazón frío, constantemente sujeto en la invernada, entre hielo y entre nieve..... ¿Y qué, después de todo, nos separa? Preocupaciones sociales, la esclavitud de un qué dirán que nada me importa..... además, es joven, es apuesto y no es tonto, é impulsado por mí puede ir á la guerra y luchar con denuedo y distinguirse y hacer que le otorgue nuestro Rey

mercedes que le hagan salir de la plebe y del humilde vasallaje..... otros, ¡cuantos consiguieron estas mercedes y á nobles llegaron por las armas muchos que no lo eran!

¿Estaría esto que Constanza decía con loco entusiasmo, relacionado con la visión del puñal entre flores que destilaban sangre y que vió en su terrible pesadilla?

Berta hizo un mohín de marcada contrariedad y respondió friamente:

—Imposible convencerte y ¡ay pobrina hermana mía, qué amarguras y qué disgustos puedes pasar y proporcionarnos! Vuelve por Dios en tí, reflexiona lo que puede suceder.

—Me juraste guardar la más absoluta reserva.

—Y sabré cumplirte mi juramento; pero.....

—Pues no hablemos del asunto; piensa que nada sabes y vive feliz, vive tú en la nieve y deja que yo me abrase y viva en el fuego ¡es tan hermoso amar!....

Y entre las hermanas no hubo ya más explicaciones. Y Constanza siguió en sus coloquios con Tomás, nombre del mozo, y su hermana hizose la desentendida y no sabedora de aquellos amores.

## V

Habían pasado tres meses desde que salió del Castillo la última vez el joven bravo soldado que guerreaba en las huestes del Rey, y ni D. Hernán ni su anciana esposa podían ocultar la profunda tristeza que les causaba no tener noticias de su hijo; jamás habían tardado tanto tiempo en tenerlas, ni aun en el invierno; cuando como ahora sucede, las comunicaciones eran en extremo difíciles.

Nunca el valiente D. Ginés dejó pasar tres meses sin dar á la familia detalles de su vida, de sus hazañas ó de sus contratiempos.

Coincidió esta falta de informes del joven guerrero con las ausencias de Tomás de las orillas del río á que acudía Constanza, y así el martirio de la encantadora muchacha era más intenso; la inquietaba no saber de su hermano y la deses-

peraba y entristecía hondamente no ver al hombre á quien había entregado su alma y sus pensamientos todos.

La familia del Castillo tardó más que nosotros vamos á tardar en saber lo sucedido.

Entre Cofiñal y Lillo, peñas abajo del camino de Boñar, habíase librado un porfiado combate, llegando á ser terrible la lucha cuerpo á cuerpo entre moros y cristianos. Hay quien supone que fué durante aquella, rota destruída y abandonada la fortaleza, de la que aún quedan en pie algunas paredes, que había en aquella época como guardián, avanzado centinela moro de Lillo.

El valeroso D. Ginés quedó abandonado y herido de gravedad en aquella refriega, y unos campesinos, siervos de no sé que Conde, le prestaron los primeros auxilios, y según pudieron le condujeron en brazos teniendo que descansar muchas veces á la primera casa que hallaron, un corral de Concejo que tenía pegado á sus muros un pequeño edificio con algunas habitaciones en las que residía con su familia uno de los que conducían al herido, hombre de grandes energías físicas, como de cincuenta años de edad, honrado y de gran corazón.

Llamó á su mujer, hermoso tipo de mujeres leonesas, apesar de sus cuarenta y seis años; escultural, aseada y limpia como los chorros del oro, y á su hija, bellísima moza de dieciocho años, tipo también hermosísimo, de ojos negros, grandes y rasgados, pelo más negro que los ojos y ensortijado y rebelde á la tirantez del peinado que le sugetaba.

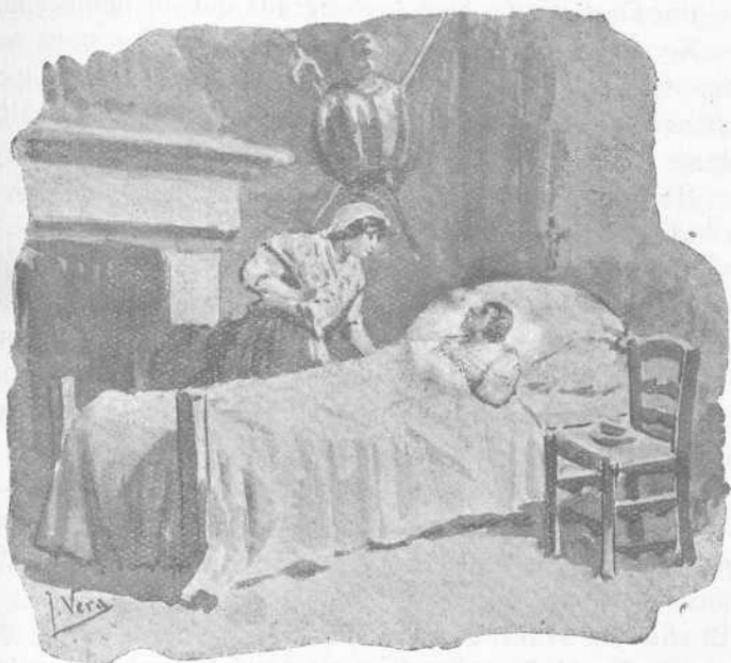
Y todos los de la casa, y algunos pastores, acudieron presurosos á prestar auxilios al herido, que no podía contestar á ninguna de las varias preguntas que se le hicieron.

Se le instaló en un una limpia cama, se avisó á un médico que tardó día y medio en llegar, y aquel médico dijo que las heridas eran graves; pero que tenía esperanzas de poderlo curar.

Aunque al tercer día de tratamiento ya el herido podía responder, y aun sostener con voz débil una conversación, no se juzgó prudente, atendiendo al delicado estado de salud

y edad de la madre, noticiar el suceso á la familia del Castillo prefiriéndose, y así se hizo, mandar propio que dijera que tardarían poco en ver á su hijo, que se hallaba, gracias á Dios, bien; pero lejos, bastante lejos de aquellos lugares.

La hija de la casa, la bella Catalina, se había constituido en cariñosa enfermera de D. Ginés.



Y poco á poco, y de día en día iba curando el caballero de las graves lesiones de arma blanca que comprometieron su existencia, y á la vez y sin darse cuenta, enfermado del alma.

Entre D. Ginés y la hermosa chiquilla que asiduamente le atendía, nació irresistible simpatía que no tardó en trocarse de modo claro en afecto más profundo.

—Os amo con todo mi corazón, decía el herido; sois para mí la vida, la ilusión.

Y Catalina contestaba, porque ya estaban entendidos y no disimulaba el amor que por el noble joven sentía:

—Cuidado, D. Ginés, podeis engañaros fácilmente: la gratitud pudiera haceros creer en otro afecto, y hombre de corazón según sois, pudierais sin gran razón para ello, estar reconocido á lo poco que para vuestra curación hago en cumplimiento de un deber de caridad cristiana.....

—Sois tan discreta como hermosa.....

—Por Dios, amigo mío..... si agrada que le llame amigo.

—No, en verdad; no quiero ser para vos tan poca cosa; quiero ser más que amigo; quiero vuestro amor, todos vuestros pensamientos..... ¡oh, háblame con toda lealtad, háblame con el alma! ¿Me quieres, Catalina, me quieres?

—¿Para qué disimular, si tú ya lo has conocido?.... Sí, sí, eres todo para mí; te amo, te quiero mucho.

—¡Bendita, bendita seas una y mil veces!....

—Cuidado, por Dios; no te destapes, no vuelva la fiebre y comprometamos la salud; cuídate..... te lo mando. ¿Te gusta que yo te mande?.... te lo mando, deseo que te pongas pronto bueno y ¡eh! hoy no hablamos más..... ¡Obedezca D. Ginés á la pobre pastorcilla!....

—D. Ginés obedece; no habla y sigue pensando en tí.

Y desde que así hablaron fueron muchas y frecuentes y largas las conversaciones que sostuvieron en este y más cálido tono.

El enfermo avanzaba en su curación, la fiebre había desaparecido, y, al fin, abandonó el lecho, siendo su primer cuidado avisar á sus padres y hermanas y contarles cuanto le había ocurrido.

## VI

La primera noticia que la familia del Castillo tuvo de haber sido gravemente herido D. Ginés, la llevó Constanza que la supo por Tomás, quien la dijo cuanto sucedía, no inmediatamente, sino después de haber vuelto como antes á las orillas del río.

Constanza no mintió del todo y fué sincera manifestando el origen de sus informes; pero dijo que había ido el mozo de propósito á comunicar á los padres la noticia, y que habíale rogado que volviese al siguiente día mientras ella lo participaba con la prudencia conveniente.

Y todos menos Irene, que ya estaba en el secreto, creyeron de buena fe la relación de Constanza.

Al día siguiente, conforme al plan ideado por los amantes, se presentó el mozo en el Castillo, é informó á los nobles señores de cómo D. Ginés había sido herido en un combate, y cómo había sido recogido casi moribundo cerca del lugar en que habíase verificado el hecho de armas, y que había sido llevado y esmeradamente atendido en el corral del Concejo, mostrando D. Hernán su profundo agradecimiento á los leales labradores que salvaron á su hijo de una muerte cierta y exigiendo á Tomás que fuera todos los días á informarle del estado de D. Ginés, y dándole para sus padres dinero y viandas que Tomas rechazó, alegando que nada por entonces les era necesario.

Y así continuaron las cosas durante algunos días, hasta que ya D. Ginés pudo ir al Castillo para concluir su curación, sin que faltaran á diario las conferencias amorosas, cada vez más íntimas, entre Constanza y Tomás, y entre D. Ginés y Catalina, pretextando el primero la necesidad de dar largos paseos que aligerasen su restablecimiento, recuperando las perdidas fuerzas.

Informado el rey de la ocurrencia, concedió á D. Ginés un señorío en el reino de León y le concedió un año de licencia.

\*  
\*\*

—Ahora empieza, dijo doña Luisa interrumpiendo su relato, lo más interesante del cuento que muchos, y yo entre ellos, han creído ser historia no escrita, pero verdadera; podeis, si quereis, hablar unos momentos, porque yo también necesito zurcir puntos claros de mi memoria.

El *Filandero* se animó en seguida; cada cual á su manera

comentaba los incidentes del cuento, sin que se hiciera conversación de otra cosa, porque todos parecían estar vivamente interesados en aquel relato.

Duró poco la interrupción; había en el *Filandero* impaciencia por oír á la señora, cuya entonación y manera de contar realizaba el interés de lo que decía.

Y pasados próximamente diez minutos, doña Luisa reclamó silencio y continuó con gran contentamiento de todos:

## VII

Transcurrieron ocho meses y la situación de nuestros personajes no había variado.

Constanza y Tomás, cada vez más enamorados, dieron más de una vez ocasión á que los servidores del Castillo se apercibieran de sus amores, porque raras veces los amantes dejan de pecar de imprudentes.

Catalina y D. Ginés seguían también ciegamente apasionados, sin que los padres de la moza vieran lo que debieron ver, y era que Catalina tardaba muchos días, más de lo necesario en regresar á casa con las reses.

Pero llegó un día, cuando ya habían pasado algunos, sin que Catalina pudiera disimular su especial cuidado.....

Y por rara coincidencia sucedía otro tanto con la bellísima y noble D.<sup>a</sup> Constanza.

Furioso, iracundo, el padre de Catalina, quiso matar á su hija, y de igual modo, D. Hernán quiso atravesar con una espada el pecho de su hija, no haciéndolo así ante la súplica de su anciana esposa, que se hallaba en grave peligro de muerte.

Un pastor, camarada y amigo íntimo y consejero del padre de Catalina, le dijo á éste cuando se hallaron solos en el campo:

—Lo que pasa es lo que tenía que pasar, y no sé por qué haceis aspavientos: las leyes naturales se cumplen siempre, queramos ó no queramos; D. Ginés es apuesto; tenía su corazón libre de amores; le pusísteis el amor junto á su lecho

vestido de enfermera para que le fuese más agradable, y.... se ha cumplido la ley natural. Catalina, joven y guapa, él ansioso de cariño y ella sensible, y cuando la flor al beso del sol abre su capullo..... ¿qué había de suceder? Pues lo que ha sucedido, que los chicos se adoran y que no han reparado en las consecuencias.....

—No has de convencerme, y no respondo de mí; la mato, la mato.....

—Serás un necio; yo, en tu lugar, me personaría en el Castillo, diría lo que pasa, y exigiría la única reparación que para estos casos puede pedirse.....

—¿Hablar al señor, al padre de Don Ginés?....

—¿Y por qué no?... Y á fe que también estará el horno para rosquillas en el Castillo.

—No entiendo.....

—Pues eres bobalicón y te creía un hombre más espavilado; tu hija, por un lado; tu hijo, por otro.....; crimen en puerta ó negocio redondo.....

—Me ofendes; yo no quiero más negocio que el de mi honra que es la de mi hija.....

—Pues mal andais ahora de eso.....

—Ten la lengua, ó no respondo de mí.

—Pero, ¿es que no sabes que tu hijo y la hija menor del señor del Castillo?....

—¿Qué dices?

—Digo la verdad; que la hija del noble D. Hernán, está, no lo dudes, tan necesitada de un apaño en su honor como tu Catalina, y que la noble moza se muere por Tomás..... todos iguales, que sea verdad que todos iguales; eso exigiría yo al dueño del Castillo.....

—¡Calla, víbora!.....

—Bueno, bueno, que yo no me quiero meter á enderezar entuertos que no son míos; te dí un consejo y allá tú, y lo tomas ó lo dejas, y con Dios queda.....

Y el irónico pastor dejó sólo al padre de Catalina, que no sabía que hacer ni se movió en algún tiempo de aquel sitio en que parecía estar clavado.

Y pasando, después de algún rato de la cólera y el sobresalto á la meditación reflexiva, concluyó por no parecerle tan desacertado el consejo de su amigo, y resuelto á jugarse la última carta en asunto tan grave y delicado, para no desistir de su propósito, sin antes ir á su casa encaminóse hacia el Castillo, aunque sabía que no podía llegar á él antes de las ocho de la noche, hora poco á propósito para presentarse allí.

### VIII

Muchas dificultades tuvo que vencer el padre de Catalina y gran paciencia tuvo que tener para lograr de la servidumbre de los señores del Castillo que le franquearan la puerta.

D. Ginés fué quien primeramente salió á su encuentro y no pudo disimular la fuerte impresión que le causó ver allí y á tales horas al padre de lamujer que amaba.

—¿Os ocurre algo, mi buen Germán?, preguntó tímidamente el caballero.

—Lo que sucede, señor, contestó el recién llegado, debeis saberlo mejor que yo.

D. Ginés se turbó como se turba un niño ante una justa recriminación.

—¿Y qué pretendéis?

—Pretendo salvar mi honra que vos con negra ingratitud me habeis robado.

—Tened en cuenta que mi buena y anciana madre se halla en estado grave.

—En gravísimo estado se halla también el honor mío.

—Volved otro día, os lo ruego; yo hablaré antes con mi padre.

—¡Imposible! lo he meditado mucho, y cuando tomo una resolución, no retrocedo.....

Continuaba el diálogo anterior cuando apareció en el dintel de la puerta del cuarto en que Don Ginés había recibido á Germán, D. Hernán.....

D. Ginés, avanzando hacia su padre, dijo:

—Os presento, mi querido padre, á mi salvador; á él es á quien después de Dios debo la vida, y os ruego que lo tengais presente.

—Está bien, dijo D. Hernán, mientras D. Ginés salía y el dueño del Castillo se acercó al centro del cuarto, lujosamente amueblado, en que Germán se hallaba.

—Tenme desde luego por amigo y obligado á tus bondades para con mi hijo: ¿qué deseas de mí?, dijo D. Hernán.

—Es breve; pero grave, mi señor, lo que tengo que deciros.

—Soy pobre.

—Ya remediaremos eso puesto que yo soy rico y te debo una vida.

—Estoy contento con mi pobreza; no demando bienes.

—Sigue.

—La honra es para mi preferible á la vida.

—Enalteces á mi vista con ese modo de pensar:

¿Y bien?

—Tengo una hija.

—Muy bella, según mis noticias.

—Y muy buena, sin pasión de padre.

—Hablóme de ella y con gran entusiasmo D. Ginés; ha sido para él cariñosa enfermera.

—Era un deber de caridad cristiana; pero vuestro hijo no ha respondido bien á la hospitalidad y cuidados que con él se tuvieron.....

—Habla sin rodeos.

—Así lo haré, que é ello vengo:

D. Ginés requirió de amores á mi hija.....

—¿Eh?

—La requirió de amores y son según creo novios.

—Pues si ella y el.....

—¡Señor!.....

—Acaba.

—Mi hija era y no es pura.....

—¿Y tenemos tu ni yo culpa?....

—Pero estamos obligados á resarcir los daños que hacen nuestros hijos.

—El niño es mayor de edad.

—Pues aconsejadle que cumpla con su deber de caballero.

—¿Cómo?

—Salvando la honra de mi hija.

—¿Estás loco?

—Lo estaría si así no lo demandase.

—Reflexiona.

—Lo he reflexionado.

—¿Y de qué manera puede hacerse?

—Solo hay una señor.

—Yo daré cuanto pidas.

—No está el honor sujeto á tasa.

—¿Entonces?

—Afortunadamente vuestro hijo es libre, es soltero.

—Pero noble, como hijo de nobles y por merced del Rey.

—Y rico podeis añadir y mi hija pobre y además de pobre, hija de un pebleyo, peor todavía, de siervo sujeto al terruño.

—Tú lo dices.

—El matrimonio es santo y el amor borra diferencias; no lo dudeis.

—Repito que no estás cuerdo.

—Puede que vos, y perdonad mi ruda franqueza, incurrais pronto en la misma locura..... la honra de vuestra hija Constanza está en el mismo caso que la de mi Catalina y os juro no haberlo yo sabido hasta hace muy poco.....

—¡Mientes!

—Verdad digo.

—¡Mientes!

—Y es mi hijo Tomás quien la festeja y á quien adora.....

—Te juzgué honrado; eres un miserable.....

—Por Dios señor, os lo ruego: tengo sangre, tengo nervios y tengo dignidad; moderad vuestras palabras; D.<sup>a</sup> Constanza, no es culpa mia, es la novia, el ídolo de mi hijo; pero yo no tengo interés en que se case; por el contrario, rechazotoda

proposición en este sentido, si se me hiciera; los hombres no se hallan en igual caso que las mujeres.

\*  
\* \*

Los contertulios del *Filadero* no apartaban su atención de la narradora; el silencio en la reunión era completo.

D.<sup>a</sup> Luisa hizo una larga pausa como esforzándose avivando su memoria, y después de algunos instantes durante los cuales no se inició ninguna conversación en sus oyentes, siguió así el relato:

—Tuvo D. Hernán que rendirse á la evidencia, calmar sus nervios, moderar sus ímpetus, aunque no su injusticia y su mal humor, y dijo:

—Has hecho bien el juego; seriamente comprometida mi honra, comprendiste que ya no tenía más solución que la de casar á D.<sup>a</sup> Constanza con tu hijo.....

—Descontada queda tal solución, contestó el labriego, puesto que yo no quiero que Tomás, mi hijo, case con ella.

—Tendría yo que pensarlo.

—Y yo lo tengo pensado; es una boda que de ninguna manera me conviene.

—Podiera Tomás ir al servicio del Rey y adquirir honores, y salvar por actos heroicos su origen humilde.

—Inútil pensar en ello; he dicho que no consiento en ese matrimonio.

—¿Y sí, en el de D. Ginés con tu hija?....

—Ya os lo dije, señor; las hembras no son como los varones.

—Es que la honra de mi hija.....

—No tiene más valor que la de la mía.

—Piensa que si las hembras no son como los varones, los nobles no son tampoco igual que los plebeyos, ni los señores lo mismo que los siervos.....

—Terminemos, señor, que no quiero cansaros; vos no hallais solución al negocio en que nos metieron nuestros hijos.....

—Esperemos.

—Y yo dije y vuelvo á repetirlo, que la honra vale para mi más que la vida; sabré lo que hacer, y con vuestra venia, me retiro; descansad, señor, y que la señora recobre pronto la salud.....

—¿Y si yo consintiera y consintieras tú?....., dijo sin apenas poder contener su emoción D. Hernán; con D. Ginés pudiera Tomás ir á la guerra, y con sus actos y el favor del Rey..... ¡quién sabel!....

Aquí llegaba el diálogo, cuando, apoyada en el hombro de su hija Irene, apareció ante ellos la esposa de D. Hernán altiva, pálida, saltándosele los ojos de las órbitas; agitadísima, y haciendo un esfuerzo sobrehumano, dijo á su esposo y al campesino:

—¡Sois unos miserables!; os he oído y os detesto, ¡os maldigo!....

Un golpe de tós cortó sus palabras, y como una masa inerte, cayó sobre el pavimento.....

Cuantos esfuerzos hicieron todos para reanimarla y alzarla del suelo, fueron inútiles.

Había con aquel esfuerzo agotado todas sus energías.

¡Estaba muerta!

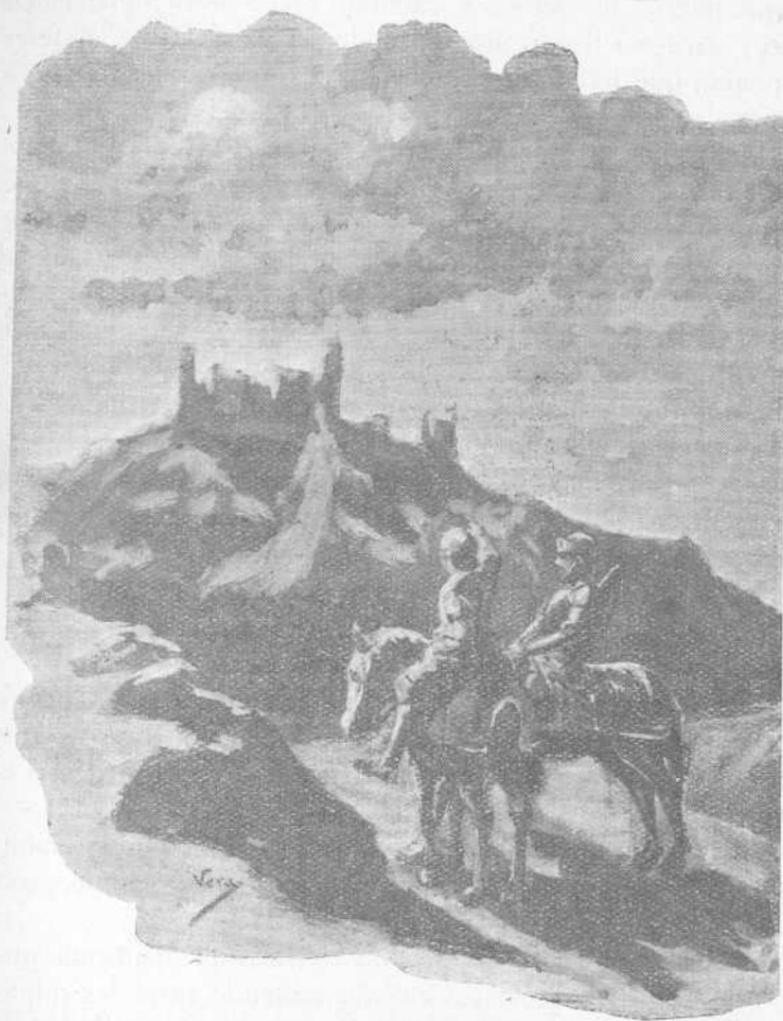
## IX

Un mes después, en familia por el reciente luto, se celebraron en la capilla del Castillo dos bodas: la de D. Ginés y Catalina; y la de D.<sup>a</sup> Constanza con Tomás.

Tres meses más tarde partían para la guerra contra los moros D. Ginés y Tomás.

Tomás, animado por el amor, y con el legítimo afán de mejorar su condición social para ser grato á la familia de su esposa, y por su propia condición de valeroso, se distinguió de tal modo, que sobre los campos de batalla y á la terminación de un notable y muy sangriento hecho de armas, se le nombró jefe de una pequeña hueste, y el mismo Rey, al frente de los soldados, le colocó las insignias de mando y le concedió licen-

cia de dos meses para regresar á su país y que gozara así de algún descanso.



Noticioso de todo esto D. Ginés, que batallaba por tierras de Castilla, obtuvo de sus jefes permiso temporal y regresó hasta encontrarse con su cuñado Tomás, para juntos ir á pasar una temporada en el Castillo.

Parabienes de D. Ginés y sinceros y fuertes abrazos diéronse los cuñados al encontrarse en un pueblecillo que acaso fuera La Robla, y de todos modos cerca de León; y juntos emprendieron el camino á caballo, y con febril impaciencia uno y otro por llegar pronto donde sus respectivas mujeres suponían que habían de sorprenderse gratamente viéndolos llegar.

¡Amargura grande por la que pasaron los dos heroicos soldados de la Cruz!... espectáculo terrible; no podía ser más doloroso el que á su vista se ofreció, cuando después de dos días de jornada, que les parecieron dos siglos, llegaron al ansiado baluarte....

El padre de Catalina y otras gentes del país lo explicaron todo en pocas palabras.....

Un grupo de moros, fieras humanas, llegaron una noche á la fortaleza, y aunque los servidores de D. Hernán y el anciano señor lucharon con denuedo, vencieron los enemigos, y su venganza fué de chacales; pasaron á cuchillo á cuantos dentro hallaron y arrasaron el Castillo.....

No hay para qué decir la impresión que tan desconsoladoras noticias causaron en el ánimo de los jóvenes, que cubiertos de gloria, regresaban á su hogar.

Juraron por Dios no dejar con vida, matar como fuera á cuantos moros hallaran á su paso, y cuando el dolor que sufrían se lo permitió y sus lágrimas cesaron, tornaron á la guerra.

D. Ginés, contemplando las ruinas, se acordó de la maldición de su madre, y en aquella maldición le pareció encontrar la causa de cuanto había sucedido.....

¡Cuidado con las maldiciones! Acaso el fantasma que dicen muchos haber visto de noche andando entre las ruinas del Castillo sea la noble maldiciente, por la intranquilidad de su alma en el fuego del infierno.

\*  
\* \*

—Y se acabó el cuento—dijo D.<sup>a</sup> Luisa. Una impresión de

tristeza se dibujó en los semblantes de los contertulios del *Filadero*.

Era la una de la madrugada, y se dió por concluída la velada, marchando cada cual á su casa.





## Rosa de Abril.



En casa de la Nieves fué á la siguiente noche la reunión del *Filandero*.

No había en todo el contorno mujer de humor más alegre que la Nieves; era una de las que siempre tienen la risa en los labios y la bondad en el corazón.

Y como la dueña de la casa daba el ejemplo, nada de particular tenía que los contertulios del *Filandero*, y singularmente mozas, mozos, rapaces y rapacines usaran de gran confianza, y que las bromas y hasta el retozo fueran notas dominantes en la reunión. Eran poco más ó menos los concurrentes, los mismos que pasaron la velada en casa de doña Luisa, y parecían ser otras personas.

Hubo romances alegres, frases picantes, y se aplazó el aguardiente y algo de baile para última hora; era preciso antes referir un cuento.

Nieves, la dueña de la casa, declaró noblemente que no tenía ella cabeza para contarlo aunque había oído muchos, y todos se fijaron en *La Monja*, como la llamaban por haber estado en sus mocedades en un convento, no llegando á profesar por cosas que no son del caso, y basta con lo dicho por ella muchas veces, que no tenía vocación para el claustro; y así debía ser, porque vuelta del claustro á su pueblo y contenta con volver al mundo, tuvo hasta tres maridos y era entonces viuda con pretensiones, á pesar de sus cincuenta y cuatro años cumplidos.

*La Monja*, mujer amable, á las primeras indicaciones que se le hicieron, dejó la rueca y el huso, se acercó al fogón para estar más en el centro de la tertulia, y dijo:

—Como la que más y la que menos, cuando hablo gusta-

me mucho ser oída, y si de veras quereis que yo os diga un cuento, ha de ser con la condición de que habeis de prestar atención.

—No tenga usted cuidado, dijo uno de los mozos, que la escucharemos todos en silencio.

—Con la confianza de que así ha de ser, va de cuento y oidme. Y *La Monja* empezó así su relato:

## I

—Una rapacina, pastora de seis ovejas negras, llevaba todos los días y á la misma hora su ganado á una fuentecilla que hay en un valle no lejos de Valde Castillo; y ocurría esto allá por los últimos años del siglo XIV.

Observó la rapacina que mientras las otras bebían ó pastaban cerca de la fuente, una de aquellas ovejas se quedaba siempre junto á ella y mirándola con tal insistencia que alguien llamó su atención.

Un día hizo más la ovejilla: dobló sus manecitas y de rodillas se puso delante de la pastora.

—¡Ay que pobriquina, dijo la pastora mientras acariciaba pasándola una mano por el lomo á la res; tú no estás buena; no comes, no bebes; tendrán que matarte.

La oveja, oyendo estas palabras de su guardiana, se incorporó y dió un salto.

—¡Miren el animalito! cualquiera creería que habíame comprendido, añadió la rapacina.

La oveja volvió á situarse de igual modo que antes.

Luego se levantó y se acercó á la rapaza, queriendo lamerla en la cara, no consiguiéndolo porque la pastora se retiró y para evitarlo se levantó del suelo donde se hallaba sentada y dió algunos pasos en dirección al sitio en que pacían las otras ovejas.

Aquel día no pasó más; pero al ocurrir lo mismo al siguiente llegó á preocuparse la rapacina de lo que la sucedía con aquella oveja.

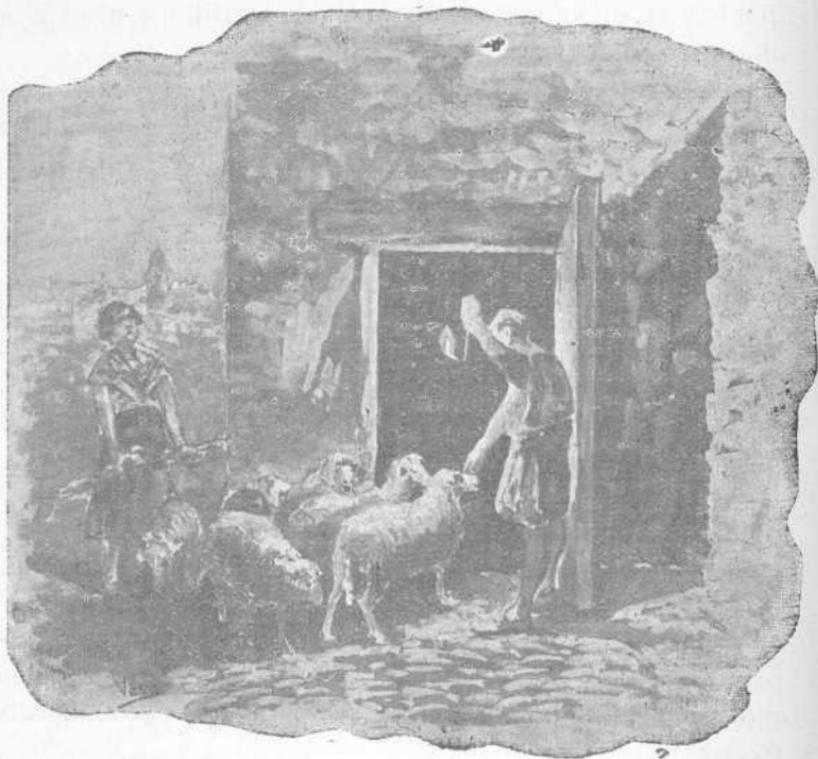
No quiso acariciarla, y por el contrario, la rechazó brus-

camente cuando el animal quiso aproximarse á ella, y trató de dar á la res con el cayado que llevaba y manejaba diestramente para que no se desmandasen las ovejas.....

No hizo resistencia ni trató de huir el animalito: se tiró en el suelo y cerró los ojos esperando el castigo.

Y como en tanto las otras reses caminaban huidas en distintas direcciones al ver á la pastora que alzaba el palo, la rapacina fué corriendo á reunir las, lo que consiguió no sin tardar en ello algún tiempo.

Cuando volvió al punto de partida, cerca de la fuentecilla, la insinuante oveja había desaparecido.



Inútilmente la pastorcilla recorrió los alrededores y miró á las alturas por si se había escapado á la montaña ó se había escondido en alguna de las desigualdades del terreno.

No pareció por ninguna parte. Lloró durante toda la tarde, más que por nada, por el temor de que su padre, bueno; pero brusco y fácilmente irascible, la castigase inhumanamente, y porque eran pobres y para ellos resultaba el extravío de la res una pérdida considerable.

Pero había que conformarse, y cuando llegó la hora de regreso á casa, tembló ante la idea de tener que referir el suceso.

De trecho en trecho y casi de paso en paso en su camino de regreso hacia su aldea, volvía la cabeza figurándose que al sentir á las otras tornarfa con ellas la res descarriada..... Pero ¡nada! la fué preciso perder toda esperanza.

Y apenas llegó á su pobre vivienda, dijo, temblando de miedo á su padre, que habíasela perdido una oveja, y esperó bajando la cabeza.....

—Voy á creer, rapacina, que tú estás loca, le dijo su padre; contelas yo al entrar una por una, y traes seis y no llevaste siete. La rapacina sonrió dulcemente, abrió cuanto pudo sus negros hermosos ojos y contó á su vez las ovejas.....

Estaban las seis.

No faltaba, pues, ninguna.

Y se tranquilizó, achacando á una ofuscación suya lo pasado; pero sin decir nada de lo que la preocupaba la pícara oveja que acababa de proporcionarle un serio disgusto.

## II

Intenciones la daban á la rapaza, cuando al día siguiente salió con su ganado, de no volver por la fuentecilla del Valle; pero hubiera con su desistimiento, dejado de ser según son las mujeres; curiosas é impresionables y amigas de aventurarse en lo desconocido.

Y así fué: á la hora de costumbre, acudió al mismo punto á la fuentecilla del Valle.

Y lo raro fué que se repitió, poco más ó menos, la escena del anterior día; que la misma oveja insistió en quererla prodigar sus caricias; que la pastora, como había hecho en

la tarde anterior, alzó el cayado, y que las ovejas se dispersaron y que no halló cuando regresó la que había dejado junto á la fuentecilla, y que también tuvo que andar buscándola por valles y barrancos sin encontrarla; pero no se afligió tanto, esperando que también sucediese lo mismo cuando llegase á su casa, y contara las reses su padre.

Desgraciada ó afortunadamente para ella, cuando en una hondonada del camino iba buscando la res que había perdido, halló á un viejo pastor con un hato de ovejas blancas que la dijo:

—No te canses. Celia, la oveja extraviada no parecerá y esta vez tu padre las contará y hallará sólo cinco.

—¿Y vos, cómo sabéis lo que me ocurre?

—Tú verás si es cierto lo que te digo, y de qué manera habré yo podido enterarme, no es cosa que deba importarte mucho.

—¿Afirmáis que no parecerá la oveja?...

—Estoy completamente seguro de que así ha de ocurrir.

—Para Dios, me pareceis muy feo; ¿sois acaso el diablo?

—Antes ciegos tú, que tienes buenos ojos que yo sea el diablo; sin serlo puedo saber muchas cosas. Esa oveja que buscas, no es oveja; es una flor en que no reparaste, la primera de su clase todos los años en estos valles; la conocemos muchos, la llamamos «La flor de Abril» porque aparece siempre, y con exacta puntualidad el día primero del mes en que nos hallamos; una de tus ovejas la comió y á eso debes su transformación.

—Os creo, porque no habíais de tener gozo en engañar á una rapaza que ningún mal os ha hecho.

—Y así es la verdad, linda Celia.....

—Dos veces me habeis llamado por mi nombre. ¿Por qué vos lo sabéis si no me conocéis?

—Estás engañada; te conozco, y sé tu nombre de igual modo que conozco hace muchos años á tu padre, que sería capaz de matarte en el primer impulso de cólera, si al contar las ovejas echara una de menos.

—¿Qué hacer, entonces, ya que tan bueno pareceis?....

—Te llevarás una de mis ovejas.

—Pero las vuestras son todas, blancas, y son negras las mías y negra la que me falta.

—Esta noche ha de ser muy cerrada, muy oscura; tú debes retrasarte algo más que de costumbre para que no se vea cuando entres en tu aldea y metas las ovejas en el corral, en cuya ocasión saldrá tu padre para contarlas, según hace todos los días, y en seguida las metes en el corral....

—Pero, aunque no lo advierta esta noche, mañana cuando salga yo de día con el ganado ¿no lo advertirá mi padre?

—Debes madrugar y salir antes que de costumbre.

—Y aun siendo así y saliendo bien todo el engaño, ¿no verá por fin que tiene una oveja blanca?

—Fíjate mañana en la flor que te digo, no lejos de la fuentequilla en que apacientas el ganado.

—Sí, sí, miraré mucho, y si la veo la quito de raíz.

—Guárdate mucho de hacer tal cosa; sería peor el remedio que la enfermedad, porque la flor según te dije, no es flor, es un apuesto mancebo, del que más de una dama quedó prendada, y el amor por el sentido fué la desgracia de muchas mujeres.

—¿Qué hacer entonces?

—Tirar tres piedras blancas, de manera que vayan quedando junto á la flor, pero sin tropezarla, y entonces parecerá la oveja y la flor desaparecerá de aquel sitio; las piedras han de ser tiradas con alguna violencia, no colocadas; cuida como te digo, de que no tropiece ninguna de las piedras que has de tirar en el tallo, ni en las hojas.

—¡Ay Dios mío! eso es para mí cosa muy difícil.

—Pues así y no de otra manera puede ser, y ya no quiero decirte más; y ahora marcha y verás como detrás de tí sale una oveja del tamaño de las tuyas, á las que se reunirá sin que las tuyas extrañen la compañía.

Cumplió Celia cuanto el viejo la indicó, y en pos de la zagala salió una oveja blanca, que al divisar á las negras fué con ellas á reunirse como si hubiera siempre formado parte del pequeño hato de las negras.

No podía la rapaza explicarse todas aquellas cosas que la ocurrían, y pensó con temor en duendes y aparecidos y encantamientos de que había oído hablar en veladas del *Filandero*, y su tierna imaginación quedó tristemente impresionada.

Pero por lo pronto había que seguir las indicaciones del pastor, que bien podría ser un brujo cuando sabía tanto, para evitar el primer arrebato de ira de su padre, al que temía y respetaba más que lo quería, efecto del brutal genio que á cada paso y por la más nimia contrariedad demostraba.

Así fué, que ya de noche regresó á su aldea, no sin recelar que su padre sacase un candil para encerrar las ovejas y entonces apercebirse de que había una blanca.

No se realizaron, afortunadamente, los temores de la rapaza; su padre se limitó á manifestar extrañeza por la tardanza en el regreso; pero no advirtió el engaño cuando con el tacto y no con la vista contó el número de ovejas.

Y Celia quedó en este particular tranquila; pero la fué imposible sosegar en toda la noche. Cuanto el viejo pastor dijo de la oveja, que no era oveja; de la flor, que no era flor; del caballero ó apuesto galán que había sido tormento de damas, y el mismo viejo pastor..... andaba todo en su cabeza y la devanaba el sentido.

¿Cómo podía ser todo aquello y por qué había de ser ella, inocente rapaza, una de las figuras de aquellos misteriosos acontecimientos?

No pudo conciliar el sueño en toda la noche, y así no la fué difícil madrugar y salir con el ganado de su casa, para que su padre no viese las ovejas, antes de ser de día.

\*  
\* \*

Los asistentes al *Filandero* estaban maravillados del relato de *La Monja*, no perdían palabra; la expectación era grande y el silencio absoluto.

No podía la cuentista quejarse de falta de atención por parte de sus oyentes.

Hizo no obstante una larga pausa, durante la que no hubo

comentario alguno, y prosiguió después en los términos que siguen:

## III

—Apenas Celia llegó con el ganado á la fuentecilla del valle, la oveja blanca emprendió veloz carrera y desapareció prontode la vista de la rapaza, suponiendola rapazaque habríase ido á reunirse con las que apacentaba el día anterior el misterioso consejero que tanto había perturbado su pensamiento.

No vió al pastor, y su contrariedad fué grande cuando llegando al mismo sitio en que había con él hablado, ni estaba él, ni estaban las ovejas blancas.

Regresó desconsolada junto á las suyas y cerca de la fuente.

Miró atentamente por los alrededores y allí estaba la flor como aislada; no había otra en el verde césped del prado.

¿Qué haría?

Su vacilación era grande. Regresar con sólo las cinco reses que la quedaban, era exponerse á los graves tratos de su padre.

Tirar en dirección á la flor para dejar junto á ella y sin tocarla tres piedras blancas, no era empresa sencilla.

Y ello es que había que tomar una determinación.

Aquella flor la inspiraba miedo, y á la vez despertaba en ella invencible curiosidad de mujer.

Ya llevaba siete años de pastora: su habilidad en tirar piedras era grande; podía tener seguridad en su fuerza y en su puntería; además podía tirar á la distancia que mejor le pareciese; la cuestión era no tropezar en el tallo ni en las hojas; esta última parte no la ofrecía dificultad alguna; la salvaba sin más que arrojar por bajo las piedras; pero ¿y si daba en el tallo?

La rapacina era de carácter resuelto y se decidió á jugar el todo por el todo.

Escogió unas cuantas piedras blancas de pequeño tamaño y se dispuso luego á la prueba: primero tiró alguna en direc



ción contraria y á punto determinado, para estar cierta de su pulso, y sonrió con satisfacción viendo que las piedras iban donde su voluntad quería.

Ya segura de su habilidad lanzó la primera en dirección á la misteriosa planta.

La piedra quedó como clavada á menos de una cuarta de distancia de la temida flor.

Animada por el éxito, tiró la segunda piedra.

Y la piedra rodó y fué á quedar á media vara y al otro lado junto á la flor.

Sólo faltaba una para triunfar, y la rapacina temblaba de miedo y emoción al disponerse á lanzarla.

Pero ya no dudó: contuvo el temblor que la dominaba y dijo «á la una, á las dos....., ¡á las tres!»!...

Y la piedra escapada de sus manos rodó y quedó en el mismo tallo de la florecilla.

Se oyó un suspiro y Celia perdió por unos instantes el conocimiento. Cuando recobró el sentido y abrió sus negros ojazos, estaba junto á ella un apuesto mancebo que aparentaba tener de veinticuatro á veintiséis años de edad; esbelto, de ojos azules y rubia cabellera, y lujosamente ataviado.

Repuesta Celia de su sorpresa, se alzó rápidamente del suelo en que cayó presa del pasado accidente y trató de correr:

—No huyas, hermosa rapaza, no huyas de mí; ya que me vuelves á la vida, no hagas que muera.

La rapacina, con los ojos en tierra, no se atrevía á mirar al gallardo caballero que seguía diciendo:

—Encantado por una maldita bruja, mi encantamiento no hubiera tenido fin, si á tí no te se hubiera ocurrido venir por estos sitios con tus ovejas negras, y de no ser negras precisamente, nada hubiera podido conseguir: mírame, no tengas miedo, soy como los demás hombres; no soy un ser extraordinario.

—Sí, sí, debeis serlo, se atrevió á decir la rapacina, y habeis causado, inspirando amores, la pérdida de muchas almas.

—Ya, ya sé quien te ha dicho esas mentiras. Anau, un ser despreciable al servicio de la bruja, que consideró destruída su terrible obra desde que te vió por estos lugares; era preciso inspirarte horror y que tuvieras miedo para que no pudieras acertar con alguna de las piedras que habías de arrojar sobre mi tallo y ¡pobre de mí y ay de tí, si tu propósito se hubiera realizado y no hubieras tropezado en la planta; estarías también encantada y convertida en piedra.

—¡Dimontre de viejo!

—Hasta en eso te ha engañado; no es viejo; es joven y apuesto; pero vive en esclavitud con la vieja y toma para presentarse á los demás, la forma que á ella le conviene.

—Yo no entiendo, señor, de tales diabluras, y os tengo miedo.

—Ya te convencerás de que no soy fantasma ni tengo pacto con el demonio: vendrás á mis haciendas y tornaré con mi familia, después de varios años de mi ausencia.

—¿Decís verdad?

—Verdad te digo, linda rapaza; ahora, cuenta si quieres tus ovejas y verás que no falta ninguna.....

—Ya no volveré por la fuentecilla del valle.....

—No hagas tal; vuelve y vuelve sin temor, y si por acaso hallaras á tu paso al viejo pastor, toma y guarda en tu bolsillo la flor de Abril; oprímela y se ausentará rápidamente sin hablarte y sin que le vuelvas á ver más.

—Harélo así.....

Celia, que antes no los alzaba del suelo, no apartaba los ojos del gallardo caballero; y éste, por su parte, la miraba también con mucha insistencia.

—¿Por qué no me contais eso de vuestro encantamiento?, sino está mal que oígalo yo, para saber esas cosas que parecen ser más del diablo que de Dios, dijo la rapaza.

—¿Por qué no, y cómo negarme á satisfacer tan justa curiosidad, si te debo la vida?....

Sentémonos aquí, junto á la fuentecilla y pon atención:

—Mira: yo era, lo que soy porque los años de mi encantamiento no han transcurrido; de no ser así ya no me verías

joven..... ¿te has fijado en que los reptiles que viven durante los veranos, cuando llega el invierno ya no se ven? Pues no es porque se mueran; se quedan con el frío igual que si estuvieran dormidos y son insensibles: lo mismo, lo mismo que si estuvieran muertos: su naturaleza, como realmente no viven, no se gasta, y aparecen al año siguiente, cuando el calor los reanima como estaban al quedar en suspenso su vida..... por eso he pasado yo con el encantamiento, convertido en cebolla de flor y en la misma flor que se reproducía todos los años, la flor que te llevas, que ya es flor que no ha de reproducirse; han pasado los años sin que para mí transcurrieran, y hoy hasta bendigo que así haya ocurrido, para tener la esperanza de que tu corazón pueda responder al mío.

—No me habéis así.

—Tienes razón; es pronto para eso y voy á cumplirte la promesa de contarte lo que me sucedió:

En mí puso sus ojos una mujer que, con ser muy guapa y poderosa, no era de mi agrado. Un hermano suyo me dijo con toda claridad que aquella dama se hallaba ciegamente apasionada y que deseaba que la tomara por esposa. Contesté al embajador de su hermana que tal proposición me traía, que pedíala mil perdones; pero que habíamos de ser muy desgraciados aceptando sus amores, porque yo no la quería por amante ni mujer. Los dos hermanos insistieron en su propósito y, por fin, ante mi formal negativa, me insultaron y juraron vengarse. Y se vengaron: buscaron á la vieja Mari-chicona, que es una mala bruja; y en una cacería en la que íbamos cuatro amigos, uno de mis compañeros me echó en el vino que bebí una pocima, y al salir al campo con los demás quedé sólo, porque todos se adelantaron, indudablemente sin sospechar nada, menos el traidor; y quedé convertido en una flor.....

—¿Y cómo puede ser eso?

—No lo puedo yo explicar de modo que tú lo comprendas. Sabes que hay plantas que tienen, según sea cada una, virtud para curar una enfermedad, otras que son venenosas y producen la muerte, algunas que causan una dolencia pasajera; y sabes que hay personas que con la mirada ó con sus pala-

bras dominan y hacen que se haga lo que quieren ellas. Pues una cosa por el estilo debe ser: un poder misterioso, artes del diablo, de fuerza irresistible cuyos resultados vemos y no podemos explicarnos, como tampoco nos llegamos á explicar cosas de Dios; y si no díme: ¿Sabes tú cómo es la luz? ¿Sabes qué cosa es el fuego? Ello es que yo he pasado lo que te digo y que para que volviese á la vida y fuera lo que fuí, era condición precisa impuesta por la bruja Mari-chicona, que una oveja negra, que había de ser yo mismo, había de hacer que la pastora se fijara en mí y que, desapareciendo yo, se fijara en la flor, cuya forma tomaba yo también cuando desaparecía; es decir, que yo era oveja negra en su ganado, y cuando huía volvía á mi encantamiento de ser flor; por eso tú no podías ver á un mismo tiempo la oveja que te faltaba, y la flor á que tiraste las piedras.

—¿Y decís que es malo el viejo pastor, cuando sin sus indicaciones, nada habríais conseguido?

—A ello estaba obligado; ese viejo, que no es viejo según te dije, es hermano de la mujer origen de todas mis desgracias; el hada que á mí me protege consintió en el encantamiento, con la condición de que había de ser él quien indicase á la pastora, si alguna vez se presentaba, la manera de librarme, y, en cambio de haber pasado un año más sobre los quince que van pasados sin tu presentación y tu acierto, el encantamiento quedaba definitivo; y ese bribón te mintió informándote mal para que no tropezase la piedra en el tallo, cuando era precisamente lo contrario lo que había que hacer; mi mal no hubiera tenido remedio y el encantamiento quedaba hecho para siempre, si no dás en la flor.

—¿De modo, que vos teneis un Hada que os favorece?

—Como tenemos los cristianos un ángel de la guarda que mira por nosotros.

—¡Qué cosas decís!.... pero ya no es posible que os oiga más; se acerca la noche, es hora de que recoja las ovejas y con ellas regrese á casa; quedad con Dios.....

—¿Volverás por aquí?

—Será mejor que no vuelva.

—Gran desgracia sería para mí que no volvieras; eres muy bella, eres un ángel, y mi alma necesita un ángel como tú; pero, de todos modos, haces aquello que tu corazón te diga; piensa mucho, acuérdate mucho de mí esta noche, y haces lo que quieras; yo esperaré resignado en este sitio.

—Eso ya parece una cita.

—Acudiendo tú no harías más que seguir tu costumbre, y si faltas es resueltamente que no quieres verme.....

—No quiero que tal parezca, y antes que así lo creais, os digo que vendré; pero no vayais por ello á creer..... Soy muy rapaza, y vos teneis vuestra dama.

—Ni lo uno ni..... vaya, que sí que te quiero y á tí sola.

—No me habéis de tal manera y con Dios quedad, y El nos guarde á todos.

Y esto dicho, Celia recogió sus ovejas y regresó á su aldea, volviendo antes muchas veces la cabeza para ver al caballero.

\*  
\* \*

Seguían los concurrentes al *Filandero* sin perder palabra del relato de *La Monja*; pero ya, cuando ésta, para descansar hizo una larga pausa, hacía comentarios la gente moza y fué preciso que la cuentista reclamase silencio para continuar el cuento:

#### IV

—Aquella noche, siguió diciendo la cuentista, aunque por diferente motivo, Celia tampoco durmió bien; eran las dos de la madrugada cuando consiguió algún descanso en su agitada imaginación: ¿Sería verdad lo que habíala dicho el viejo pastor?

¿Habría sido aquel guapo caballero la perdición de muchas damas?

¿Sería, por el contrario, más cierto lo que después de roto el encantamiento, la dijo el apuesto joven?

Todo era extraordinario. Podía suceder lo que dijo el viejo, y podía engañarla el joven.....

¡Oh!, y lo peor para ella era que el joven gustábala mucho, que sus miradas y sus palabras habíanla conmovido, y que si el viejo pastor era bueno y habíala dicho verdad, estaba irremisiblemente perdida, porque sentía con fuerza el impulso de sus primeros amores.

Con estas terribles dudas agitaba su pensamiento y torturaba su corazón.

Entornando los ojos, sin que lograra dormir, la pareció escuchar una voz dulce que la decía: «No te ha engañado el caballero, ni podría engañarte porque te adora».

Y la rapaza estremecíase de placer y sonreía oyendo la querida voz que le pareció voz de un ángel, y es que la esperanza es inseparable compañera del amor, y ella es la que prende y aviva el fuego en las almas enamoradas.

Al despertar del inquieto sueño que había disfrutado, era ya bastante de día y se apresuró á vestirse. Cuando bajó á la cocina para disponer su modesta vianda y salir con el ganado, la dijo su padre:

—No, niñita; hoy es día de conveniente descanso para todos; lo has olvidado; hoy quiero celebrar mi santo.....

—Sí, sí, es hoy vuestro santo; no es día de trabajo en esta casa; que os guarde Dios muchos años, mi buen padre.

Y humildemente besó las manos del labriego saltándose la dos lágrimas, no por la fiesta del día, sino por la contrariedad con que luchaba no pudiendo acudir á la fuentecilla del Valle.

Y todo el día lo pasó triste y desasosegada, sin que nadie pudiese adivinar la causa de su tristeza.

A la mañana siguiente, después de otra noche de insomnio, no se descuidó en levantarse; pero ya la madre había salido con las ovejas para que la rapaza descansase algunos días, según dejó dicho.

Cuando estuvo sola en la cocina, lloró y hasta pataleó. El joven no se apartaba de su imaginación ni por un instante; mas tuvo que contentarse contemplando la flor que guardaba en el pecho y que besó varias veces.

Decididamente ya no vería más al caballero.

¡Quién sabe si esto sería lo más conveniente y si el ángel de su guarda habíalo así preparadol....

Ya no podría tampoco continuar mucho tiempo su oficio de pastora.

Su padre trataba de vender el ganado para reunir más dinero del que tenía y poder así comprar una vaca.

No hay que decir que ella, cuando pudo, llevó el ganado hacia la pradecilla del valle.

A nadie vió por el camino ni en el valle.

Miró muchas veces al sitio en que todavía estaban las tres piedras blancas que tiró y observó la tierra removida en que la flor estuvo arraigada.

Ideas la dieron de poner allí la flor, ya marchita, que guardaba en el pecho.

Pero desistió de su propósito.

Eran ya las cinco de la tarde y poco la quedaba de permanencia en aquellos lugares, cuando vió descender de la montaña é irse aproximando al caballero; su emoción, pero emoción de alegría, fué inmensa; mujer al fin, logró disimular sus impresiones cuando el caballero llegó junto á ella.

—¡Bien hallada, Celia!

—¡Bienvenido seais!

—No creí volverte á ver; me dí por olvidado.

—No pude venir.

—¿Por qué no creerte?

—Yo no sé mentir.

—¿Te acordaste de mí?

—¿Os acordásteis vos?

—Nunca te olvido.

—Lo estimo mucho.

—Celia, una pregunta que necesita contestación leal he de hacerte.

—Venga la pregunta.

—¿Serías capaz de amarme?

—Tengo pocos años.

—Yo esperaré dos ó tres para que tengas más, y contesta: ¿Serías capaz de quererme?

—No señor.

—¿No?

—No sería capaz de quereros, porque..... porque..... ya os quiero mucho.

—¿Dices verdad?

—Habla mi corazón.

—¿Serías mi esposa?.....

—¡Por Dios!.... yo no puedo llegar á tanto.....

—¿Lo serías?

—¡Quién tuviera dos años más!....

—Esperaré: sé tu constante y ni oigas rondas ni admitas festejos.

Hablaron luego en voz baja y más cerca el uno del otro hasta que fué la hora del regreso para Celia.

Y así en sus amantes coloquios siguieron, hasta que vendió las ovejas el padre de la zagala.

La contrariedad duró poco, porque Celia volvió al campo y por la fuentecilla del valle, como si no supiera otro camino, cuidando en vez de las ovejas negras, una vaca y un jato.

Un día, ya entrado el invierno, en que no acudía el caballero al sitio de costumbre, se presentó á Celia el viejo pastor á quien no había vuelto á ver desde que con ella habló y la hizo las indicaciones, origen del idilio de sus amores.

No se olvidó la pastorcilla, que ya había ingresado por moza entre las de su pueblo, de que debía estrujar las hojas de la flor,....

Pero ya no guardaba en su poder la flor: no sólo se había secado, sino que ya no había de ella ni fragmentos. Ignoraba Celia dónde habrían ido á parar, porque realmente desde sus íntimas conversaciones con el caballero había puesto escaso cuidado en conservar los restos de la misteriosa planta.

Y el viejo pastor la dijo:

—Y bien, hermosa rapaza: ¿Se ha cumplido cuanto te dije? ¿No estás ya prendida y bien prendida en las redes del amor? ¿No estás enamorada de Florián.

—Sí, que lo estoy, y Florián es bueno y Florián lo ha

jurado y cumplirá su juramento; Florián, me dijo que ha de hacerme su esposa como hizome su amante.....

El viejo pastor lanzó una estrepitosa carjada que impresionó dolorosamente á la pastora, mientras la contestaba el viejo.

—Ya te lo advertí; eres una víctima, una más en la lista de Florián; Florián es un ser maldito, abrasa cuanto á su paso encuentra..... y ya no tiene remedio, ya hizo el mal, y goza de su nuevo triunfo: el año que viene aparecerá otra por la flor de Abril que tú has perdido.

¡Pobre niña!

Intensamente impresionada no podía, por más que lo intentó, articular una respuesta.

Las palabras del viejo penetraban en su alma, como agudos dardos.

Ella era la culpable.

Si no hubiera perdido la marchita flor.....

Pasado mucho tiempo, alzó la cabeza para responder.....

Ya el viejo pastor no estaba junto á ella.....

Le vió á lo lejos ascender por la montaña y llevando delante sus ovejas blancas, y hasta le pareció que iba con ellas una negra.....

Quiso gritar y no pudo, y cayó desmayada junto al sitio de las piedrecitas blancas y la tierra removida en que la flor estuvo.

Media hora más tarde, cuando volvió de su desmayo, la vaca lamía su rostro, y á pocos pasos la contemplaba Florián.

—¿Ha sido un sueño ó una terrible pesadilla? dijo en voz alta.

—Ha sido, dijo el caballero, que perdiste la flor y olvidaste mi consejo: fortuna para nosotros ha sido que hayas podido escapar de las garras del fingido viejo.....

Creyó al desmayarte que caerías donde fué mi prisión y tropezaste con algo que constituyó mi ser encantado..... ¡mira!

Con efecto, apareció erguida y fresca y en el mismo lugar

en que antes había germinado la flor de Abril que por indicación del galán arrancó y guardó Celia en su pecho.

## V

Continuaron las entrevistas amorosas de Celia y Florián. Año y medio después de los sucesos referidos, el padre de la cada vez más bella pastora, vendió la vaca y el jato, y ya Celia no tuvo pretexto ni ocasión para volver por la fuentequilla del valle.

Los mozos de su aldea hacíanla ronda todas las noches y más de un guapo mozo la festejaba; pero ella no daba oídos á ninguno, y cuando su mismo padre la insinuó la conveniencia de que se fijara en uno que á él le parecía buen muchacho y de familia conveniente para todos, le respondió:

—Es el corazón quien ha de indicarlo; el mío no me dice nada; dejad que pase más tiempo; soy muy joven todavía.

Y como ello era verdad, el padre no volvió á decirle palabra respecto á tales cosas.

Un día de fiesta extrañó mucho á la gente de aquel pueblecito la presencia en la iglesia de un apuesto doncel lujosamente ataviado al que acompañaban otros dos caballeros, mostrándose los tres piadosos creyentes, juzgando por la devoción con que oían la misa.

Concluída la sagrada ceremonia, y cuando todos los fieles salieron de la iglesia, salieron también los caballeros de fuera del lugar y preguntaron al Sr. Cura por la casa de los padres de Celia; y amable y cariñoso el Cura, él mismo los acompañó á la casa que buscaban.

Sorpresa grande fué para el brusco labriego aquella visita y objeto de muchos comentarios para los vecinos del Concejo.

El apuesto joven era Florián, quien, una vez que á instancias suyas quedaron solos el campesino, el Cura y los caballeros que á él le acompañaban, habló del siguiente modo:

—No puede sorprenderme vuestra extrañeza: Celia, por ruego mío, nada os ha dicho, y vengo yo resuelto á decirlo

todo. Vuestra encantadora hija y yo tenemos amores hace ya más de dos años.

El labriego contuvo entre los labios una imprecación, y el caballero, como si hubiese comprendido el pensamiento del padre de Celia, siguió diciendo:

—No la culpeis; hizo bien en callar y confiar en mi palabra de hidalgo y caballero; resueltamente os habrÍais opuesto si algo hubiérais sabido; era entonces muy niña, una rapacina, y sobre mí pesaba un encantamiento.

—Permitid dijo el Sr. Cura.....

—Tranquilizaos, Sr. Cura, replicó vivamente el caballero. Artes del diablo, como se quieran llamar; pero habeisme visto en la iglesia y donde Dios y con Dios está el hombre, no está el demonio.

—Pero esos encantamientos.....

—Acaso sean fascinaciones de la imaginación, sueños que juzgamos realidad por más ó menos tiempo; el sueño se ha desvanecido, el encantamiento ha terminado.....

Vengo, añadió dirigiéndose al padre de Celia, vengo á pedir os por esposa y reina para mi hogar á vuestra encantadora y buena hija.

—Tan de pronto...., balbuceó el labriego.....

—Tomaos tiempo, que prudente cosa y deber es para un padre informarse: os facilitaré cuantos datos podais apetecer, y volveré dentro de un mes por la respuesta; ved en tanto en mí á vuestro servidor y amigo.....

Y sin más decir, despidióse del Cura y del labriego y salió de allí acompañado por sus amigos.

## VI

—¿Para qué hacer más extenso el relato? dijo *La Monja* haciendo una breve pausa en su narración; la boda de Florián y Celia fué suceso muy sonado en todas las aldeas de la montaña.

En el sitio de las piedrecitas blancas y la Flor de Abril se construyó una ermita, la misma en que se celebra ahora todos

los años una fiesta y á la que todos asistimos en los primeros días de Abril.....



—¡La Virgen del Valle!, dijo uno de los contertulios.

—Eso es, y aquí termina el cuento.

\*  
\* \*

La gente joven palmoteó, *La Monja* dió las gracias por haber gustado su cuento, y el *Filandero* se animó al son de la pandera y el cantar de las mozas.





## La hija del lapidario. (1)

En las tres reuniones ó veladas de *Filandero* que siguieron á la de la noche del relato hecho por *La Monja* no hubo cuento, y el domingo después, mozos y mozas lo celebraron con baile.

Pero ya en el del lunes, que correspondió hacerlo en casa de la Praxedes, una de las más pobrecitas del pueblo, hubo romances que dijo muy bien un arriero fijodalgo (!) y luego fué requerida con insistencia *María la Posadera*, mujer resuelta y que servía, según ella misma dijo, lo mismo para un barrido que para un fregado, á fin que dijese un cuento.

María contestó á las invitaciones que se la hicieron del siguiente modo:

—Yo soy como vosotras, montañesa; pero no de las montañas de León; y además, el cuento que yo sé puede ser largo; eso sí, que á mí me parece que ha de gustaros.....

—Venga, venga, dijeron á la vez muchos.

—Con una condición; la de que lo habré de contar en varias noches..... hay con él para todo el *Filandero* de la semana, porque ha de ser con muchas cosinas.

A todos pareció bien lo propuesto por *La Posadera*, que resultaba ser una novedad, y aseguraba el recreo que tanto gustaba en los *Filanderos*; y María, una vez que pasado algún tiempo la prestaron atención se colocó en el centro de la tertulia, cerca y de espaldas á la lumbre, y comenzó:

—Y va de cuento, que se llama, *La hija del lapidario*; os ruego silencio y quietud para que yo pueda recoger bien mi memoria, y decirlo según yo lo escuché.

---

(1) Este cuento, modificado en este libro, fué publicado en la Prensa de Toledo.

## I

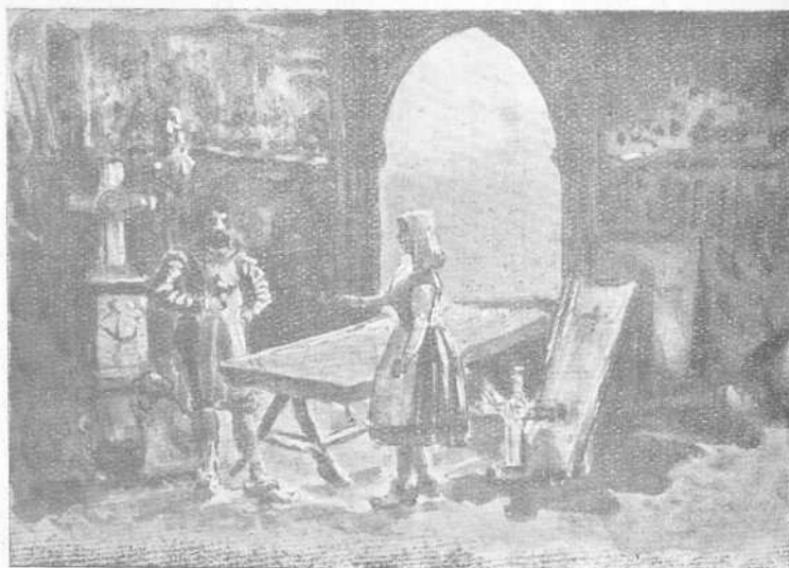
Blanca era de nombre y de color.

No había una mujer más hermosa en el reino de Navarra allá por los años de 1640.

De negro pelo, de grandes, pardos y rasgados ojos, blanco el cutis como el ampo de la nieve, excepción hecha de los labios que pudieran servir de emblema del deseo; Blanca era el orgullo de su padre, y la amorosa pesadilla de hidalgos y mozalbetes plebeyos.

Pero frío como la piedra en que día y noche trabajaba su padre para gravar inscripciones póstumas, aquel corazón permanecía insensible á la oferta y el halago, la promesa y la sonrisa.

El mayor goce de Blanca era permanecer todo el tiempo que sus escasas ocupaciones domésticas la permitían al lado de su padre, el más afamado lapidario en aquella época.



Maese Baltasar debía á su hija la mayor iniciativa en sus rabajos; á cargo de ella estaba muchas veces la composición

y elección de dibujos para el grabado y esculpido; por esta razón y porque Maese Baltasar no tenía en el mundo tesoro que más quisiera, agradábale trabajar teniendo á Blanca cerca de sí.

Era imposible llamar la atención de Blanca hacia otros asuntos, y fuera del taller aparecía siempre melancólica é indiferente á cuanto la rodeaba; sus sonrisas, sus más ardientes miradas, eran sólo para las distintas cruces que adornaban el taller; era, por decirlo así, una mujer que vivía en la muerte.

Cuando el lapidario daba por terminada una cruz ó una losa, siempre ella agregaba al trabajo de su padre algún complemento, algún adorno que producía al presentarse en los cementerios gran admiración y contribuía en mucho para aumentar la ya extendida fama del grabador de piedras.

Como antes os he dicho, no tenía madre, nuevo motivo para que sus aficiones artísticas y el amor que á su padre dedicaba, fueran cada vez mayores.

—Vas á enfermar—la decía su padre—es necesario que te dé el aire, hija mía; estás en la edad de los placeres; sal, goza del mundo, luce tu hermosura y regocíjate en la admiración que causes; me apena, me entristece mucho verte siempre encerrada en este taller.

Blanca se contentaba con hacer un pequeño mohín de enfado y el lapidario seguía:

—No puedo consentir que continúes así; te voy á prohibir la entrada en el taller si no me obedeces.

—¡No!, ¡no!—contestaba Blanca alarmada—yo seré buena, haré lo que vos queráis; pero de ningún modo me priveis de vuestra vista.

—Será preciso, porque estás hecha una margarita de cementerio.

Aquella galantería de su padre provocó una ingenua sonrisa de Blanca; era el mejor piropo que podía haberla dicho.

Pero á pesar de la firme resolución del lapidario, Blanca continuó haciendo el mismo plan de vida y á lo más que condescendía, era á dar un pequeño paseo de tres en tres días.

El itinerario era siempre el mismo; desde la casa al cemen-

terio para estudiar el efecto de las inscripciones hechas en el obrador de su padre.

Maese Baltasar no tenía nunca conocimiento de aquellas expediciones; los sepultureros estaban gratificados por ella para que nada dijese.

Blanca no veía en el cementerio otra cosa que un taller mucho más vasto que el de su padre.

## II

Vivía cerca de Estella el hidalgo D. Luis de Mendieta, uno de los más afamados caballeros de Navarra, tanto por su caudal como por su nobleza.

Era joven aún; tendría á lo más treinta y dos años, y tan devoto, tan temeroso de Dios, que no había en diez leguas al contorno, Iglesia ó Santuario, donde el hidalgo no contribuyera con sus limosnas al sostenimiento y mayor esplendor del culto.

Lo cortés no quita á lo valiente, y D. Luis, que era lo que el vulgo llama unsanturrón, se distinguía al mismo tiempo por su carácter franco, alegre, decididor y galanteador en extremo; tal vez consistían en esto todos sus pecados por lo que tiene de falso la galantería.

La servidumbre que estaba á sus órdenes era bastante numerosa, y toda ella se hacía lenguas publicando la honradez y generosidad de su amo; es la mejor prueba que puede ofrecerse.

Todas las diversiones de D. Luis se encerraban en la caza; no había quien tuviera para ella mejores aprestos y más hermosos perros.

A través de su genial alegre, cualquier observador hubiera podido conocer en él una continua preocupación que era, sin duda alguna, la causa ó al menos una de las principales causas de las religiosas manifestaciones que continuamente hacía.

La idea de la muerte estaba á todas horas presente en su imaginación; tenía un miedo horrible á morir, no obstante la completa tranquilidad de su conciencia.

Como prueba de esta afirmación bastará tener en cuenta que en el corto espacio de dos años, había hecho cinco testamentos, y en todos tenía un cuidado especial en disponer que honrasen religiosamente su memoria con el mayor lujo posible.

Huérfano desde muy niño, no tenía en el mundo más amor que el que depositaba en sus perros de caza; pero, eso sí, ejercía la caridad como pocos, al extremo de tener todos los días á su mesa seis ú ocho pobres, á los que él mismo hacía platos, mostrándose cariñoso y alegre con ellos: así se comprende al gran aprecio en que sus convecinos le tenían.

Entre los pobres invitados á su mesa, hubo un día uno de Estella, que, por su aspecto joven, llamó la atención de don Luis.

—¡Eres muy joven!—le dijo—¿Acaso no te es posible encontrar trabajo?

—Señor—contestó el mendigo—me dirijo á Zaragoza en busca de él.

—¿Qué sabes hacer?

—Soy lapidario y especialmente en la parte del oficio que se refiere á inscripciones y adornos para honrar la memoria de los muertos.

—¿De dónde vienes?

—De Estella.

—¿Has aprendido allí tu oficio?

—Con el más célebre lapidario de Navarra.

—¡Hola!

—He de hacerle justicia; Maese Baltasar es, sin duda ninguna, el mejor lapidario de Camposantos.

—¿Maese Baltasar?

—Baltasar Garcés.

—¿Vive en Estella?

—¿Quién no conoce á Maese Baltasar?

—¿En qué consiste su mérito?

—En las sorpresas que produce, en el más refinado gusto artístico y propiedad que sobresalen siempre en sus esculturas. Tres años he trabajado en aquel taller; en ese tiempo no

bajan de ciento los encargos que se han hecho, y aseguro que no hay dos trabajos que se parezcan entre sí, aunque han salido de las mismas manos.

—¡Rara habilidad es ciertamente la de Maese Baltasar!

—No es solamente mi maestro el autor de tantas maravillas como han salido de aquel taller.

—¿Acaso tú?...

—¡Ojalá, señor!, el verdadero artista que hay allí es una mujer.

—¿Una mujer?

—Una encantadora joven de dieciocho á veinte años, hija del lapidario.

D. Luis guardó silencio y pareció reflexionar por algún tiempo.

La comida iba pronto á terminar.

El hidalgo se despidió uno por uno de los pobres con su sonrisa habitual, y al llegar al lapidario, le puso en las manos una moneda de oro, diciendo:

—Tienes larga jornada que andar; haga el cielo que encuentres lo que desees; á la vuelta ya sabes; la casa de D. Luis Mendieta, es la casa de los pobres.

\*  
\* \*

—Basta por esta noche, dijo la narradora interrumpiendo el cuento que á todos les pareció que refería muy bien.

Una de las hilanderas de lino propuso, y la idea se acogió con entusiasmo, que si la dueña lo consentía seguiría en aquella casa el *Filadero* toda la semana, pagando entre todos lucilina y que los mozos llevaran leña.

Y á sí se acordó, prolongándose después la reunión una hora más.

\*  
\* \*

Ni uno faltó; por el contrario, acudieron más atraídos por el cuento á la noche siguiente al *Filadero* en casa de *María*

la *Posadera*, aunque no tenía posada, llamándola así porque sus padres tuvieron un mesón en el camino.

María, como en la noche anterior, una vez que su auditorio estuvo dispuesto, continuó su relato igual que si no le hubiera interrumpido:

### III

Era invierno, y no obstante, á las seis de la mañana, se oían los golpes de martillo en el taller de Maese Baltasar.

El mes de Marzo se presentaba frío y ventoso con exceso; pero ni el lapidario ni su hija conocían la pereza: dormían poco y trabajaban mucho, precisamente aquel año la mortalidad era considerable y había por esta razón aumentado mucho el número de los encargos.

El taller era un cuarto de planta baja, chato de techo, y de paredes de ladrillo desnudas; no había más yeso que el indispensable para la argamasa que trababa los materiales.

Pendía del techo un gran candil de barro, imitación á los romanos, con cuatro mecheros á toda luz.

Esparcidos por el pavimento, en el que se hundían los pies entre tierra, había piedras de diferentes tamaños, algunas labradas ya, muchas sin trabajar, y varias lisas y pulimentadas en los bordes como dispuestas para el grabado.

A un lado estaban los encargos concluídos: cruces, ataúdes de piedra, imágenes en escultura, lápidas y otros objetos por el estilo; aquella parte representaba perfectamente un pequeño cementerio.

En el centro de la estancia, veíase una gran mesa de piedra, en la que Maese Baltasar, tenía en el más completo desorden las diferentes herramientas que empleaba en su trabajo.

Frente á esta mesa, hallábase entonces el lapidario, y no eran aún las siete de la mañana.

El aire frío y huracanado que penetraba por una claraboya abierta al final de un lienzo de pared, amenazaba á veces apagar el candil y llevaba á gran distancia el ruido de los martillazos.

Era Maese Baltasar de poca estatura, bajo de hombros y ancho de espaldas; una espesa barba negra y rizada cubría casi por completo su rostro redondo y regordete; los ojos eran azules y grandes; un mar en calma, pues muchas veces podría dudarse si aquellos ojos tenían comunicación con el cerebro.

Era el lapidario de carácter brusco, de muy pocas palabras é indiferente á todo lo que no tuviera una relación directa con su hija.

Dos horas habían pasado en el más profundo silencio.

Blanca trazaba con carboncillo algunas líneas sobre una piedra, y Maese Baltasar dábale prisa á terminar el reborde de una lápida sencilla.

Al oír el ruido de dos aldabonazos dados á la puerta de su casa, el lapidario y su hija se miraron algunos instantes.

—No debe ser de Estella el que llama—dijo el artista en piedra.

Blanca no contestó y se dirigió á la puerta.

—¿Quién va? preguntó alzando el pestillo.

—¿Estoy en el taller de Maese Baltasar?—preguntó desde fuera una voz robusta y varonil.

—En él estáis, señor.

La puerta se abrió, dando paso á un hombre que no era otro que D. Luis de Mendieta.

El hidalgo penetró resueltamente en el patio del taller, que estaba á mano izquierda.

Al ver á Blanca, no pudo contener un movimiento de sorpresa, y exclamó:

—¡Oh!, ¡oh!, ¡qué hermosa sois!

Blanca no contestó; pero sostuvo algún tiempo la mirada del caballero; saludó después con cierta humildad y penetró por otra puerta que daba acceso á las habitaciones interiores de la casa.

—Juraría que algo extraño ha pasado por mí—se dijo mientras subía por la escalera.

El lapidario suspendió su trabajo al ver aproximarse á don Luis; quitóse la monterilla y salió al encuentro del hidalgo.

—¿Sois vos Maese Baltasar?—preguntó el forastero.

—Vuestro esclavo, señor.

—Me hablaron mucho de vuestra rara habilidad en el grabado de piedras y adornos de cementerio.

—Hago lo que sé y sé muy poco. ¿En qué os puedo ser útil?

—Soy D. Luis de Mendieta.

—Tiempo ha que conozco ese nombre como uno de los más prestigiosos caballeros de Navarra.

—He menester de vuestros servicios. De igual manera que un hombre dispone de sus bienes para después de la vida, quiero yo atar cabos en otros asuntos en cuanto á los míos.

—Entiendo, dijo el lapidario: se trata de un panteón.

—Eso es: un panteón suntuoso, el mejor, si es posible, que pueda salir de vuestras manos; hacedlo á conciencia y en nada reparéis para conseguirlo.

—¿Teneis vos pensado algún modelo?

—No; todo ha de ser á vuestro antojo; no quiero que se imite nada, debe ser algo nuevo, que no se parezca ni sea igual á lo ya visto.

La conversación duró aún bastante tiempo, y cuando don Luis se dispuso á marchar, el lapidario llamó á su hija para que abriese la puerta.

Blanca no tardó en presentarse y llegó á tiempo de oír:

—Nadie habrá que tache de tacaño al hidalgo D. Luis de Mendieta.

—¡D. Luis!, repitió mentalmente Blanca.

Maese Baltasar no pasó del taller al despedirse D. Luis.

Al llegar á la puerta que Blanca abrió con temblorosa mano, el caballero se aproximó á ella, y bajando cuanto podía la voz, dijo así:

—Repito que sois muy hermosa; lástima que trabaje para la muerte, quien tanta vida puede dar.

—¡Guárdeos, señor, el cielo!—contestó Blanca, abriendo más la puerta.

—Tal vez es la costumbre; parece que teneis en el corazón el frío de la muerte.

Al fin salió D. Luis.

Con él llevaba, sin que lo hubiera podido imaginar, el primer rayo de amor de la hija del lapidario.

#### IV

A partir de aquel día, el carácter de Blanca se tornaba más sombrío; pero ya no era aquella frialdad é indiferencia que la distinguía; sus ojos se arrasaban muchas veces de lágrimas.

En vano su padre había tratado de averiguar la causa de aquella tristeza; encerrada en el más profundo silencio. Blanca permanecía horas y horas en el taller, sin contestar á las continuas amonestaciones del lapidario.

—Blanca—la dijo un día—has sido siempre muy disimulada para con tu padre; pero de algún tiempo á esta parte, vamos de mal en peor; hace tres meses que no he visto la sonrisa en tus labios ¿Qué te pasa? ¿Por qué esa continua melancolía?

—¡Nada!, no tengo nada, padre mío.

—¡Oh!, sí, algo callas y tu salud se acaba. ¿Por qué no dices á tu padre lo que puede afligirte al extremo de hacerte pasar las noches en vela?

Blanca se ruborizó, pero nada dijo.

—¡Oh!, sí, continuó Maese Baltasar, te observo hace quince días y veo que apenas duermes. Esto no puede continuar así; te suplico, exijo, mando, si es necesario, que me digas qué es lo que pasa en tu corazón.

—Nada; he dicho que no tengo nada, estoy triste, es verdad; pero reparad que nunca he estado alegre; vos sabéis que siempre he sido lo mismo, es mi carácter, es mi genio. ¿Qué he de hacerle yo?

Cierto que tu carácter ha sido siempre sombrío; pero la frialdad de tu corazón ha desaparecido; me alegra esta observación, aunque temo que incurras en el otro extremo: desconozco la causa, cuando tal vez hiciera falta poner remedio: ¿acaso ha despertado tu corazón al amor?, ¿umas, hija mía?

—A vos, señor, á vos sólo amo en el mundo.

—Piensa bien que los hechos, que tu manera de obrar, están en abierta contradicción con esas palabras que halagan mi vanidad, pero que no satisfacen mis deseos. Es preciso que esto concluya; muchos días he pensado hacerte presente lo que ahora te digo, pero temía equivocarme, y decía: «Mañana la hablaré con dureza», porque la esperanza de verte al día siguiente más risueña me ha detenido hasta hoy; ahora, á los tres meses de esa continua tristeza, sería un crimen si yo, como padre, no tratara de indagar la causa de esas penas que son las mías, porque tú bien sabes que eres el alma de mi alma, mi única afección en el mundo,

—Sé padre mío todo lo que os debo; pero desearía que no me hablaseis así.

—De modo ¿que debo renunciar á la esperanza de que vivas?...

La palidez habitual de Blanca aumentó extraordinariamente; ella, que siempre había mirado la muerte con gran indiferencia, tenía entonces miedo á morir:

—¿Tan enferma me hallais?—preguntó con gran inquietud.

—Sin duda, y de seguir así, podrías abandonarme pronto.

—Soy joven, y la juventud resiste mucho.

—Yo voy siendo viejo, y la vejez resiste poco.

Blanca lanzó un suspiro y no contestó.

\*  
\* \*

—Y basta por esta noche, dijo la narradora cesando en su relato.

La reunión prorrumpió en un murmullo: deseaba que siguiera el cuento; pero la *Posadera* se negó á ello y quedó aplazado para la siguiente noche.

Hubo *cieza* ó rodeo de aguardiente que pagaron los mozos y pan que llevaron las mozas para que la dueña de la casa no tuviera gasto, y cerca de las doce, y mientras la nieve caía en grandes copos, terminó la tertulia.

A la noche siguiente comenzó el *Filandero* media hora lo

menos antes, porque todos estaban impacientes para oír la continuación de *La hija del Lapidario*.

La posadera continuó su relato.

\*  
\*\*

—Os acordareis que hablaban el lapidario y su hija respecto al estado de salud de la muchacha, y que su padre la reprendía, y ella, disimulando la verdadera causa que la inquietaba, trataba de disculparse; pues sigo:

—No quiero, dijo Maese Baltasar, que vengas al taller; anda por la casa cuanto quieras, pero no te acerques aquí.

Blanca conoció que nada conseguiría con la réplica; alzó la cabeza, suspiró, miró á su padre y salió del taller.

Maese Baltasar refunfuñó algunas palabras al ver marchar á su hija.

.....

Blanca cumplía las órdenes de su padre, y no volvió al taller, cosa que, á decir verdad, excepción hecha de los dos ó tres días primeros, no la causaba gran disgusto, porque prefería estar sola.

Su palidez iba en aumento y semejando la locura infantil, reía y lloraba muchas veces sin más estímulos para la risa ó el llanto que sus propios pensamientos: «¡Luis..... D. Luis!» Este nombre para ella era una palabra mágica. ¡Cuántas veces lo había pronunciado en el espacio de cuatro meses!

Blanca había visto una sola vez á D. Luis, y su corazón, dormido á los veinte años, había despertado bruscamente.

El tiempo pasaba.

D. Luis no aparecía.

Maese Baltasar trabajaba con afán, porque con el trabajo apartaba de su imaginación hondas preocupaciones.

Y transcurrieron dos meses.

Blanca parecía una estatua y sus ojos estaban hundidos en las órbitas.

El lapidario, viéndola de tal modo, la ordenó que volviese al taller; esta orden de autorización, contra lo que podía espe-

rar Maese Baltasar, la recibió Blanca con glacial indiferencia.

—Creí que te sería muy agradable volver al lado mío, la dijo con un tono de ligera reconvención; me equivoqué sin duda.

—No, padre mío, habeis acertado.

—Lo demuestras poco.

—Vos me habeis dicho que debo estar enferma, y es verdad.

—Yo haré venir quien pueda curarte.

Blanca dibujó en sus labios una triste sonrisa, y contestó:

—Me parece imposible.

—¿Sabes tú más que los doctores?

—Tal vez sí, tratándose de mi enfermedad.

—Entonces, habla, dí y pondremos el remedio.

Blanca, para mudar de conversación, recorrió con la vista el taller, y dijo:

—Poco habeis adelantado desde que yo no estoy á vuestro lado.

—¿Poco? Vete un día al Camposanto y te aseguro que tendrás una sorpresa.

—¡Oh, oh!, teneis secretos. ¿Habeis querido entablar una competencia en la que de antemano me doy por vencida?

—He querido probar hasta dónde podía llegar sólo.

—¿De quién sino de vos he aprendido yo lo poco que sé?

Maese Baltasar sonreía interiormente al ver que su hija hablaba largo rato, lo que hacía tiempo no había podido conseguir.

La conversación duró algún tiempo, y al fin Blanca cogió el carboncillo y trazó sobre una piedra algunas líneas.

El lapidario no cabía en sí de gozo y se reprendió interiormente de no haberla llevado antes al taller.

\*  
\* \*

Los contertulios de la cuentista estaban admirados; á nadie más que á la *Posadera* habían oído referir cuentos como á

ella, que describía paisajes y escenas y hacía consideraciones y deducía consecuencias; en fin, que para todos ellos, *María la Posadera* resultaba una mujer de mucho saber; ninguna como ella les hacía reflexiones; jamás oyeron decir como ella decía las cosas; estaban encantados de oirla.

Así es que nadie interrumpía ninguna noche los relatos.

María, que comprendía perfectamente los efectos que producía con la manera de contar las cosas, acentuaba los detalles, resultando el cuento más bien la lectura de una novela.

Y apoderada del ánimo de todos y dueña de sí misma, como en las noches anteriores, siguió después de una larga pausa:

## VI

Era el mes de Agosto.

El calor había sido sofocante durante el día; pero al anochecer, una suave brisa prometía una noche agradable.

Amenazaba un cambio de tiempo y así lo daba á entender esa especie de penachos de nieve que asoman de vez en cuando en la bóveda azul; grandes nubes blancas que giran, se juntan y apartan con rapidez, dejando siempre en el cielo en que se extienden grandes trechos, la mayor parte sin cubrir, lo que se llama «cielo empedrado».

La luna que se asomaba avergonzada de vez en cuando, hacía de aquellos girones de nubes como antifaz en qué ocultarse.

El cuadrilátero que formaban las paredes del Camposanto de Estella era de regulares proporciones, y tenía, en lo que puede llamarse cabeza de aquella figura geométrica, una modesta capilla que servía de sagrado depósito ó cámara ardiente. Un pequeño altar adornado con cierta pobreza y delante de él una lámpara de aceite y dos grandes bancos de madera, chapeados de cobre en las esquinas, constituían todo el ornato de la capilla.

Serían escasamente las diez de la noche, y Estella estaba ya en el más profundo silencio.

Los cementerios han sido siempre lugares que inspiran el mayor respeto; pero el respeto que esta última mansión impone á los vivos, se confunde y se confundió mucho más en aquella época, con el miedo.

Por esta razón, el silencio en los alrededores del Camposanto era mucho más profundo que lo pudiera ser en parte alguna de la población.

Poco después de la hora indicada, la puerta del Cementerio se abrió, y el bulto de un hombre se destacó en la sombra que por aquel lado proyectaba la luna.



Avanzó el hombre con paso firme y sus ojos parecían buscar un objeto determinado; y en efecto, pronto se fijaron en una mole de piedra que recibía la claridad de la luna en uno de sus costados.

En aquella dirección encaminó sus pasos el visitador de muertos, parándose frente al gigante de piedra.

Tendría aquel panteón nueve pies castellanos de altura. En el centro, cuatro pequeñas columnatas con remates dorados sostenían la urna, urna cineraria adornada con sencillos relieves, y un lema en el centro, con letras negras embutidas, que decían: «En la nada del mundo, comienza la senda de la verdad».

Dos portezuelas de hierro, entonces entreabiertas, cerraban la vista de lo descrito hasta aquí, formando el panteón un sólo cuerpo, cuadrado en la base y circular en la parte superior, terminado en dos grandes piñas, de piedra, como todo lo demás.

Sobre la parte central, en letras doradas que debían ser de bronce, se leía:

«A la memoria del hidalgo D. Luis de Mendieta, verdadero amigo de los pobres».

En cada uno de los que formaban los cantos ó gruesos de aquella gran mole de piedra, había también inscripciones alusivas; en el que daba frente á la puerta de entrada del Cementerio, decía:

«La vida es nada, ilusión  
Piensa como has de vivir;  
Para el templo de la gloria  
Hay que pasar por aquí.»

En el lado opuesto, y del mismo carácter de letra que el anterior, se leía:

«Si á morir no te previenes,  
Más tarde lo sentirás,  
Pues sabes de dónde vienes  
Y no sabes dónde vas.»

El nocturno visitante estuvo algún tiempo estudiando el panteón hasta en sus menores detalles, y terminó por entornar las portezuelas de hierro que guardaban la urna cineraria.

De pronto, le pareció que oía rechinar la cerradura de la puerta del Camposanto.

Ocultóse tras el panteón, probó si su espada salía bien de la funda, respiró con dificultad por algunos momentos y esperó el resultado de sus inquietudes.

La duda duró poco tiempo.

Una persona, cuidadosamente cubierta por un albornoz, avanzaba resueltamente en la misma dirección del sitio que ocupaba el anterior visitante.

Debía ser mujer, á juzgar por su traje, y joven, por la velocidad y seguridad de sus pasos.

Algunos momentos más tarde, los dos huéspedes del Cementerio, estaban el uno frente de otro, separados, y sin que pudieran verse porque lo impedía la piedra del panteón.

La luna iluminaba el semblante de una mujer tan blanca como la luz que la bañaba.

Era la hija del lapidario.

\*  
\* \*

—Y aquí queda el cuento para seguir mañana dijo la narradora.

*El Filandero* mostró su disgusto: querían todos que continuara la relación y fué preciso que María dijera que se hallaba fatigada para que se calmara la impaciencia, y que ofreciese que á la noche siguiente comenzaría el relato á las ocho, para que hubiera más tiempo y ver si podía concluir el cuento.

Todos acudieron puntualmente en la noche siguiente, y cumpliendo *La Posadera* su palabra, á las ocho en punto, siguió así el relato.

\*  
\* \*

Llegó Blanca al Cementerio, tal vez con el propósito de ver la parte de obra que su padre hizo cuando ella estuvo ausente del taller.

—¡Hermoso, muy hermoso!—decía—es un trabajo que honrará nuestro nombre.

En aquel momento la luna se ocultaba en uno de aquellos grandes copos de nieve que parodiaban las nubes.

— ¡Oh, que lástima! ¡no veo bien las letras, pero esperaré la luna está velada, mas á juzgar por las nubes ha de servirme de antorcha!

—Efectivamente, pasado algún tiempo que Blanca empleó examinando otros detalles del relieve, la luna reapareció en todo su esplendor.

La hija del lapidario miró con ansia las letras de las portezuelas de hierro, se frotó una vez y otra los ojos, como queriendo dar crédito á sus sentidos, volvió á mirar y reuniendo todas sus escasas fuerzas, exclamó:

—¡Luis!, ¡Luis!.... ¡bendito mi amor que renace en la muerte!

Y como herida por un rayo, la joven cayó sobre las escalinatas de piedra del panteón.

D. Luis de Mendieta, que no era otro el obligado observador, abandonó su sitio, y lanzando un profundo suspiro, fué á caer de rodillas junto á Blanca, su especial enamorada.

—¡Blanca! ¡Blanca!.... vuelve por Dios en tí—decía el caballero—en la mansión de la verdad no te pudiera mentir. Yo te amo también, juro que serás mía si tú lo quieres, como juro que mi corazón es tuyo; por Dios que nos vé, por la memoria de los seres más queridos de mi alma, júrote, á fe de hidalgo que tu nombre no se aparta un solo día de mi corazón desde el venturoso momento en que te conocí..... vuelve en tí, Blanca, mi único amor en el mundo..... tú nada me digiste; pero yo lo sé, tal vez Dios en su omnipotente sabiduría lo ha dispuesto de este modo, poniendo medios de comunicación entre dos almas que nacieron para confundirse en una sola..... pero no me contestas, no vuelves en tí..... ¿Me oyes, Blanca? Si me amas ¿no me adivinas?.... ¿No resuena mi voz en tu corazón? Tus palabras hace poco han resonado en mis oídos como las más sublimes melodías celestiales; conozco por la tuya cómo debe ser la voz de los ángeles.....

Blanca respiró con alguna frecuencia entre los brazos de D. Luis, que la aprisionaba dulcemente.

La luna hacía rato que no sufría eclipse y bañaba completamente á la enamorada pareja.

—¿Qué es esto?—dijo Blanca cuando se hubo repuesto algún tanto y después de haber inútilmente pretendido huir—. ¿Qué es esto? ¿Sueño tal vez? Huye, pensamiento mío..... D. Luis, Luis..... aparta..... aparta..... ¡Qué horrible pesadilla!....

—No es sueño, ven; ven, azucena del jardín de amor, flor de la muerte..... Déjamela aspirar en sus pétalos de nieve; ven, ven, estatua de la noche, luz de mi corazón..... yo tejeré guirnaldas para tu virginal frente; pero oye, déjame expresar esta pasión, oiga yo también tu melodioso acento.....

—Atrás, atrás, sombra; medita mi único pecado.....

—¡Blanca! ¡Blanca! ¿Qué horrible locura te domina?

—¿Quién me habla así?

—Soy yo, D. Luis de Mendieta, quien te adora con toda su alma.

—¡Amar! ¿Yo amar? ¡Insensato peregrino!.... Vaya, vaya en busca de tan sublime sentimiento; pero lejos, muy lejos de mí..... me estremeces, creo que puedo ser débil y eso no debe ser; soy de Dios, soy sagrada..... lo he prometido, lo he jurado en el ara de los altares.

—¡Juramento sacrílego! ¿Podrías no creer que yo te amaba? Sólo una vez te he visto; pero, ¿acaso el amor no estaba para tí formado en el alma? El cumplimiento de ese voto, Dios mismo no lo quiere; te has equivocado; dílo así en el tribunal de la penitencia..... ¿Oyes? ¡cómo vibran las cuerdas de oro con que el amor te saluda!.... ¡Qué dulce melodía! ¡Mira, mira Blanca, esa estatua hermosa y ciega que avanza hacia nosotros y te ofrece la copa del placer!.... ¡Bebe! ¡Bebe con ansia como yo bebo!....

La hija del lapidario comenzaba á vacilar; sus ojos, hasta entonces entornados, se abrieron lánguidamente y una mirada de fuego cruzó con la de D. Luis, que parecía presa de una exaltación nerviosa.

Poco á poco Blanca dejó de oponer resistencia, hasta permanecer sin inquietud al lado del hidalgo.

—¡Aurora de mi vida, luz y espejo de mis ojos, no más lucha, no más resistamos ambos á la influencia de este amor que nos separa del mundo!....

La infeliz joven se incorporó algún tanto, y como al acaso, sus ojos se fijaron en la capilla.

D. Luis, acortando más las distancias, la aprisionaba dulcemente entre sus brazos; la miró de un modo especial, juntó los labios y descendió su cara en busca de la que, como inmóvil, presentaba la enamorada doncella.

Iba á verificarse el contacto de unos y otros labios, cuando Blanca se irguió con fuerza, lanzó un grito de enojo y desprendióse completamente de los brazos de D. Luis que la retenían, huyó del panteón.

\*  
\* \*

—Basta ya por esta noche—dijo la *Posadera*—mañana terminación del cuento y baile.

Los del *Filandero* se manifestaron contrariados y salieron de la casa profundamente impresionados del relato.

Y al día siguiente, también á las ocho, ya la reunión se dispuso á oír á la *Posadera*, que continuó:

\*  
\* \*

D. Luis quedó atónito por la sorpresa; sus ojos se dilataron más y más y nada vieron; quiso hablar y débiles sonidos articulados de una manera incoherente salieron de su boca.

—¡Atrás! ¡Atrás! Fatal ocasión de mi pecado; me seducen tus palabras, me fascina la ambrosía de tu aliento y concluiría por perder mi alma..... No, no quiero perderla..... es tarde, muy tarde, tres meses antes hubiéramos sido felices..... ya es imposible, el juramento está hecho con toda solemnidad.....

—Espera, ven, habla de un día que empezó en la noche y concluye en la muerte; espera, ven, ese juramento es sacrílego.....

—Todavía no, no me sigas, huye, aparta de mi vista, no quiero verte más, no quiero perder mi alma.

Y Blanca huyó á todo correr del Cementerio, sin que don Luis pretendiera ya detenerla; lejos de ello parecía estar enclavado frente al panteón que se hiciera construir.

Tardó mucho tiempo en poderse dar cuenta de la sorpresa.

Después, con paso inseguro, se dirigió á la capilla, llegó á la verja, se arrodilló y dijo:

—¡Sea, si así Dios lo quiere!

.....  
Eran las doce de la noche y aún continuaba en la misma actitud de dolorosa contrición.

## VII

La profesión de una novicia es siempre para la Iglesia católica una de las más grandes solemnidades previstas en su ritual.

No se llega á este acto sin una larga serie de pruebas, porque el *sí* que allí se pronuncia es tan decisivo, de tal fuerza, que rompe por completo lazos de parentesco, relaciones de amistad, toda comunicación con el mundo externo, que no ha de volverse á ver sino á través de una espesa celosía ó al pie de las altas murallas del jardín.

El 4 de Enero del año de 1673 iba á verificarse á las once de la mañana, en un convento de Avila, una de estas hermosas festividades.

Desde las diez de la mañana, un público numeroso llenaba por completo la Iglesia, impacientándose por momentos.

A las diez y media regresó al convento la novicia, á quien se había llevado por todos los sitios más principales de Avila, excitando su imaginación con los mayores atractivos que puede ofrecer el mundo, á fin de que afirmara su vocación, ó se convenciera de si le faltaban fuerzas para sobrellevar el sacrificio inmenso á que estaba obligada para comenzar la vida de perfección.

La novicia no vaciló un momento, y las monjas salieron á

recibirla, expresando una alegría que rayaba en delirio, porque la joven se había captado amor y simpatía de todas ellas en los tres años que observó escrupulosamente el noviciado.

Iban á ser las once, y todas las miradas del numeroso público, aumentaban por instantes dentro de la Iglesia; se dirigieron á la baja y larga ventana con grandes verjas, colocada á uno de los lados del altar mayor.

En aquel momento descubrían la cortina y veíase á la comunidad formada en dos filas y en el centro la novicia que iba á profesar, ataviada aún con grandes galas.

La profusión de luces que habia en el interior, permitía ver bien todos los detalles al público que asistía á tal fiesta.



Poco tiempo después, el sacerdote pronunciaba desde el púlpito el sermón alusivo, presentando al mundo con todas las pobres bellezas que puede ofrecer; hablaba de la influencia del amor filial y de otras caras afecciones; de la hermosura del sol mirado desde el mar ó de las montañas; del esplendor

de las fiestas, y en fin, presentaba el sacrificio que la novicia voluntariamente aceptaba como mayor, si cabe, á lo que realmente era.

Según he dicho, las miradas todas estaban fijas en la futura profesa.

Era de alta estatura, blanca como la nieve, de grandes, pardos y rasgados ojos..... ¿para qué más detalles?....

Era la encantadora hija del lapidario, la melancólica Blanca, la enamorada del Cementerio.

Un hombre bajo, de espesa barba, de ojos grandes y azules, anchas espaldas, plebeyo por el vestir é imponente por su actitud, no sólo miraba, devoraba con sus ojos lo que pasaba en el interior de la comunidad, y cuando á una señal del sacerdote las monjas comenzaron á cortar á Blanca sus largas trenzas de pelo, un profundo suspiro, lanzado con gran fuerza, llevó por un momento hacia el plebeyo la atención del público.

Aquel pobre hombre rompió á llorar, y hubo necesidad de apoyo que le prestaran dos Ministros del altar, para que no cayera al suelo como una masa inerte.

El desmayo pasó, y á pesar suyo, con solícitos cuidados e retiraron á la sacristía.

Maese Baltasar, no obstante su gran fuerza de voluntad, no podía resistir tan terrible prueba.

.....

## VIII

Apenas maese Baltasar abandonó la Iglesia, ocurrió en ella otro incidente.

Un caballero bien portado, como de treinta á treinta y dos años, de maneras desenvueltas, con paso firme y decidido, exponiéndose á las iras del público, avanzó hasta cerca de las verjas, se arrodilló ante el altar y se alzó luego rápidamente frente á ellas.

Algunos fieles y sacerdotes se dirigieron á él en actitud amenazadora; pero el caballero volvióse con paso mesurado, y dijo mientras se retiraba:

—Perdonadme todos; quería que me vieran, deseaba despedirme..... ¡Sea Dios bendito!....

D. Luis de Mendieta abandonó á grandes pasos la Iglesia. Un rumor sordo se alzó de los concurrentes á la iglesia. La novicia había pronunciado el último *sí*, y cayó desmayada.

Blanca era ya Sor María de los Angeles.

.....

Dos años después, el hidalgo D. Luis de Mendieta comenzaba el noviciado en una comunidad de Trapenses.

\*  
\*  
\*

—Y *colorín colorao*, como aquí se dice, concluyó la *Posadera*: si el cuento gustó, lo celebro mucho, y si no gustó, ya no tiene remedio; no puedo volverme al cuerpo las palabras.

—Sí, sí que ha gustado, dijo una hilandera, y todos aplaudieron.





## La luz de la Ermita.

---

Al lunes que siguió se hizo el *Filandero* en casa del presidente del Concejo, cuya mujer, joven todavía, preparó la cocina de modo que todos reconocieron la limpieza de la dueña; desde las piergolas al suelo había quedado el local tan aseado como si, concluída una labor de albañiles, hubiera el fregado de mujeres completado la obra.

Hasta cerca de las nueve de la noche no estuvo animada la tertulia, y era porque durante toda la tarde y parte de la noche llovió á cántaros, lluvia bien recibida en el pueblo, esperando que así ablandaría y desaparecería en parte la nieve.

Como de costumbre, se charló de todo y fueron varias las conversaciones sostenidas á la vez entre diversos contertulios; pero como en la aldea no había muchos sucesos que referir y comentar, la reunión empezó á echar de menos un cuento, y á pocos ruegos, Blasilla, la mujer del alcalde, se prestó á contar uno, después de advertir que no tenía ella la memoria, la cabeza ni la palabra que la *Posadera*, y que tenían que disimularla si su relato no tenía tantas cosas y tantas observaciones como el de la *Posadera*.

Y colocándose, según hacían todos los que contaban dando la espalda á la lumbre del fogón y de frente á los contertulios, dijo:

—Bueno, pues confiando en que habeis de prestar atención, allá va mi cuento que se llama *La luz de la Ermita*, y ya se sabrá por qué lo llaman así:

### I

—No sé cuándo ni dónde pasó lo que voy á contar. Era este un pastor que tenía ya muchos años.

Desde que cumplió los veinte, ni había confesado, ni había vuelto á entrar en la Iglesia.

Tenía dos hijas: Antonia, la mayor moza muy reteguapina, y Antoñín, que ganaba en las «luchas» á todos los mozos de su aldea y á los de todos los pueblos de la redonda, y era el encanto y el ansia de muchas rapazas.

Antoñín no se fijaba en ninguna mujer, porque tenía de las mujeres una mala opinión.

—Lléveme antes el demonio, decía, que yo me prende y ponga los ojos en ninguna; hablóme una tarde la madre selva, y sé lo que debo saber para no caer en la tentación.

—Cuenta, cuenta lo que te dijo, le preguntaron unas mozas que se lo comían con los ojos.

Y como el mocitín era sencillo, sin fijarse demasiado en que podían reir de su ocurrencia, fué débil y contestó:

—Pues voy á deciros el consejo que me dió la madre selva que, aunque ya muy seca, la guardo.

Estaba con la yunta de vaquiñas en mi tierra de *La Maturrá* una tarde que hacía buen tiempo, y en la otra tierra de junto á la de mi padre, la del *Campril*, estaba también con sus vaquiñas Juanina, que se marchó con un tío suyo á la república de Buenos Aires.

Juanina me miraba y yo no sé con qué idea; cuando me vió que descansaba un rato, alzó la voz y me dijo:

—Antoñín, gústanme mucho las flores del campo, ¿quieres cogermé alguna?

—Vaya que sí, la contesté.

Y busqué por donde yo me hallaba; había solo margaritas grandes; pero las margaritas no huelen, y yo buscaba flores que tuvieran aroma.....

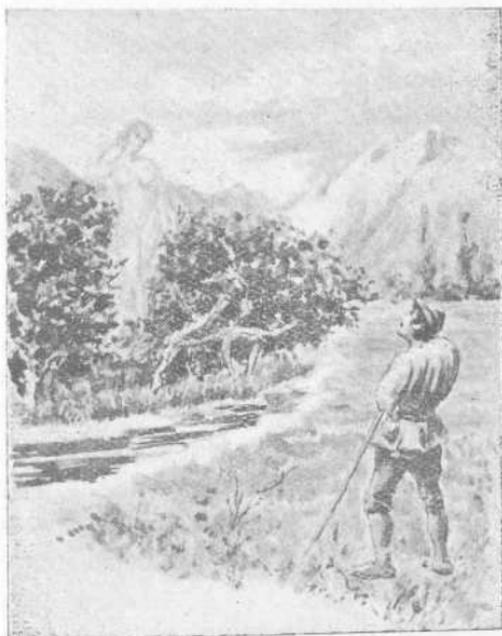
Al fin, y junto á las zarzamoras, ví unas cuantas madre selvas, y á cogermé las me dirigí gozoso..... Os vais á reir de mí, pero que no miento: sentí como un mareo; debí quedarme dormido, porque luego me encontré tumbado en la tierra y costóme mucho levantarme.

Las mozas se rieron estrepitosamente y Antoñín las dijo:

—Si habeis de reiros no digo más.....

—No, no, cuenta; respondieron las mozas y Antoñín ingenuamente prosiguió:

—Debí perder el sentido y soñar..... Ví una mujer rubia y alta vestida de blanco con cintas azules y amarillas, con los ojos negros y la cara blanca y de color de rosa «No la llesves flores, me dijo; para ella las flores son el pretexto de hablarte de cerca y trastornarte con sus miradas..... guárdate mucho de hacerla esa fineza que te ha pedido..... la mujer que á solas y en el campo pide flores á un hombre, no la importan las flores, desea el amor de aquel hombre..... si se las diera ¡ay de aquel hombre; diría que fué la causa de su perdición, si luego en el mundo la ocurre una desgracia; si no se las dá, le considerará como el mayor de sus enemigos y dirá que procura así hacerle todo el daño que pueda... cuando el amor te reclame cumpliéndose así una ley natural huye de las mujeres de tu aldea;



tienen pobre corazón; serías para cualquiera de ellas como la flor para tí, que solo admiran que eres guapín y luchador, no

que ahora te ha pedido una; si te ven feo ó cuando te marchites, te despreciarán.....

Las mozas volvieron á dar carcajadas y Antoñín quedó corrido y huyó. Desde aquel día, no quiso hablar con ninguna.

Antonia era el reverso de la medalla en cuanto á creencias religiosas; no faltaba ningún día á misa y estaba encargada por el cura del arreglo del altar de la Virgen.

Joaquín, que así se llamaba el padre de Antonia y Antoñín, era hombre de pocas palabras.

Pero tenía notable talento natural y una cabal opinión de la libertad; así es que nunca habló con sus hijos de religión, cosa que censuraban el Sr. Cura y los viejos del lugar porque decían que un padre no deja de andar obligado á procurar que sus hijos sean buenos cristianos y predicar él dando ejemplo.

—Antonia y Antoñín, decía en una ocasión el Sr. Cura, tienen ya la razón despierta para saber lo que tienen que hacer y mejor es que nada les diga yo: si era por obedecerme lo que hicieran, ni pena ni gloria para ellos; y si no hacían caso de lo que les dijera unían á lo que fuese, la desobediencia para con su padre, y en cuanto á mí, Sr. Cura, ya soy muy grande para sermones; con que no os canseis, que ya sabeis que predicar en desierto.....

—La verdad sólo es una, Sr. Joaquín.....

—Allá cada uno, que si la verdad sólo es una, cada uno la vé donde la vé..... ya sé que vos cumplís con vuestro deber y que puede que yo no sea bueno..... ¿qué le hemos de hacer si soy un bruto?....

—Sois bondadoso, sois noble, ¡qué lástima Sr. Joaquín!....

—¿Por qué me teneis lástima? ¿Por qué no voy á misa?.... ¿por qué no voy á la rejilla del confesonario á molestaros con mis cuitas y á contaros lo que no debe importaros gran cosa?

—Son los deberes de todo buen cristiano.....

—Vos lo decís, de todo buen cristiano, y yo no soy buen cristiano.....

—Ved que para la Muerte no hay hora segura.....

—¡Vaya, vaya!, no queráis encogerme el corazón: cada uno es como es.

—Pensad, Sr. Joaquín, en que ya teneis muchos años.

—¿Y seré más joven modificando mi manera de pensar?.... y me parece que por hoy ya basta de sermón.

El cura no insistió; pero se propuso volver al mismo asunto en cuantas ocasiones se le prestaran de hablar á solas con el Sr. Joaquín:

## II

Nueve años llevaba en amores Antonia con Luis, que hacía dos estaba en América, y de tarde en tarde mandaba noticias diciendo siempre que volvería pronto para cumplir la palabra y casarse con la novia que dejó en la aldea.

Y Antonia, que lo quería con toda su alma, guardábale fidelidad tan probada, que ni acudía donde las mozas armaban baile, ni volvió á entonar cantares al son de la pandera y era la más solicitada para ello por ser la que mejor cantaba.

Toda su atención estaba en la iglesia y en esperar noticias de Luis.

Ocho meses estuvo la última vez sin tener noticias de su novio y valiérala más seguir en su ignorancia, porque las que supo, y no directas, fueron horribles.

Por un pariente de amiga suya de otro pueblo, supo que Luis, olvidando juramentos de amor, habíase casado en las lejanas tierras en que vivía.

No lo quiso creer.

Escribió preguntando lo que hubiera de cierto.

Y pasó un mes y hasta cinco meses pasaron sin obtener contestación.

Antonia se puso enferma, muy enferma, y su padre trató inútilmente de animarla.

Había perdido completamente las ganas de comer.

El cura se vió precisado á no permitirle que arreglara el altar de la Virgen, porque rompía las flores y tiraba los candeleros.

El práctico curandero que había en el pueblo no entendía el mal de Antonia y el Sr. Joaquín fué á buscar un médico afamado que vivía en Villamanín, en tanto que Antonia quedó al cuidado de su hermana.

Y á fe que la guarda de la enferma no dejaba de ser delicada.

Al menor descuido que con ella se tuviese, Antonia escapaba; corría por el campo; apiñaba la nieve haciendo con ella pirámides que abrazaba pronunciando muchas veces el nombre de Luis, y la frialdad y humedad de la nieve producía en ella altas calenturas que agrababan su enfermedad.

Por grande que fué, y lo fué mucho el cuidado de Antonia, su hermana escapó de la casa en dos ocasiones durante la excursión del Sr. Joaquín y cuando éste regresó con el médico, la enferma se hallaba en la cama con mucha calentura.

Un ligero reconocimiento bastó al médico para poder afirmar dirigiéndose al padre y hermano de la enferma:

—Esta pobre joven ha debido sufrir una crisis nerviosa, puede que producida por una grave contrariedad: ¡está loca, terriblemente loca!

Aunque Antonia y su padre presumían la enfermedad de Antonia, dicho de manera solemne por un hombre de ciencia, sintieron uno y otro profunda impresión:

—Pero ¿podrá tener curación? preguntó el padre y esperó con ansiedad la respuesta.....

—No puedo así, tan de repente, responder á vuestra natural pregunta: necesito recoger antecedentes, observar á la enferma, recordar mis conocimientos, poniendo á contribución mis luces naturales..... os lo podré decir dentro de dos días.

El médico quedó instalado en la casa, se hizo venir del pueblo inmediato una hermana del Sr. Joaquín, tía por consiguiente de la enferma para que cuidara constantemente de Antonia, y esperaron con febril impaciencia los dos días de tiempo que para su estudio pidió el médico.

## III

—Mientras sucedía lo que va referido, siguió diciendo la cuentista después de una breve pausa en su relato, llegó al pueblo Luis, el novio de Antonia, mozo formal y que venía dispuesto á cumplir su palabra.

La noticia de su casamiento era falsa: le habían confundido, según él dijo, con otro Luis, también de la provincia de León, y si él no había escrito en tanto tiempo, fué por haber estado preso de unos negros ladrones que lo habían llevado y retenido cerca de California, hasta que aprovechando un descuido de sus guardianes, pudo escapar de sus garras.

Afortunadamente había podido regresar á su querida España y traía un pequeño capital ganado á fuerza de trabajo y privaciones y con él se proponía comprar tierras y no salir más de su pueblo que con su Antonia, tenía para él todos los encantos de la vida.

Su desesperación parecía no tener límites cuando supo el estado de su novia; pero le fué preciso resignarse ante la esperanza de que su propio retorno podía influir mucho en la curación de la enferma.

Con permiso del médico y del Sr. Joaquín, fué Luis á ver á su novia y la entrevista de los novios dejó descorazonados á todos.

—¿Me conoces Antonia?—la dijo Luis—¿me conoces?

Abrió la enferma desmesuradamente los ojos y no contestó.

—Soy yo, tu novio, Luis.....

Antonia sonrió débilmente y tampoco respondió.

—Soy yo que vengo á casarme contigo.....

Le enferma se encogió de hombros y dijo:

—¡Jesús que frío!.... ¿es verdad que la nieve?.... ¡qué frío!....

Luis está lejos, muy lejos.....

—No, no, estoy aquí.....

—Ya lo sé, tontín, ya lo sé: te hice con la nieve..... ¿se ha casado Luis?.... ¡bueno! se vuelve agua.....

—Pero Antonia, que soy yo tu Luis.....

—Sí, si ya lo sé, como la nieve. Y Antonia no contestó ya nada; se volvió del otro lado y cerró los ojos mientras decía: ¡nieve!, ¡nieve!,... ¡qué malos son los hombres!...

\*  
\* \*

Al día siguiente había cesado la calentura y se la levantó de la cama.

El pobre Luis estaba inconsolable

El médico recogió datos de las inclinaciones y vida de Antonia, el cura le fué muy útil en las investigaciones científicas.

Apenas si habían pasado los dos días, cuando el señor Joaquín y Antoñín acosaron á preguntas al médico de igual modo que Luis que parecía formar parte de la familia por que no salía de la casa de su novia.

—¿Y bien?... Han pasado ya los dos días y habeis observado mucho á mi pobriquina hija, ¿qué decir? ¿Podrá nevar?

—Todavía no lo puedo asegurar, contestó el hombre de ciencia; tengo una idea; quiero hacer una prueba: pidamos por favor al señor cura que nos deje trasladar la imagen de la Virgen del Consuelo que se venera en la iglesia y que adornaba la enferma con tanto esmero, á la Ermita del Camino.....

—Si no es más que eso, no lo negará el señor cura.

—Y luego dejadme hacer y haced lo que os diga.

—Está bien, señor; está bien; se hará lo que ordeneis y ahora voy yo á ver al señor Cura. Y con efecto el Sr. Joaquín fué á ver al párroco y con él sostuvo la siguiente conversación:

—Yo vengo señor cura solo á pedir un favor.

—Ya supongo que no será cosa de la iglesia.

—Pues por esta vez os equivocáis, es cosa de la iglesia lo que yo vengo á pedir.

—Cosa rara me parece.

—Ya sabeis que mi Antonia está muy malita.

—Así es la verdad.

—El señor médico quiere hacer una prueba.

—¿Y bien?

—Se necesita llevar la Virgen del Consuelo desde la iglesia hasta la Ermita.....

—Eso no puede ser sin licencia del Prelado.....

—De mi cuenta es llevar en seguida la imagen, de la Ermita otra vez á la iglesia.....

—No, no; ¿para qué, si tú no cree en esas cosas?

—Vamos, señor cura; sed bueno; dejad al médico que haga su prueba.

—Las imágenes no se pueden sacar del templo así como así.....

—¿Quereis que os lo pida de rodillas?

—Nada quiero.

—¿Y si en esto estuviera la curación, la vida de mi hija?, ¿qué culpa puede tener ella de que yo no sea bueno?

—Eso es verdad.

—¿Consentís?

—Yo soy más blando de corazón que tú..... vaya, consiento; pero procura que sean hombres de fuerza los que hayan de llevar la imagen.

—Yo seré uno.....

—¿Tú, llevando una imagen? ¿No tienes miedo á que se rían de tí?

—Soy padre.

—Y no eres tan malo como te figuras.

El Sr. Joaquín salió contentísimo de la casa del señor cura y fué á la suya, para recibir órdenes del médico.

#### IV

Poco más tarde de haber anochecido al siguiente día la Virgen del Consuelo tan venerada en aquel pueblecillo quedó instalada delante, único altar de la Ermita del Camino, y alumbraba el pequeño templo una larga lámpara de aceite.

En el centro de la Ermita, y por indicación del médico, se colocó Luis de rodillas en actitud de orar ante la imagen.

Poblado, veredas y caminos, y el campo, tenían más de media vara de nieve.



Con toda clase de precauciones y engaños se sacó á la enferma de la casa, marchando detrás y á poca distancia el médico, el Sr. Joaquín, el señor cura y Antoñín.

Ya cerca de la Ermita volvió Antonia febrilmente á su manía de acumular nieve y hacer con ella un promontorio:

—¡Quietos! dijo en voz baja el médico, conteniendo así al padre y hermana de Antonia; ¡quietos!, dejadla que poco á poco se fijará en la luz de la Ermita.

Y así fué.

Antonia estuvo algún tiempo acumulando nieve.

La familia, el cura y el médico no perdían detalle de cuanto hacía.

Cuando ya la enferma tenía hecho un montón de nieve y se disponía para darle un abrazo, se fijó en que no lejos había una débil luz.....

Abandonó aquel sitio y siguió en dirección á donde se advertían los resplandores de la luz.....

Siguió andando hasta quedar fija y como suspensa contemplando el altar de la ermita.....

Pasaron unos dos minutos de mortal angustia para cuantos observaban la escena.

Antonia se restregó los ojos como si quisiera ver mejor el interior de la ermita.....

Luego retrocedió algunos pasos; lanzó un gemido agudo, pronunció en alta voz «¡Luis!», «¡Virgen Santa, Virgen mía!» y cayó desmayada sobre la nieve.



A los pocos minutos volvió en sí: estaba en brazos de su padre, de frente la observaba el médico y junto á ella estaban Luis, el Sr. Cura y Antoñín.

El médico, vivamente impresionado, dijo al Sr. Joaquín: —Ya teneis hija; la loca ha recobrado la razón.

El Sr. Joaquín no pudo contener su emoción; lloró como un niño; se limpió después las lágrimas con el dorso de la mano derecha, y dirigiéndose al Cura dijo:

—Mañana es domingo, Sr. Cura. Mañana y desde mañana voy á Misa.

\*  
\* \*

—Y colorín, colarao, se acabó mi cuento—dijo la narradora, y todas las del *Filadero* demostraban haber llorado.

Después, la reunión concluyó en baile, que duró hasta la una de la madrugada.





# LA VENENOSA

---

Después de la lluvia volvió á nevar sobre la pobre aldea de..... dos días seguidos, y la gente continuaba sin poder salir al campo, acudiendo algunos hombres á la taberna por la tarde; y casados y mozos, y viejas y jóvenes, antes de las ocho de la noche, al *Filadero*, en casa de Gertrudis, mujer muy parlera y muy enterada de cuentos y romances, que refería de modo notable.

Y como estas condiciones de la dueña de la casa las sabían los contertulios en el *Filadero* de aquel día, no ha de parecer extraño que pidiesen con insistencia, cuando creyeron que nadie más iría, que Gertrudis refiriese un cuento.

Así lo esperaba también Gertrudis, que no tardó en reclamar y conseguir en seguida un absoluto silencio.

—*La Venenosa* llamaban—dijo—á la moza del cuento que voy á relatar, y que si logra entreteneros, me daré por satisfecha; atención y ahí va.

## I

Ocurrían las cosas que diré, y que las tengo por verdad, en aldea de veinte vecinos, situada en Cabrerizas Altas.

Para reparto de cargos de concejo formaban casa por desgracias sufridas y constituían familia, Petra y Lucila, huérfanas de padre y madre que vivían solas y no vivían mal: tenían prados, algunas tierras de labor, cuatro vacas y tres jatos, y araban, sembraban y mazaban con la fuerza y habilidad que pudieran tener hombres fuertes; en las noches de invierno, preparaban con la leche sobrante de las vacas rica manteca que podía competir con la mejor de los barrios de Luna, y preparaban en una cesta los huevos recogidos en dos ó más meses y que bajaban al mercado.

Aunque toscas y sin que supieran nada de letra, estaban dotadas de clara y prudente razón para vivir según vivían, al natural en todo lo posible, y eran una y otra tan guapinas que no las faltaban adoradores de su hermosura dentro y fuera de su aldea.

Petra, la mayor, estaba para cumplir veintiséis años, y se consideraba vieja para pensar en amores; Lucila, su hermana, solo tenía dieciocho; las dos se querían mucho; pero el genio de Petra no dejaba de ser un tanto brusco y desabrido, siquie-ra fuese mujer de buen corazón.

En la casa inmediata, junto á la de las huérfanas, vivía un viejo matrimonio con una hija, Nicolasa, ó Colasina, según todos la llamaban.

Colasina, trabajadora, no mal parecida y humilde para presentarse, resultaba ser moza de grandes pasiones y de muchísima caridad para con el prójimo; para ella no había hombre de recto proceder ni mujer honrada, dando muchas veces lugar con su viperina lengua maldiciente á que más de un vecino tuviera agrias cuestiones y á que la reprendieran con severidad en más de una ocasión el presidente del Concejo y el cura del inmediato pueblo, ya que allí no le había, y pasaban para el culto católico con una Ermita, en la que decían misa de primera hora los días de fiesta y no todos, porque la nieve hacía muchas veces imposible la llegada del celebrante.

\*  
\* \*  
\*

Y ya que conocen los personajes y poco más ó menos el lugar donde ocurrieron, dijo Gertrudis haciendo una pausa en su relato, vamos á los sucesos que pasaron.

Un día, como tantos otros, fué Lucila con los rollos de manteca para venderlos y comprar con su importe menesteres para la casa y comestibles al mercado, mientras Petra quedó en la suya para salir al prado con las vacas.

Para mujer que no tuviera la resistencia física que tenían las huérfanas, ir al mercado á pie como Lucila caminaba, fuera punto menos que imposible, pues suponían seis horas de viaje

sin descuido, y de mayor fatiga si, como á la huérfana la ocurría, llevaba carga hacia el mercado y carga en el regreso.

Pero Lucila era moza briosa y fuerte y hacía sin gran fatiga las jornadas.

El frío era intenso aquel día; no había lucido el sol, en los caminos había bastante nieve dificultando el paso con almadreñas, y anochecía una hora ó más antes de lo previsto en el calendario.

Concluía la tarde y Lucila se retrasaba mucho más de lo acostumbrado.

Petra estaba impaciente.

Llevó á su casa el ganado, lo encerró precipitadamente y salió al camino á esperar á su hermana.

Era ya bien de noche cuando Lucila se dió á ver en la vereda, llamando á su hermana sin duda porque vió que la esperaba.

Lucila no regresaba sola.

Llegaba en compañía de un mozo forastero.

A Petra no agradó esto, y apenas su hermana estuvo cerca, con la mirada interrogó de tal modo que Lucila entendió la pregunta y respondió:

—Este mozo es pariente nuestro: vino ha poco de lejanas tierras, nos reconocimos en el Mercado y empeñóse, mal hecho, en venir á conocerte y.....

—¿No sabes que somos mujeres y que vivimos solas? replicó agriamente Petra.....

—No mires con ojos güeyos, no te pongas airada Petra, que yo con volverme..... dijo el pariente.

—Tanto como eso..... el tiempo es frío, la noche negra..... y después de todo ¿quién tiene razón para pensar mal de nosotras?.... vamos dentro, hagamos fuego.....

Y los tres, Petra, Lucila y el forastero, penetraron en la casa, y después de cerrar la puerta de la cocina, junto á las vacas, que no estaban á dos varas de distancia, sentáronse los tres.

Al cerrar Petra la puerta de la casa se oyó una sonora carcajada: Petra miró y vió que la molesta vecina cerraba en aquel momento la ventana.

De no haber sido tan rápida la huida hubiese oído á Petra:

—Hasta con el frío, vivirán las viboras en este pueblo.

## II

De dato en dato, de recuerdo en recuerdo, forzando la memoria y evocando nombres resultó que con efecto el forastero era hijo único de un hermano de la madre de Lucila y Petra; eran por consiguiente primos, y á Petra, una vez que supo esto, no la importaron nada las mordeduras de la vecinita. Aquel mozo, hombre de más de treinta y dos años, huérfano también de padre y madre, y que se llamaba Tomás, había ido tan pronto como salió de la escuela sabiendo leer, escribir y de cuentas, con un tío suyo á Méjico, y dedicado al comercio había podido juntar unos miles de pesetas; al regresar á su pueblo con el ansia de abrazar á su madre y hacerla pasar buena vejez, se halló con la triste realidad de que su madre había muerto, y abrigó desde luego el propósito de volver á la república mejicana para nunca más regresar á España.

Llevaba seis meses en el país y dedicado á vender la pequeña hacienda de sus padres, cuando se halló en el Mercado con Lucila, y á la que por inexplicable y fuerte corriente de simpatía se acercó preguntándola de dónde llegaba y dónde vivía, hasta que así, haciendo conversación, resultaron ser parientes próximos, y la convidó á comer y no se apartó de su prima hasta ir con ella según ya he dicho antes.

Las huérfanas dieron de cenar lo mejor que pudieron á su primo, y luego de un largo rato de conversación al amor de la lumbre, lo instalaron en la única habitación de la casa y á la que se llegaba saliendo al corral y subiendo por unos escalones de madera carcomida y á cuyo cuarto había que ir por una galería con baranda de madera también y á la que le faltaban muchos palos de los que formaban balaustrada, quedándose á dormir ellas, una en cada lado, junto al fogón.

Antes de dormirse sostuvieron las hermanas el siguiente diálogo:

—Páreceme, dijo Petra, que no te disgusta el primo que aunque más viejo que tú, es gallardo mozo que no desdefiarían muchas.

—¿Y qué adelantaría yo con que así fuera? contestó Lucila: si él no gusta de mí, sería para sufrir, y bien estamos las dos según estamos con nuestra pobreza y nuestra manera de vivir: además ¿cómo yo tendría valor para dejarte?....

Y de repente, como respondiendo á una idea de momento, añadió Lucila:

—¿Y si fuera á tí, á quien el primo quisiera?

—No hermana, el primer encuentro ha sido contigo, y el hecho de hablarte cuando no te conocía, dice algo.....

—¡Y bien! si á mí fuese, ¿lo llevarías tu á mal?

—No, Lucila; pero acaso á ninguna dirá nada, y más vale así ¿quién sabe si convendrá más que vivamos siempre solas?.... ¿sabemos por ventura las condiciones del primo?.... duérmete, duerme y no sueñes con pajaritos que vuelan lejos.....

Callaron las hermanas; pero ni una ni otra durmieron bien aquella noche.

Tampoco Tomás dormía.

Lucila, según observaba, tenía unos ojos provocativos, era graciosa, y vestida de otro modo, bien aseada, resultaría hermosa.....

Si llegara el caso.....

Habría que vivir con las dos hermanas.....

Encerrarse allí, en un pueblecito de las Cabrerizas después de haber visto más mundo.....

Y acariciando ideas y formando proyectos, apagó el candil y poco á poco fué durmiéndose, oyendo armonías misteriosas y viendo una mujer que le sonreía desde lo alto y hasta él descendía y le besaba.....

## III

Amaneció el día lloviendo á torrentes.

Ni sus primas lo hubieran consentido, ni Tomás mostró gran empeño por marchar de aquella casa; se limitó á una indicación, en la seguridad de que habían de rogarle que se quedara, y así fué.

No deseaba otra cosa.

Lucila le miraba cada vez con mayor insistencia; y á él le gustaba mucho que le mirase la prima.

\*  
\* \*

¿Para qué molestaros con detalles que tan fácilmente se adivinan?, dijo la narradora.

Pasados unos días, el tiempo quedó sereno, los caminos estaban transitables; pero, ni Tomás quería marchar, ni sus primas deseaban que se fuera.

Tomás, ya hombre de mundo y conociendo la situación económica de Petra y Lucila planteó una cuestión en otras circunstancias delicada y natural entre parientes.

—Mirad, las dijo: yo deseo permanecer con vosotras algún tiempo y, como en estos días, no interrumpiré vuestras labores y permaneceré en la casa mientras vosotras teneis que salir.

—Pues, hazlo así, tontín, dijo Petra, cuyo carácter brusco desaparecía para Tomás: nosotras, contentas de tenerte; ya el pueblo sabe quien eres, y si alguna mala lengua dice, que diga cuanto quiera, que tú y nosotras sabemos que no es verdad, si es mala cosa la que diga.

—Es otro asunto al que yo me refiero, dijo Tomás, y mejor hoy que mañana, porque será preciso ir al Mercado.....

—Dí.....

—Que no es cosa de que por mí gasteis lo que necesitáis para vosotras solas.....

—Eres de buen acomodo y ya ves que no añadimos nada.

—No lo tomes á mal, Petrina: yo no tengo más familia que vosotras; déjame que yo atienda de algún modo á los gastos, ¿para qué quiero el dinero que gané y el realizado de los

bienes de mis padres? Si no he de creer que me despides, toma por ahora estas monedas que tengo á mano y yo traeré lo que haga falta.

Petra no contestó y Lucila intervino.

—El primo tiene razón: si él no lo tuviera y nosotras sí, muy santo y muy bueno que no tomaras lo que quiere darte..... tómalo Petra, tómalo.....

Petra vaciló todavía unos instantes, y al fin recogió el bolsillo que Tomás la ofrecía y que contenía monedas de oro y plata.

Y ya no se habló más de la marcha de Tomásín.

—¿Quieres que yo te acompañe al Mercado?, dijo á Lucila; traeremos más carga, porque traeremos vino, ¿te parece, Petra, que acompañe á tu hermana?

—¿Por qué no? Mejor irá que sola.

Y en efecto, al siguiente día Lucila y Tomás partieron juntos para el Mercado, mientras Petra cerraba la puerta de la casa y se marchaba con las vacas á los prados junto al río.

Algo más de media legua de andadura llevaban los primos, cuando Tomás inició la conversación:

—Yo no podría ya vivir sin vosotras—dijo—; y para mejor decir lo que siento, no podría vivir sin tí.....

—¿Es de veras, Tomásín, lo que me dices?.....

—De veras.....

—¡Habrás visto tantas mujeres guapinas en los lugares en que tanto tiempo estuviste!....

—Pero no ha llegado ninguna hasta mi corazón.

—Que no te creo.....

—Y tú te has metido dentro, muy dentro de mí. ...

—¿No engañas?.....

—Y puede que tú gustes de alguno que te corteje.....

—¿Viste alguno?.....

—Aunque no lo haya visto.....

—¿Oiste ronda debajo de mi ventana?.....

—Pudiera estar en otro pueblo.....

—El que á mí me gusta y al que quiero mucho, ya está en mi aldea.....

—¿Ves como yo decía bien?.....

- ¡Tontín!
- Ya sé que soy un tontín.....
- Si es que gústame tanto eres tú.....
- ¡Ay, nina, qué felices vamos á ser!
- ¿Y no querrás á otra?.....
- Sólo á tí.....
- Es que miraste mucho á la vecina.....
- No lo pienses; sólo en tí ha pensado Tomasín.

\*  
\*  
\*

—Hagamos punto y aparte—dijo la narradora—que no hay para qué decir más de la conversación de los primos mientras iban llegando al Mercado.

Bastante antes de hacerse de noche regresaron del mercado Lucila y Tomás.

La sorpresa de Petra fué grande cuando los vió llegar, porque Lucila iba montada en una burra que llevaba también todas las viandas adquiridas.

—¡Seais bien venidos!—les dijo después de reunir las vacas y echarlas delante hacia el pueblo—. Pero ¿quién os ha dejado esa burra tan magina?

—Es nuestra.

—¿Cómo nuestra?

—Compróla Tomasín en el Mercado.

Petra miró á Tomás, no sabiendo si enfadarse ó sonreír, y al fin le dijo:

—Esto ya no está bien, Tomasín.

—No seas tontina: os era muy necesaria; así se vá mejor al Mercado y se vuelve antes.

—Ya verás, ya verás cómo nos van á poner—dijo Petra dirigiéndose á Lucila.

Llegaron reunidos los primos á casa de la huérfana, y como de costumbre, Colasina se hallaba en la ventana de la suya y los saludó con visible afectación, diciendo después:

—Norabuena sea, Petrina. ¿Habeis comprado caballería? Siempre está bien hallar quien lleve la carga.....

Aunque las últimas palabras de Colasina no dejaban de ser intencionadas, Petra no quiso contestar y figuró no



haberlas oído; en cambio, Lucila, mirando primero á Colasina y después á la burra, como si hablase con el animal, contestó:  
—¡Ah, burra, burra, qué mala eres!...

#### IV

Ya Petra supo sin contrariedad que Lucila y Tomasín se querían y eran novios.

Los mozos habían reclamado y cobrado al forastero los *derechos* (1), y sin esto no hubieran podido continuar sus

(1) En todos los pueblos leoneses de la región montañosa, desde remotas épocas, y continúa esto subsistente, los mozos están organizados y tienen su Rey, al que obedecen: solo ellos, una vez admitidos como tales mozos, y no pueden solicitar serlo hasta cumplir dieciséis años, pueden hacer ronda y festejar en la ventana á las mozas. Los forasteros de ningún modo pueden rondar ni acudir por la noche á platicar con su novia ó pretendida, sin antes pagar los *derechos*, que suelen consistir en abonar una cantidad de vino para todos, y cuya cantidad varía según el pueblo y el número de mozos que hay en él:

relaciones amorosas, aunque acaso negándolo habrían podido salir del paso; pero era expuesto, porque parece que son cosas que se conocen siempre, y además que habría otro mozo pretendido y dado la ronda á Lucila, causando con esto algún disgusto á Tomás.

Así pasaron los meses de invierno, pasó también la primavera y se inició el verano.

Como era natural, porque no hay que dudar que aumenta cariños el continuo trato y tal vez apaga fogosidades; cada vez era mayor la intimidad de las huérfanas con su primo, que regresaba pronto junto á ellas, si alguna vez y requerido por sus asuntos se ausentaba.

Catalina, la mal intencionada vecina de la huérfana, seguía mostrándose demasiado insinuante con Tomás, que, al fin hombre, no dejaba de fijarse alguna vez en sus encantos físicos, que, con escaso rubor, dejaba ella como al descuido que Tomás pudiese observarlos..... (1).

Llegaba el día de la costumbre de las *Ceibas*, mejor, y la si el forastero se niega, cometen con él atropellos y no hay modo de que consentan en que festeje á la moza ó novia de aquel lugar: son pocos los que se niegan, porque todos saben lo expuesto de su negativa, y á tal extremo se lleva esto en nuestro tiempo, que no hace mucho en Pola de Gordón á un forastero que allí tenía la novia y que obstinadamente se negó á la exigencia de los mozos, le colgaron del Puente, bastante alto por cierto, y á medida que le iban descendiendo, le preguntaba si pagaba, hasta que por fin, lo zambulleron en el agua... y en Enero, y con un frío extremado! En las notas que van después de los Cuentos decimos algo más sobre ésto.

(1) No se puede aquí decir, tratándose de libro que han de leer señoras, señoritas y niños, en qué consistían las *Ceibas* que casi á fines del siglo pasado existían, ignorando si aún subsisten, y basta con decir aclarando en este particular el texto, que á toque de campana se reunían mozos y mozas, marchando después donde se les antojaba, regresando cerca de tres meses después al punto de partida, para separarse ó formalizar relaciones con fin de boda: parece que esta costumbre sólo existió en las Cabrerizas Altas: los Curas párrocos lucharon cuanto pudieron para quitarla. Hay también que advertir que los de las Cabrerizas son indudablemente los más incultos y atrasados de la provincia de León, y que carecen de vías de comunicación con el resto de la región y mucho más con otras provincias.

víspera de la fiesta, Tomás y sus primas sostuvieron respecto á ella la siguiente conversación:

—Es una costumbre, decía Petra, que no tendrá más remedio que desaparecer; es cosa fea, como dice muy bien el Sr. Cura, que ha querido y no ha podido quitarla.

—¿No vais vosotras?

—Nos ofendes, Tomasín, añadió Petra, con solo suponer que siendo cosa fea podíamos nosotras ir; no hemos ido nunca y yo ya tengo años para haberlo podido pensar.....

—Pero tú, dijo Lucila dirigiéndose á su primo, eres ya hombre formal, y puedes ir á verla.....

—No, no, si vosotras no vais.....

—No seas tontín, dijo Petra ¿por qué no has de ver lo que no has visto y tan raro ha de parecerse?

—¿No te disgusta que vaya?... preguntó á Lucila Tomás.

—¿Por qué?... desfilarán las parejas y tu volverás á casa ¿no lo harás así?

—Seguramente.

—Vé, pues, y acuérdate de mí; no te digo más, replicó Lucila.

Era domingo el día siguiente, y los primos fueron juntos, según costumbre, á la misa celebrada en la Ermita, y juntos también regresaron á casa.

Poco tiempo después se oyó el campanillo del Concejo.

—Tocan para empezar las *Ceibas*, dijo Lucila; ya puedes ir si quieres á ver la mala costumbre.....

Tomás estuvo algunos momentos indeciso; pero al fin venció en él la curiosidad y acudió á la explanada de la Ermita.

Allí estaban mozas y mozos; hablaba cada cual con su pareja, bailaban al son de la pandera durante unos cuantos cantares y en distintas direcciones iban después perdiéndose de vista las parejas.

Catalina, que también estaba entre las mozas, se fijó con insistencia en Tomasín, y de tal modo que también Tomás se fijó en ella.

—¿Quieres venir conmigo? dijo con resolución la moza, sonriéndole y haciéndole guiños con los ojos.

—Ya sabes, dijo Tomás, que mi prima.....

—Eres tonto; ven conmigo, y regresamos cuando quieras; pero es que deseo decirte muchas cosas que no sabes y puede



que luego lo agradezcas; está muy feo que delante de todos me desaires; ven conmigo y sabrás que vives engañado.....

Y sin darle tiempo á reflexionar, cogió del brazo á Tomásín, y saltando como una loca, lo llevó con ella por donde nadie podía verlos apenas dejasen el pueblo.

No tuvo Tomás fuerza de voluntad bastante para librarse de la tentación de aquel pequeño demonio y dejó de ofrecer resistencia y con ella se fué.....

En tanto Petra y Lucila, una vez que conocieron el hecho, estaban inconsolables.

#### IV

Poco á poco llevó Colasina el infierno de la duda y de los celos al corazón de Tomás.

—Sería cosa de aplastarte la cabeza como á una serpiente venenosa si eso que dices no es cierto.

—Y si lo vieras por tus propios ojos ¿dudarías?

—No es posible.

—Eres tonto; pero tonto de remate: ¿quieres ó no convencerte?

—Sea.

—Nunca mejor porque sabiendo su mozo que no estás, aprovecharán tu ausencia, como las aprovechan siempre mientras tú sales de la casa y vuelves cargado de regalos.....

—Eres una mala víbora.....

—No; soy una mujer enamorada de tí y que me duele que así se burlen de tu buena fe.

—¡Cuidado con lo que dices!

—Si es que quieres cerrar los ojos á la luz, con tu pan te lo comas y anda con Dios.....

—¿Pero tienes pruebas?

—Sí, hombre sí; tú vas esta noche á las once bajo la ventana de tus primas y..... nada más: entras en la casa ó vuelves conmigo, ó te vas á otra parte; lo que quieras.

No podía Tomás ocultar la emoción que le dominaba: tenía junto así una mujer guapina que no cesaba de sonreírle y como si hubiese estado junto á una piedra; ni la miraba, ni hablaba.

No sé si muchas veces sería mejor y más caritativo dejar á un hombre ó una mujer en su ignorancia cuando son víctimas de un engaño que decirles su desgracia, siquiera en este caso no hubiese para que dudar.

Tomás y Colasina, vagaron todo el día sin rumbo fijo.

No parecía conveniente que la moza, mientras Tomás acudía por convencerse junto á casa de sus primas, quedara sola y á las once de la noche, convinieron en que Colasina fuese á su casa al anochecer, para que su familia creyera que no había tomado parte en las *Ceibas*.

Y como lo acordaron, lo hicieron: al anochecer, Colasina regresó á su casa y Tomás quedó impaciente, lleno de pesadumbre y dudas esperando que fueran las once, calculada

la hora por los astros, porque no tenía reloj para poder ser exacto.

Cerca y lejos de los sitios que él recorrió escuchó más de una vez risotadas y cantos de las enamoradas parejas, que buscaban asilo, como buscan los pajarillos lugar donde dormir cuando la noche se aproxima.

Pasaron algunas horas y Tomás fué poco á poco acercándose al poblado.

No podía saber fijamente qué hora fuera.

El silencio en la aldea era completo. Solo el ahullido de algún perro avisador se oía de vez en cuando. No había luna, ni se veían estrellas; estaba nublado y era necesario forzar la vista para poder distinguir los objetos aún á corta distancia.

Tomás avanzaba con mucha lentitud.

Llegó á la estrecha y corta calle de la casa de sus primas y quedó junto á la esquina.

Después siguió adelante hasta distinguir trabajosamente la casa de su observación.

Apoyado de codos en la ventana, y con los pies sostenidos en una reja de medio metro de altura lo más, había un hombre.....

Y aquel hombre le pareció á Tomás que conversaba con alguna otra persona.

Más todavía: se le figuró á Tomás que veía en la ventana silueta de dos cabezas casi juntas.

Para él, con aquél dato Colasina había dicho verdad.

La deslealtad y conducta de sus primas era verdaderamente abominable.

Tomás sufría lo indecible, sin saber qué resolución había de tomar en aquellos momentos.

Primero pensó en marchar sin que volvieran á verle por el pueblo.

Acarició después la idea de la venganza, continuando las *Ceibas* con Lucila.

Por fin se fijó en su pensamiento la idea de hablar con aquel mozo, para tener la prueba completa y que Lucila no pudiera negar.

Resuelto á esto último, retrocedió algunos pasos, se situó en la esquina y esperó á que se descolgara de la ventana el nocturno festejante de su futura.

Pasado algún tiempo, el mozo que no perdía de vista un momento á Tomás, se descolgó y rápidamente una vez en el suelo corrió en diversas direcciones, hasta convencerse de que Tomás ya no podía verle.

Tomás había también corrido detrás del mozo; pero menos conocedor de vueltas y revueltas del pueblecillo y menos ágil que aquel mozo, concluyó por abandonar la persecución y marchó á la salida del pueblo.

No tardó mucho Colasina en ir á su encuentro, y así que estuvo junto á él, le dijo:

—¿Y bien? ¿has visto algo?

Tomás no contestó y ella volvió á preguntar:

—¿Fuiste á casa de tus primas?

—Valiera más no haber ido.

—Es entonces ¿qué viste algo?

—Demasiado.

—¿Y qué harás?

—Marcharme para no volver.....

—¿Tan fea soy yo, que no quieres vengarte?

—Yo ya no puedo querer á nadie.

—¡Tontín!

—Antes de marchar hablaré con mis primas.....

—Que te lo negaran todo.

—¿Qué me importa que lo nieguen?

—¿Cuándo te marcharás?

—Mañana.

—¿Tan pronto?

—Después de hablar con Lucila.

—¿Y esta noche?....

—No hace frío; la noche pasa ya pronto; esperaré que pase, allí en la puerta de la Ermita.

—¿Y me dejas sola?

—Vuélvete á casa.

—Eres de nieve, Tomás.

—Solo tengo nn corazón.....

—¿No te gusto?

Tomás quedó silencioso.

Luchaba con sus celos.

Pensaba solo en el engaño que había sufrido.

Alzó la vista pasados unos instantes, tendió la mano para despedirse y dijo:

—Queda con Dios Colasina: no te guardo rencor, antes por el contrario, estimo el favor que me hiciste advirtiéndome á tiempo de la infidelidad de mi prima.....

—¿Y me dejas?.... preguntó Colasina fingiendo gran contrariedad y exquisita ternura, mientras se acercaba junto á Tomás.

—Debes volver á tu casa ¿por qué dar que hablar á las gentes en perjuicio tuyo?.... Ya sabes que te quedo agradecido.....

—¿Y nada más?

—Nada más, Colasina, ¡quién sabe si más adelante!....

—¡Más adelante!.... ¡más adelante! queda con Dios, que más adelante no habrá para qué.....

—Ni sé, ni quiero mentir, ¿sería mejor que te hubiera engañado?

—No lo sé.....

Tomás no replicó encerrándose ya en absoluto silencio.

Colasina, un tanto picada en su amor propio, le miró con altivez y dijo por último:

—Ya me voy..... ¡queda con Dios, pobriquín!....

## V

El resto de la noche lo pasó Tomás, según se había propuesto, en el pórtico de la Ermita.

Y á penas se hizo de día, enderezó sus pasos á casa de Petra y Lucila.

Las huérfanas, como toda la gente de campo, se levantaban al amanecer.

No estaba todavía la puerta de la casa de las huérfanas abierta, y Tomás no quiso llamar.



Esperó.

La espera no pasó de media hora. Petra fué la primera en salir de la casa, y al ver á su primo manifestó gran sorpresa.

—¿Tú aquí, Tomasín? le dijo con algún desabrimiento; ¿no fuiste á las *Ceibas* con una moza? Las *Ceibas* duran muchos días.

—He ido durante unas horas, y, en verdad, te digo que no sé si sentirlo ó si alegrarme.

—Tú lo sabrás; ¿no te gustó la moza y la dejaste?

—A mí sólo me gustaba una y con ella no fui.....

—Te gustaba sólo una, y fuiste con otra.....

—Comprometiéronme.....

—¡Miren qué rapacín para engañarlo!....

A este punto llegaba la conversación cuando se presentó Lucila. Tenía los ojos hinchados de haber llorado mucho.

Miró á su primo con algún enfado y dijo:

—No creía volverte á ver.....

—Y yo no creía que tú pudieras engañarme.....

—Yo no engaño á nadie; hombres como tú son los engañadores.....

—Estáis en la calle, dijo Petra; si Tomásín quiere marchar, que se vaya, y si habeis de seguir hablando, mejor será que paseis dentro.

El consejo de Petra era prudente, y Tomás y Lucila entraron en la casa, prosiguiendo en la cocina la interrumpida conversación.

—Yo te quería con toda mi alma, decía Tomás.

—Y vas con otra que no soy yo á las *Ceibas*.

—Ella cogióme del brazo, y aunque seguí, nunca tuve la idea de continuar ni horas con ella, y, al fin, ya lo veis, regreso.....

—Después de una noche.....

—He pasado la noche junto á la Ermita.....

—¿Rezando á la Virgen?

—No queriéndome convencer de tu traición.

—No es verdad.

—Festéjate un mozo y sales á la ventana y habla contigo por la noche.

—No es verdad.

—Yo lo he visto.

—Tú no lo viste.....

—No soy ciego.

—Pero eres tonto. Yo no salí de mi aldea, yo no corrí mundo como tú, y adivino lo que ha pasado.....

—¿No es verdad que yo ví un mozo hablando contigo en la ventana?

—No, no es verdad. Tu pareja en las *Ceibas* era Colasina, porque no podía ser otra, y ahora veo yo más claro que tu viste. Estaba yo muy celosa, no podía sosegar, y estuve observando sin acabar de cerrar la ventana. Ya no tengo duda

de lo que ha ocurrido; ví llegar á Colasina ya tarde á su casa, y me puse muy contenta; pero seguí observando, y al poco tiempo ví salir otra vez á Colasina, vestida de hombre; debieran ser las que llevaba ropas de su padre, porque no hay en su casa más hombre que su padre..... Después sentí ruido en mi ventana y cerré..... por si alguna duda pudo quedarme; cuando después abrí con precaución la madera, en los ladrillos del saliente hallé una peña que conozco bien.....

A medida que Lucila iba refiriendo estas cosas, sentía Tomás ensancharse su corazón.

Empezó á reflexionar: recordó que Colasina le propuso marchar ella primeramente á su casa, que al descender el fingido mozo de la ventana corría precipitadamente sin que pudiera darle alcance, que después tardó algún tiempo en salirle al encuentro, y recordó, por fin, que por algo llamarían *La Venenosa* en su pueblo á Colasina.

—Observando Lucila la perplejidad de su primo,

—¿Te convences? le preguntó:

—Sí, sí, que convencióme, contestó Tomás, y en tono suplicante añadió:

—Te pido mil perdones; los celos son muy malos.....

—Lo sé, porque por tí los he pasado yo también.

—¿Y me perdonas?

—Te perdono.

—¿Volvemos pues á ser lo que antes éramos, y dentro de dos meses, si tú quieres, nos casamos?

—Eso ya no puede ser.

—¿No me quieres?

—Sí, que te quiero.

—¿Entonces?

—Como si no te quisiera; no he de casarme contigo.

—¡Lucila!

—No me casaré con ningún hombre que siendo mi novio, se vá con otra mujer á las *Ceibas*.

—Es que yo no he ido.....

—Para la gente, no cabe duda que fuiste.

—Pero tú sabes que no fuí.

—Y no me casaré con quien sin motivo ha desconfiado de mí.

—Olvidado todo.

—Todo tendré que olvidarlo.

—¿Y nos casaremos?

—He dicho que no.

—¿Quieres que me vaya desesperado?

—Haz lo que quieras.

—¿Es esa tu palabra última?

—No tengo más que una.

Y toda insistencia por parte de Tomasín fué inútil, tan inútil como la intervención de Petra en favor del primo.

Lucila se mostró intransigente, y dos días después Tomás salió para no volver, de casa de sus primas.

Lucila enfermó de modo alarmante.

Pero no se dió á partido.

Hay quien añade que murió de mal de amores.

Pero yo no sé más, y aquí termina mi cuento.

\* \* \*

—Así murió aquel amor dijo Gertrudis, preguntando si había gustado el cuento, y mostrándose satisfecha cuando todos los del Filandero la dijeron que les había interesado mucho.

Hubo después ronda de aguardiente y pan, y la velada concluyó á las doce próximamente.





## La paloma blanca.

---

En casa de Nemesín el madreñero no era menor el bullicio y animación extraordinaria la noche que se hizo en ella el Filandero; verdad es que Brígida, su mujer, gozaba del buen querer y aprecio de sus convecinos y esto contribuía mucho á que la concurrencia fuera grande á toda fiesta ó velada que se celebrara en su domicilio.

Los madreñeros, aunque pobres, no habian sufrido contradicciones de la vida y no tenían hijos que les dieran como á muchos padres veinte disgustos por cada satisfacción, circunstancias que hacían al matrimonio estar constantemente pre-dispuestos á cuanto tuviera por base algo de buen humor.

Aquella noche se presentaron los mozos á primera hora en el Filandero y se cambió el orden acostumbrado en aquellas tertulias: así que lo primero fué la libación del aguardiente y pan tierno que de buena voluntad y de su cochura del día puso Brígida, dividiéndose por convenio de todos la velada en dos secciones de baile, una después del aguardiente y la otra que había de verificarse después de que la dueña de la casa, que sabía muchos, refiriese un cuento.

Consumiendo el aguardiente y saboreando el pan estaban cuando, sin que pareciera el autor de la broma, se apagó la luz y se produjo en la tertulia gran confusión y algazara.

Afortunadamente para el pudor, la lumbre hacía buena llama y la obscuridad no fué tan completa como algunos mozos hubieran deseado; pero aun así no faltaron atrevimientos que no son del caso referir, ya que las que lo sufrieron no les dieron gran importancia.

Volvieron á encender la luz, cesaron las risas y los comentarios y frases picarescas, y Brígida, cumpliendo lo que había ofrecido, se puso en el centro de sus contertulios, y á la vez centro de la cocina precisamente, hizo almohadón de sus propios vestidos, sentándose á la moruna sobre las sayas y el refajo, y una vez que todos callaron, dijo:

—Mocicas y mozos, rapacines y rapazas, atención y ahí va palabra por palabra y como pasó el cuento de *La paloma blanca*:

—Erase que fué un señor rico y famoso que había sido favorito del Rey D. García Segundo y que vivió sólo en un castillo en lo alto de una montaña, donde él al salir sol daba su primer beso á la tierra.

No hubo mientras estuvo al servicio del Rey dama noble ni mujer plebeya que conmoviera su corazón.

Tenía el buen señor casi odio á las mujeres.

Estaba cerca de los sesenta y nadie, ni él mismo podía presumir que llegase ya para él un día en que cambiase de opinión,

Si no es pronto, es tarde; pero el hombre, como la mujer, no escapa sin pagar tributo al travieso niño que asatea los corazones de la humanidad.

Y ello fué también que un día que paseaba tranquilamente por los alrededores del Castillo el noble leonés en las últimas horas de la tarde, cuando parece que se incendia el cielo y el sol se dispone á esconderse y dormir entre nubes que le aprisionan para que reine la noche, topó en una senda, caminito de la aldea..... aldea no lejos de aquí, con una rapaza que conducía una vaquiña.

El caballero sintió al verla una emoción extraña, y la rapacina bajó al suelo la vista, ruborosa por la fljeza con que la miraba el viejo hidalgo.....

—¡Oh qué bella rapacina!, pensó el dueño del Castillo, y en voz alta, preguntó:

—¿Dónde camina la linda rapaza?

—A mi aldea, señor; ya es hora de volver á casa.

—¿Y vienes con frecuencia por estos sitios?

—Casi todos los días, señor; los de fiesta no, voy á misa por la mañana y voy al baile por la tarde.

—¡Ah! ¿te gusta bailar?

—¿No gustaba de bailar el señor cuando era joven?

—Nunca.



—¿Es malo?....

—De todo tiene.

—El cura no lo prohíbe.....

—¡Eres muy linda!

—No señor, soy fea.

—Y tienes fuego en los ojos.

—No digais eso..... con Dios quedad, señor, hácese tarde.

—¡Anda con El hermosa; con El y pensando en tí quedo yo.

La pícaro rapacina, le miró como á hurtadillas, sonrió picarescamente, arreó á la vaca que se había parado y siguió camino adelante hasta su aldea.

El caballero quedó hondamente preocupado, y al marchar á su Castillo, murmuraba:

—¡No, no, ¡atrás pensamiento; sería para mí una inmensa desgracia!... ¡Si hace muchos años la hubiera encontrado en mi camino!...

Don Rogelio de Quirós, que tal era el nombre del hidalgo leonés, no pudo conciliar el sueño.

Era el amanecer cuando logró, más que dormir, quedar en sosiego y como sumido en un letargo de manera que percibía cuando junto á él pasaba, sin que se diera cuenta de hallarse ó no dormido.

Y en el especial éxtasis en que se hallaba sintió un revoloteo, cuyo aire plácido, suave y perfumado, le hizo abrir los ojos.

Y su asombro fué grande: ventanas y puertas estaban cerradas, y junto á la cabecera de la cama, formando círculos en el aire, volaba una paloma blanca:

—No sueñas, no, dijo con voz clara y suave la palomita, soy el recuerdo de tu ilusión; una ráfaga de vida, un rayo de primavera, que alumbró tu alma..... tarde has despertado; pero has despertado: el amor es de Dios, sin amor no hay nada..... ¿quién sabe si la rapacina en que te has fijado corresponderá también á tus ansias; la hiedra vieja vé nacer plantas nuevas y á ellas se une, y á ellas se abraza, y por fin se unen unas y otras y llegan á vivir contentas y estrechamente abrazadas..... no pierdas la esperanza; el corazón es viejo: morirás y ella seguirá viviendo; pero en tanto, puede ser tu vida un paraíso de amor y de ventura, ¿qué importa que dure más ó menos? Si hay que llegar al fin, tanto dá llegar antes como después, siempre el camino es corto, y al llegar á la cúspide todos han de pensar lo mismo que los anteriores pensaron... Sé feliz los años que te restan... para ella todo es cuestión de acostumbrarse á la cara, y la impresión de las caras si el corazón responde al corazón, pasa pronto..... no desconfíes.....

Y la paloma blanca desapareció. El hidalgo D Rodolfo creyó ser víctima de una pesadilla.....

Aumentó la impresión, creyendo percibir otro ruido y viendo entre la obscuridad de las últimas sombras de la noche y los primeros resplandores del día unos ojos brillantes, y poco á poco distinguió la forma de un buho que, como la paloma, giraba junto á la cabecera de su cama, mientras con voz ronca le decía:



—¡Eres un insensato!... deja dormir tranquilamente tu alma y no te asomes á la boca del precipicio... estás próximo á la muerte, y ella, la rapacina en que has fijado demasiado tu atención, ha empezado á vivir, ¿cómo piensas que han de permanecer unidos y en amigable consorcio la vida y la muerte? ¡Mentecato!, bajo un techo de nieve, y eres tú la nieve, puede prenderse fuego, y el fuego sería ella; pero una vez en contacto el fuego se apaga y la nieve concluye..... con calma como viviste, podrás prolongar tu existencia; si pierdes la calma, la desesperación y el desengaño harán breves tus días.....

Y el bicho, como la paloma, desapareció de la vista del

hidalgo. D. Rodolfo no pudo resistir más; se alzó de la cama y abrió de par en par la ventana.

Una brisa perfumada de las flores del monte, llegó hasta él tranquilizando su espíritu:

—El buho habló sin duda, se decía después, á la razón, á mi pobre inteligencia, y por mi corazón habló la paloma..... ¡bendita sea la paloma!: el amor es loco; pero es loco que hace vivir otro mundo aunque con él la vida sea corta. Y el pobre hidalgo no podía sosegar esperando impaciente la hora de salir al campo en busca de la hermosa rapacina.

## II

La traviesa rapacina comprendió pronto el efecto que había causado en el ánimo del hidalgo del castillo, y se propuso interesarle más y más y así entretener el tiempo y conocer los efectos del amor, sin compromiso alguno por su parte.

Así, que al día siguiente no vaciló en volver á llevar la vaquiña para que pastase por los alrededores del castillo, cuidándose mucho ella de asear sus ropas y labarse bien la cara en el arroyo y atusarse después el pelo con cierta coquetería.

Serían las diez de la mañana cuando el hidalgo la distinguió á larga distancia, y ni perezoso ni corto de genio marchó resueltamente á su encuentro.

Ya junto á ella:

—Guárdete Dios, la dijo, guárdete Dios, linda rapacina, reina de la montaña; se alegra el campo con tu presencia y á tu vista los pájaros cantan y abren las flores sus cálices para saludarte.

—¡Qué cosas tan bonitas me decís, señor!, contestó la rapazuela ruborizándose y agradeciendo íntimamente aquellas lisonjeras frases.

—¿No tienes más hermanos?, la preguntó el caballero buscando tema para la conversación.

—Ni hermanos, ni hermanas tengo; vivo sola con mi madre.

—¿Teneis tierras?

—Tres pequeñinas: dos prados y una huerta.

Y con esta conversación indiferente, salpicada de una porción de pequeños detalles de interés nimio, la rapacina no tenía por qué bajar los ojos fijándolos en los del hidalgo que fueron pareciéndole brillantes y expresivos, y desapareciendo así poco á poco los efectos de la primera impresión.

Después el caballero, llevó la conversación donde los corazones ansiaban llevarla.

—¿Y eres así dichosa?, ¿no ambicionas nada?

—¿Por qué no serlo?

—Tu corazón, ¿no siente tampoco algo?, ¿no hay mozo ni hay rapaz que te diga cosas dulces?....

—Eso sí, dícenme muchas cosinas.

—Pero tú.....

—No he pensado en nada todavía; soy rapaza y no debo aún admitir rondas.....

—Pero alguno te gustará.....

—¡Señor!....

—Algún rapaz, algún mozo.....

—¡Qué maliciosín es el señor!.... Eso no se pregunta, y si se pregunta no se contesta.....

—¿Por qué?....

—No está bien que yo hable.....

—¡Claro!, conmigo no tienes confianza.....

—Por pícara que yo quisiera ser soy una palomita inocente que temo al buho.....

El caballero guardó silencio algún tiempo: había la rapaza hablado seguramente sin pensarlo de paloma y de buho, precisamente su pesadilla, el sueño que había creído tener al empezar el día.....

La pastorcilla le miraba cada vez con más resolución, con menos miedo y de vez en cuando le sonreía; el hidalgo sentíase cada vez más emocionado.....

—Es la hora de comer la dijo; tu no tendrás viandas.

—Sí que las tengo: pan moreno y leche de la vaca y manteca; todo lo que necesito.

—El castillo no está lejos de aquí ¿por qué no vienes conmigo?

—Lo estimo, señor; pero eso no puede ser.....

—¿Por qué?

—Porque me habeis dicho muchas cosas, yo no estaría tranquila y la gente murmuraría: marchad en buena hora, ya que es la de vuestra costumbre; yo por aquí estaré hasta la caída de la tarde.

No le pareció al caballero poco por aquel día; no debía insistir más en su proposición, aunque fuera ó no á renunciar más adelante á su proyecto; y no sin tener que hacer un gran esfuerzo de voluntad, se fué al Castillo, donde una vieja dueña encargada de preparar las comidas estaba impaciente y recelosa esperando su regreso.

Al ir á entrar por el ancho portón, ya no era sueño; salió volando una paloma blanca que le dió con las alas en el hombro, y poco después un buho que tropezó en su cabeza.

D. Rodolfo no pudo comer tranquilo; se reproducía el sueño; la paloma llamaba en su corazón; el buho quería hacerle prudente y reflexivo.

Llamó á la dueña para que le sirviera, y en vez de la vieja sirvienta, apareció ante sus ojos una lujosa dama vestida como aquellas que vió en sus mocedades en el palacio del Rey D. García.

Era para volverse loco, si ya no lo estaba ó si no vivía en un sueño continuo.

Y avanzó la dama llevando en vasijas de plata la comida del señor:

—¿Quién sois?, dijo aturdido el hidalgo.

—Vuestra esclava, señor; comed, reponed vuestras fuerzas, que tiempo teneis de volver donde la rapaza espera.....

—Pero ¿es que os habeis transformado?

—Como vos, señor.

—¿Sois, pues, mi dueña, la encargada de mi servicio doméstico?

—Así es, señor; quiero seros agradable y quiero vivir; eso es todo.

El hidalgo, con la cabeza baja, no supo ni qué contestar. Al fin alzó la vista y halló ante sí la vieja dueña que le invitaba para que comiese.

Indudablemente había vuelto á soñar despierto.

La elegante dama del palacio del Rey, había desaparecido.

Vieja, fea y un tanto desaseada, era la mujer que tenía delante.

Soñaba ó había sido la dama de antes una ofuscación de su pensamiento.

Meditando así, se tranquilizó.

Comió frugalmente y salió del Castillo para ir en busca de la rapaza.

Al salir voló un rato encima y junto á él la paloma blanca.

El buho no apareció.

La razón se nublaba.

Triunfaba el sentimiento; ganaba la batalla el corazón.

### III

Pasaron muchos días; los días formaron meses; al cielo azul diáfano substituyó un firmamento plomizo con nubes que impedían el paso del sol, y á la verde alfombra de los campos substituyó una espesa capa de nieve que hacía intransitables veredas y caminos, y dejaba sin pastos al ganado.

La rapacina suspendió sus excursiones con la vaca por los alrededores del Castillo.

Pero no por eso dejaba de pensar en el hidalgo.

Ya no reparaba en la edad avanzada del caballero; su tierno y puro corazón habíase interesado de verdad en lo que para ella empezó por una broma y habíase, poco á poco, convertido en loca pasión de amores.

Era el despertar de un alma, y para el alma, la noción de tiempo, por ser ella inmortal, no existe.

También junto á ella todos los días, al amanecer, revoloteaba una paloma blanca, y la palomita se acercaba con el pico hasta su boca, rozaba con sus alas en el pecho de la zagala, y desaparecía.

D. Rodolfo no podía vivir sin la rapaza.

Un día, sin más consejero que su propio corazón y guiado por la palomita blanca, se decidió á llegar al pueblecillo en que vivía la bella pastorcilla.

Y se presentó en aquella humilde vivienda pretextando haberse extraviado en la senda queriendo regresar á su castillo.

Rosina, que ya es tiempo de que sepamos el nombre de la joven, no manifestó sorpresa y sí gran alegría al ver al hidalgo; su corazón lo esperaba y la palomita blanca anunció días antes la visita del señor del castillo.

A la madre de Rosina no se le ocurrió poner en duda la excusa del noble señor; había entrado en su casa, porque su casa era de las primeras que podía encontrar un caminante que llegase á su aldea, y de buena fe y no menos buena voluntad, dijo al caballero:

—Estareis cansado, señor, y aunque solo lumbre y leche podemos ofreceros, pasad si quereis honrar con vuestra presencia esta pobre choza.

No deseaba otra cosa el caballero. ¿A qué si no había llegado allí desafiando el temporal y pisando nieve?

Y la madre de Rosina, después de hacer sentar al hidalgo junto al fogón de la cocina y hacer que su hija cuidase de la lumbre, salió por más leña...

—Gracias, señor, dijo Rosina oprimiendo con la suya la mano del caballero.

—¿No te desagrada que haya venido á verte?

—Todo lo contrario...

—¿Acaso me quieres?

—Sí, sí, mucho.

No pudieron hablar más.

La madre de Rosina se presentó en seguida llevando bajo el brazo un haz de leña.

—Sois un verdadero ángel de caridad, amiga mía, la dijo el caballero.

—Cumpló un deber cristiano y nada más; vos lo sabreis mejor que yo: «dar posada al peregrino».

—¿Y vos y vuestra hija vivís aquí solas?—preguntó el caballero.

—Así es, señor.

En aquel momento se fijó la mujer que había en la parte alta de la cocina, junto al techo, un buho de gran tamaño, y llamando la atención de su huésped para que también lo viese, dijo:

—Pero ¿por dónde habrá entrado esa maldita lechuza?

—No es lechuza, es buho.

—¿Qué más da? Voy á ver si con un palo le aplasto la cabeza.

Y, en efecto, cogió del rincón una vara intentando alcanzar al ave nocturna.

Graznó el buho; parecía echar fuego por los ojos y el palo no le alcanzaba nunca.

Por fin, la madre de Rosina, encolerizada, se dispuso á reñir una batalla con el buho abriendo la ventana para que saliese el animalucho que al fin salió, entrando la paloma blanca que después de un vuelo alrededor de la cocina salió también cerrando Rosina las maderas de la ventana.

—Como no tienen nada que comer en el campo y todo está cubierto de nieve, acuden á las casas todas las noches acosados por el hambre, decía la buena mujer.

—Eso es sin duda, contestó el hidalgo, y siguió después:

—Decíais que vivís sola con vuestra hija, y seguramente no contais con grandes medios de fortuna.

—Así es, señor; pero somos felices con nuestra pobreza.

—¿Permitís que os haga una proposición?

—Hablad.

—Yo vivo solo con una dueña en un castillo que hay no lejos de aquí.

—¿Sois, pues, el señor del castillo del diamante?

—Sí que lo soy.

—¿Y bien?

—Que allí hay casa para todos y establo para las vacas y provisiones de boca.

—¡Señor!....

—Os daría, además, tierras en que trabajar, aperos para el trabajo y dinero para empezar vuestro nuevo acomodo.....

—¿Y qué renta habríamos de pagar?

—Ninguna, que bien pagado estaría yo con no vivir tan solo.....

—¿Y qué haríamos de mi casa?

—Cerrarla para cuando quisiérais venir.

—¿Y de nuestras tierrecitas?

—Cederlas con cuenta y razón á quien las trabajase.

—¿Y la vaca?

—Llevarla con nosotros al castillo.

—¿Y no murmurarían? Yo no soy vieja, no pasé de los treinta y cinco, y dicen, perdonad, que no soy mal parecida.

—Despreciad lo que digan, si algo dijeran.....

—¡Oh, no, no!

—Ved que soy yo el agraciado.

—¿Y tendríamos aparte de los vuestros, lugares en que vivir?

—Ya dije que hay allí casa para todos.....

—Reparad primero vuestras fuerzas si ya habeis dominado el frío; ya veremos, ya veremos: sirve Rosina una jarra de leche al caballero..... Rosina obedeció en silencio; pero tenía que hacer grandes esfuerzos para que no se advirtiera su emoción.

Como pudieron: improvisando cama en el suelo y junto á la lumbre acomodaron al señor, y ellas, Rosina y su madre se fueron á dormir sobre paja, en el establo junto á la vaca; no tenían más habitaciones que la cocina, una despensa, el establo y la tenada, y la tenada estaba demasiado fría.

#### IV

Terrible noche pasó D. Rogelio; cuando pensando en su probable felicidad entornaba los ojos y sueño apacible parecía cobijarle con sus alas, se le apareció el maldito buho murmurando á su oído:

—Habrá que llevarte á la fuerza, como es preciso llevar á

los que carecen de razón, ¿quién más loco que tú? Quieres llevar á tu casa á esa inocente niña y hacer de gavilán apodeándose de su víctima: no has visto que la madre también es joven y es guapa, que puede pronto apercebirse de lo que ocurre, y lo que sería peor para ella, sentir envidia de su hija, y de cualquier modo, revelarse contra el orden de cosas que tú tratas de poner..... no has visto que á tu servicio hay una dueña, señora que dispone del menaje doméstico y que las mujeres viejas ó jóvenes no toleran competencias de tal índole..... vivías en paz y quieres fabricar un infierno en el Castillo..... yo lo impediré ¡pobre insensato!.... no soy yo quien tú ves, yo soy tu propia razón.....

Y el buho, sin esperar respuesta, desapareció de la vista del hidalgo.

Seguidamente, y al parecer dormido, percibió notas de singular armonía, y apareció ante su imaginación una linda pradera de flores; en el centro, como un trono y entre gasas y nubes transparentes, la figura de una bellísima mujer á cuyo alrededor estaba su corte, serie de preciosa ninfas.

En un momento en que las suaves melodías cesaron, la reina de aquella corte de amor, habló así al hidalgo:

—Avanza y no tengas miedo: nunca el hombre, si su corazón sabe sentir, es viejo: aquí los goces son puros, porque son goces del espíritu, ¿por qué no has de poder ser feliz?, la que tú elijas de mi corte de amor sabrá, no lo dudes, hacerte dichoso, porque á tí, solo á tí habrá de consagrarse, prescindiendo de realismos que pasan como pasan las nubes frente al sol, amortiguando para la tierra su luz durante algún breve tiempo..... van las ninfas á cantar y danzar en tu obsequio.....

Y junto al hidalgo pasaban y se desvanecían las bellas figuras; la música cesaba, los vividos colores desaparecían y poco á poco la inteligencia que pudo estar perturbada recobró su imperio; y en la cocina, casi á media luz, entre la llama de la leña que chisporroteaba y la del alba que penetraba por la ventana, pudo ver D. Rodolfo la blanca paloma que avivaba sus antes dormidas ilusiones.

Dos días después de lo que os cuento, Rosina y su madre se hallaban instaladas en habitaciones de la planta baja del Castillo.

La dueña no disimulaba su mal humor y á cada momento procuraba molestarlas con frases insultantes.

—No habeis debido de pensarlo mucho, decía con desabrimiento á la madre: los señores de alguna edad como el mío son caprichosos y reparan poco en las conveniencias con tal de satisfacer sus gustos: una rapaza de cara bella y dieciséis abriles es manjar delicado para un paladar como el suyo, y encontrando una madre poco reparosa, se consigue todo.....

—¿Qué me quereis decir?

—Que sois vos, la que viene á traer á D. Rodolfo el apetecido manjar, vuestra hija que ciertamente es muy linda.

—¿Es qué podeis pensar?....

—Yo nada tengo que pensar, puesto que lo veo.....

—No sois buena.....

—Mejor que vos.

Interrumpió la conversación de las dos mujeres la presencia del hidalgo que adivinando sin duda lo que ocurría miró con marcada indignación á la dueña.

—¿Y bien, de qué hablabais? preguntó.

—Nada, señor, nada, contestó la dueña, trataba de imponer de vuestras costumbres á esta mujer.

— Mejor será que no deis informes que no se os piden.

La dueña bajó los ojos y no contestó.

Rosina no estaba en el Castillo.

Había salido muy de mañana con su inseparable compañera, la vaca que pastaba junto al Valle.

Don Rodolfo salió del Castillo, volviendo á quedar solas la dueña y la madre de Rosina.

Honda fué la emoción y grande fué la sorpresa de la pobre mujer cuando al mirar al sitio en que momentos antes se hallaba la dueña con la que había sostenido conversación, contempló la figura de una dama elegante y altiva que la dijo:

—Ya irás viendo quien soy yo, miserable plebeya: recoge

á tu hija que aquí está en peligro y marchad las dos lejos de aquí.

—Así lo haré señora y os agradezco el consejo.

Y apenas avanzó unos pasos para salir de la cocina y en el momento de dar la espalda á la lujosa dama, revoloteó la paloma blanca, desapareciendo la dueña: la paloma se puso delante de la madre de Rosina y dijo con dulce voz:

—Te ha engañado esa bruja: tienes la felicidad á tu disposición; no la desprecies. El caballero dueño del Castillo es noble de sentimientos como lo es de nacimiento: yo velo por tí, nada temas. Lejos de aquí tu hija se moriría pronto de pena: está enamorada, con ceguedad enamorada, del caballero, y el caballero la quiere con delirio, sin que para ella tenga ningún mal pensamiento; déjalos que sean felices. Blasa, que tal era el nombre de la madre de Rosina, estaba verdaderamente absorta oyendo hablar á la paloma blanca.

¿Rosina enamorada de hombre de tanta edad?

Además, lo de la transformación de la dueña y el hablar de la paloma, ¿no era cosa de brujas y encantamiento?

Estaba resuelta, lo juzgaba preciso, á dejar el Castillo y volver á su aldea y decirle al Sr. Cura lo que le había ocurrido, porque todo aquello debía ser cosa del diablo.

## V

En tanto que pasaban en el Castillo las cosas que van dichas, Rosina estaba con su vaca cerca de una fuente y no lejos de la casa.

Pensaba en D. Rodolfo, y no dejaba de sentir tristeza viendo que no salía el caballero á su encuentro.

Y ocurrió una cosa rara.

Cuando con más insistencia pensaba en el hidalgo, apareció en el espacio á gran altura, y poco á poco fué llegando donde la vaca y ella estaban, la paloma blanca que había visto otras veces.

Revoloteó por el aire, y sin posar en el suelo la palomita se colocó sobre la cabeza de la vaca, bajó el pico hasta la

oreja del animal, permaneciendo así algún tiempo, y después volvió á elevarse por el espacio hasta perderse de vista.

¿Qué podría significar aquello? A Rosina no le ofrecía duda que había un misterio que no podía ella descifrar, en lo que había observado.

Convencida que no estaba para sus alcances dar con la clave del enigma, no tardó en abandonar aquél y volver á su pensamiento constante, al amor que había logrado inspirarle su viejo hidalgo.

Llegó un momento en que Rosina sintió sed, y trató de beber en la fuente de agua transparente y cristalina que tenía cerca.

Acostumbrada siempre al campo, no necesitaba tener á su alcance vaso ni otra vasija ó recipiente para beber agua, y se inclinó sobre el manantial para satisfacer la sed.

La vaca, suavemente, y como haciéndola una caricia, la separó de la fuente sin dejarla beber.

Rosina separó suavemente á la vaca é insistió en su propósito; la vaca volvió á quitarla del manantial, dándola con el hocico.

Y así ocurrió cinco ó seis veces, sin que Rosina consiguiera beber, porque ya la vaca parecía disponerse á embestirla.

Apreciando el tiempo por el curso de los astros, eran próximamente las once de la mañana cuando ante Rosina se presentó el caballero.

Rosina dió un salto, y reflejando en su rostro infantil alegría, salió al encuentro del caballero.

—¿Por qué habeis tardado tanto?, le dijo con dulce reproche; os esperaba impaciente.

—Soy feliz, Rosina de mi alma, oyéndote hablar así.

—No soy yo, señor, es mi corazón el que habla; podríais ser padre de mi madre y yo vuestra nieta, y sin embargo no es mi afecto para vos el de la gratitud por vuestros agasajos y el respeto por vuestros años; es algo más que no puedo explicarme; no me gustan los mozos que me festejan; sois vos quien me preocupa.....

D. Rodolfo no apartaba sus ojos de los ojos de la rapaza; sentíase rejuvenecido y enamorado.

Rosina le contó después lo que había ocurrido con la paloma blanca y como ella, muerta de sed, no podía satisfacer aquella necesidad porque la vaca se lo impedía cuantas veces lo intentaba.

—Casualidad, sin duda, dijo el caballero; no es bueno sufrir sed; conmigo llevo siempre un vaso de campo; toma y bebe y yo beberé también después que tú bebas.

Y así diciendo, sacó de uno de los bolsillos de su amplio chaquetón un pequeño vaso de plata que entregó á Rosina, y ésta, con él en la mano, se dirigió á la fuente; pero la vaca corrió junto á la rapaza, mugió con fuerza y se dispuso á impedir que bebiera.....

—Trae, trae, dijo el caballero; yo cogeré para tí el agua.

La vaca entonces se colocó frente al caballero y pareció quererle agredir.

—No se qué quiere decir ó qué puede pasarle á este animalito, dijo D. Rodolfo ¿estará este agua envenenada y creará salvarte impidiendo que bebas? De la misma fuente es la que llevan al Castillo y la que allí bebemos y ningún daño nos causa el agua.

Todavía no dándose por vencido el caballero, intentó dos ó tres veces coger agua de la fuente para ofrecérsela en el vaso á Rosina; pero la vaca lo impedía siempre, y ya era cosa de pensar lo que aquello pudiera ser.

Al caballero se le ocurrió una idea. Al otro lado y á poca distancia del sitio en que se hallaban, había un arroyo de agua corriente no menos pura ni peor que la del manantial.

—¿Quieres Rosina, dijo, que hagamos una prueba? ¿Quieres que vayamos á beber en el arroyo de los berros?

—Como vos queráis.

— Pues vamos allá, que la distancia es corta.

Y el caballero y la rapaza, seguidos de la vaca, fueron al arroyo, que como dicho queda, no estaba lejos.

El caballero se inclinó y llenó de agua el vaso.

La vaca permanecía quieta y algo más abajo bebió también.

Era, pues, indudable, que lo que la vaca quería decirles era que no bebiesen agua de aquella fuente, y esto debía relacionarse con el descenso de la paloma sobre la vaca.

Transcurrió la mañana y el caballero regresó al Castillo resuelto á no beber agua.

Y aquel día, ni por la tarde sucedió nada extraordinario.

La sospecha del hidalgo se aumentó cuando su servidora, la dueña le llevó según costumbre y colocó sobre la mesa el jarro de agua en bandeja de plata y vaso del mismo metal.

—Puedes retirarlo, la dijo D. Rodolfo: no bebo agua.

De modo imperceptible para el caballero la dueña rechinó los dientes; pero no retiró el servicio y lo dejó sobre la mesa.

Al anochecer de aquel mismo día, cuando ya la hija había regresado del campo y encerrado la vaca, después de pedir el correspondiente permiso, la madre de Rosina penetró en el cuarto del señor del Castillo.

—¿Y bien?, dijo éste.

—Vengo á deciros que Rosina y yo volveremos mañana temprano á nuestro pueblo y á nuestra casa.

—¿Cómo?, ¿me dejais?, ¿os hice algún daño?

—Ciertamente que no, y que solo motivos de gratitud debo tener para vos; pero pasan en el castillo cosas muy raras y que me infunden miedo..... un buho, una paloma y una dueña que tan pronto parece ser anciana respetable como joven altiva y además de altiva, insultante y peligrosa.....

—Algo fatal debía pesar sobre mí; pero ya no hay cuidado; de ningún modo debéis dejarme.....

—Hay señor otra razón más fuerte para mí: estais según parece prendado de mi rapaza.....

—¿Qué importaría si así fuera?

—Teneis muchos años y ella tiene muy pocos.....

—¿Y si los dos quisiéramos?.....

—Eso no puede ser y vuestro pensamiento no sería santo.

—Para el amor que siempre ha sido una noble locura, ni hay distancias, ni hay edades.

—No niego que vos llegaseis á enamoraros de mi rapaza; es bella, la hermosura gusta á todos; pero no está ella en el mismo caso.

—¿Quién sabe?, el fuego quema lo que halla junto á él; pero en fin, hemos de hablar después del asunto y en tanto desistid de la idea de abandonarme; os lo ruego.

La madre de Rosina consintió por fin en aplazar la resolución y á indicación de D. Rodolfo se llevó á la cocina el jarro de agua que la dueña dejó en el cuarto del señor.

En el pasillo esperaba impaciente la muchacha para conocer el resultado de la entrevista de su madre con el dueño del castillo.

—¿Nos vamos?, ¿seguiremos aquí?, la preguntó.

—Mañana, no; pero ya veremos si después..... ¿quieres tú que nos vayamos?

—No.....

—Hablaremos y voy, voy á dejar este jarro en la cocina; pero no estará mal que antes beba yo agua en jarro de plata.....

—No, no bebais.....

Y Rosina quitó el jarro de agua de las manos de su madre cuando ésta se disponía para beber, y ambas llegaron á la cocina.

La dueña estaba junto á la lumbre y al verlas, encarándose con la madre de Rosina, la dijo:

—¿Por fin habeis quitado el agua del cuarto del señor?

—Por que lo ha ordenado así él.

—¿Y si luego tiene sed?

—No es cuenta mía.

—Bien, pues dejad el jarro á mano por si alguna de nosotras siente sed; beberemos en vasija de plata y no todos los pobres podrían permitirse tal lujo: parece así bebida cosa distinta y de mejor gusto el agua.

—Puede ser.

—Pues á mí no me gusta el agua que se ha llevado y traído, y lo mejor será tirarla y coger otra si hace falta.

La dueña miró con ojos espantados á la rapaza.

Rosina, que ansiaba hacer una prueba, se paró sobre un banco, abrió el ventanal y arrojó el agua.

La madre y la hija percibieron claramente un rechinar de dientes, miraron al sitio en que la dueña estaba y su sorpresa fué grande..... sin que supieran por dónde, la dueña había desaparecido.

Ya solas y sentadas junto á la lumbre, Rosina no tuvo secretos para su madre; la refirió sus frecuentes encuentros con don Rodolfo, la impresión que había causado en su ánimo el hidalgo, la constante aparición del buho y la paloma blanca, que debían ser el mal ángel y el ángel bueno, y, por último, lo sucedido con la paloma y la vaca, y la tenacidad del noble animal para no dejarla beber agua de la fuente...

—Pero dime, dime, preguntó la madre á su hija, ¿tú quieres de verdad al señor?

—Le quiero mucho.

—¿Y serías capaz?....

—De todo, madre.....

—¿Y de casarte con él?....

—Ya lo creo que sí.

—Para tí es un viejo.

—Para mí es el amor.

—¿Será también el agua de la fuente?....

—No la bebo.

—Parece cosa de brujería.

—Las brujerías terminaron; le quiero y le quiero mucho.

Blasa quedó pensativa no atreviéndose á creer que su hija dijera verdad; pero ello es que no hallaba razones que pudiesen convencerla de que mintiera.

## VI

Pasaron dos meses.

A Blasa no se la volvió á ocurrir hablar del regreso á su aldea. Se hallaba muy contenta en el castillo, y aunque de León llegaron dos criadas y algunos servidores, ella era la que hacía y disponía en todos los menesteres domésticos.

Consentía en los amores del hidalgo con Rosina, porque habíala prometido el señor que se harían las cosas como Dios manda y la iglesia dispone.

Para que su tranquilidad fuera completa, no habían vuelto á parecer por el castillo la dueña, el buho ni la paloma.

Un día, no obstante, aparecieron los tres misteriosos seres; pero su aparición duró poco y se conocían las causas. Una de las nuevas servidas llevadas de León, cometió la imprudencia, no teniendo en cuenta las advertencias que á todas se



habían hecho, de llenar un cántaro de agua en la fuente próxima, en vez de haber cogido el agua en el arroyo que se la dijo, y cuando llegó al castillo se la ocurrió beber, apareciendo inmediatamente la maldita dueña y sintiéndose pronto el revoloteo del buho.

Rosina, ni torpe ni perezosa, tiró el cántaro de agua sin

perdonar la vasija, por una de las ventanas; y la dueña y el buho desaparecieron.

Advertido del caso D. Rodolfo, y para que no volviese á suceder, mandó cegar la fuente ocultándola de todos con una obra de piedra.

Así las cosas, y cada vez más enamorados el uno del otro, D. Rodolfo y Rosina, fué pasando el tiempo hasta que un día llegó al Castillo un virtuoso sacerdote que vivía en una gruta y que llevaba licencia del Sr. Obispo para que autorizara los desposorios de la campesina y el hidalgo, una vez que tuvo éste en su poder los documentos necesarios.

Y la boda se verificó sin que fueran al Castillo invitados ni más personal que los que vivían en él y algunos campesinos de los que trabajaban tierras del señor.

Y sucedió que al terminarse la ceremonia todos vieron en el techo una paloma blanca, y que después de haber dado con el pico en las cabezas del novio y de la novia, se fué sin saber por donde.....

D. Rodolfo hizo colocar en cada una de las cuatro torres del Castillo palomas de yeso, y debajo de cada torreón puso un palomar, con encargo de matar todas las que no fueran blancas.

No dice la historia cuánto tiempo vivió después D. Rodolfo, ni qué fué de Rosina.

Andando el tiempo, muchos años, tiraron ó se cayó el Castillo; pero aún siguen anidando en las paredes que se conservan las palomas blancas que empezaron á criar los esposos.....

—Y colorín colorao.....

Yo he contado lo que sé.

Dijo la narradora terminando así aquella noche la reunión del Filandero.





# LEON

Notas acerca de algunas de las antiguas costumbres de los pueblos de la montaña.

Armonizando la realidad con la fantasía, más completa parecerá esta modesta colección de cuentos, si junto á la invención del relato van algunas brevísimas noticias respecto á costumbres y lugares en que se supone haber ocurrido los hechos ideados para los sencillos enredos de las no menos sencillas relaciones que justifican el epigrafe del libro.

## Reino y provincia.—Antigüedad de las costumbres.

Historiadores de indiscutible autoridad y bien documentados á tal efecto dejaron perfectamente probado que, si bien es cierto que Pelayo en los comienzos de la Reconquista llegó con sus huestes á ser dueño de la importante plaza, no se tituló nunca el aguerrido monarca *Rey de León*; él y los que le sucedieron se denominaron *Reyes de Asturias*, siendo el primero en llamarse Rey de León D. García, hijo y sucesor, en esta parte del territorio conquistado, de Alfonso III el *Magno*; lo que quiere decir que, hasta entonces, á principios poco más de los años 910 al 911, no empezó en la Historia el Reino de León sobre la base y con mayor extensión del primitivo Reino de Asturias.

En fecha mucho más avanzada se supone las escenas de todos los cuentos referidos en el *Filandero*, cuya costumbre no se ha distinguido por completo, según se hace observar en la primera página de la presente obra; pero no está demás consignar este dato á título de curiosidad, porque cuando el autor supone las veladas ó reuniones en que se relatan los cuentos,

es ya en años poco lejanos del presente, cuando ya no hay en España reinos independientes y es León una de tantas de sus provincias.

Pero conviene advertir, y esto ya no es solo á título de curiosidad, que varias de las costumbres apuntadas en estos *Cuentos de la Montaña*, son de antigüedad tan remota que responden á la primitiva comunidad de aldea y otras aparecieron recogidas de usos y prácticas no escritas, en antiquísimas ordenanzas de Concejo reproducidas constantemente en sucesivas épocas, salvándose todavía algunas de la unidad legislativa por medio de convenciones ó contratos en los que se someten los vecinos de un pueblo á determinadas condiciones de convivencia social, y cuyas condiciones, sin que así se diga en el documento que todos firman, son precisamente las costumbres de cuya conservación se muestran resueltos partidarios; y esto sucede con la *rota*, la *vecera* y algunas otras que debieran acaso mantenerse de modo directo y claro en la legislación general vigente.

\*  
\* \*

La provincia de León forma parte de la zona septentrional de la Península Ibérica, y se halla situada entre los 12°4,30 y 43°6' de latitud Norte; los 0,56,30, 3°37, 39 de longitud horizontal desde el meridiano de Madrid, hallándose limitada por las de Oviedo, Santander, Valladolid, Palencia, Zamora, Orense y Lugo (todas comprendidas en los antiguos primeros reinos de Asturias y León). (1)....

Aunque con algunos modismos, se habla el castellano en toda la provincia; pero en los puntos próximos á la de Oviedo con algo de asturiano, empleando con frecuencia palabras completamente asturianas y del antiguo *fable*.

Como la provincia es, en realidad extensa, varias y hasta distintas en su origen de formación y á grandes distancias unas de otras las regiones limitadas con otras provincias, son

---

(1) *La provincia de León*, obra de los Sres. Contreras y Barthe.

diferentes sus costumbres y hasta sus trajes; en cuanto á éstos, excepción hecha de los *maragatos* de la región de Astorga, que son originales, los demás toman en más ó menos estilo de las otras provincias con que respectivamente limitan.

Dicen los Sres. Contreras y Barthe, que son leoneses y de cultura excepcional, que los trajes de las montañas son de los más aseados y cómodos y los describen así: «los hombres usan pantalón ó calzón, chaqueta y chaleco de paños del país; capa larga del mismo paño y sombrero ancho calañés; las mujeres rodadas largas ó zagalejas, dengue de paño con su extremidad de terciopelo, y en verano pañuelo de algodón ó seda; se peinan con un sólo atado hacia la parte del occipucio ó una especie de toca negra ó mantilla de paño largo ó de abrigo».

Tal es la descripción que de la indumentaria montañesa hacen los estimables autores que cito, y que según lo no hace mucho tiempo visto por el autor de esta obra, no resulta exacta; acaso se haya desterrado de allí esta indumentaria; ha visto si este modesto autor, pocas, no llegaron á seis, en algunos meses de su estancia en aquel país los sombreros; eran gorras, gorras de abrigo, peludas por dentro y viéndose por fuera la piel de que se hacen, y tanto como éstas ó en más número, boinas; lo mismo le sucedió con las capas, que algunas vió también; pero no como nota dominante; y en cuanto al resto del traje masculino nada ó poco es lo que se diferencia de lo que usan otras provincias y singularmente los habitantes de pueblos de Castilla.

Más acertados están sin duda los cultos autores describiendo la indumentaria femenina; pero, sin duda, escogieron para modelo de su reseña una mujer en día de fiesta, y aun así es fácil que no se ajustaran completamente á la verdad: la mayor parte de las que vió el autor de este libro por aquellas tierras, llevaban falda sencilla de paño fuerte durante la invernada y de telas ligeras en el verano, aunque hay muchas que no distinguen ó no pueden para esto distinguir una y otra estación, y en lo general jubón ó corpiño de telas de lana ó percal, según las estaciones, cruzándose por

encima de los hombros á la cintura pañuelos de los llamados de talle de lana ó algodón, sin que aquí se niegue que también llevan dengues con remates de terciopelo; las faldas que se dice, sin que sean largas, no son cortas, porque rara es la mujer que allí enseña nada más arriba del tobillo, y por lo común se cubren casi completamente la cara con pañuelos oscuros ó blancos que, á pesar de llevarlos sueltos, de tal modo se los saben colocar, que sólo siendo el aire fuerte dejan el rostro al descubierto.

Hay que admirar en aquellas sencillas y ruborosas mujeres una particularidad que para su elogio está bien decir: ellas son las que labran la tierra, las que aran, las que siembran, las que siegan, las que hacen, en fin, todas las faenas del campo, y á tal extremo, que no es raro verlas conducir la yunta, mientras el marido cuida en el pequeño prado de la vaca, que, de modo especial, merece la atención del matrimonio á quien pertenece; en aquel campo constantemente lleno de humedad y hasta convertido en barrizales trabajan, y no obstante su labor de arado y siembra, se las vé de tal modo, que no parece que se dedican á tan ruda tarea; ni su rostro, ni sus manos están sucias; limpias y aseadas se presentan en el campo á cualquier hora que se las observe, como si acabaran de arreglarse para salir á la calle, y ni siquiera se manchan las faldas, que según va dicho, no son de las que propiamente hablando pueden llamarse faldas cortas.

\*  
\* \*

Contra lo que algunos afirman, tal vez fijándose sólo en alguna pequeña extensión del terreno y en lugares determinados, apreciada en conjunto la provincia de León es rica en los llanos y proximidades de la de Valladolid en la producción de cereales; y ya más dentro, y hacia la montaña, por su ganadería, por sus minas, singularmente las de carbón mineral, que son muchas, y por su arbolado; las leches y mantecas de vaca constituyen especialidad muy apreciada dentro del país, y mucho más todavía fuera de la provincia, á pesar de no

haber sido aquellos montañeses activos para el fomento de su industria ni en la busca de mercados donde podrían colocar sus productos en condiciones ventajosas: se contentan con el terrible «ir pasando», con poco número de reses y no grandes parcelas de terreno; y por esta falta de iniciativas y de actividad, fenómeno reflejo de causas generales, no están allí las industrias en el apogeo que debieran estar, ya que tienen para ello el principal elemento que son las riquezas naturales fácilmente asequibles para todos; sin embargo, y aparte de algunas, muy pocas de la capital, donde ya se vive á la moderna, y de las minas de carbón en explotación actualmente y que pudieran ser muchas más, porque de continuo se descubren yacimientos de importancia y otros ya denunciados no están en explotación, no deja de haber en la provincia algunas fábricas..... El comercio apreciado en conjunto también es raquítico, y aun por esta razón en muchos pueblos están justificadas las ferias y mercados en días fijos.

Dada la extensión de la provincia, nada tiene de particular que sea vario y distinto de un punto á otro su clima; pero en la mayor parte de la región molesta el calor poco, y en las montañas y cerca de las montañas, llueve con frecuencia, y tan persistente y extremado es el frío, que la nieve en algunos puntos dura casi todo el año; y no obstante son sanos los pequeños pueblos condenados á tal rigor, y á ellos acuden los que han menester aires puros con los que consiguen restablecer y gozar salud que no hallan en otra parte.

### Los Concejos.

Como en remotos tiempos, todavía el Concejo, el común de vecinos en muchas aldeas leonesas limitan la propiedad individual, el derecho de esta propiedad en beneficio de todos, tal sucede con la prohibición contenida en varias antiguas Ordenanzas, disponiendo que, levantado el fruto de las fincas, y aun sin haberlo levantado, si no lo hace dentro del término que se fija y anuncia, no puede el dueño de

estos terrenos meter en ellos sus propios ganados; la imposición de la clase de semillas que ha de poder utilizar el mismo dueño en su tierra; la determinación de animales domésticos ó destinados al consumo que ha de reservar el dueño de tales animales; la de poder penetrar ganados á dormir en albergue de propiedad de forasteros los que se les imponen limitaciones de su derecho de propietarios y contra quienes todavía no se ha extinguido cierto espíritu de hostilidad cuando tratan de fijar su vecindad en alguno de aquellos pueblos ó buscar mujer con la que contraer matrimonio; y se hacen por costumbre aun en algunas aldeas del confín de la provincia, cerca de la de Asturias, ceremonias que siguen al casamiento con las que quiere darse á entender que la entrega de la mujer al marido, es como la cesión en venta ó merced de una cosa común, propia del pueblo.

A título de curiosidad, para saber hasta qué punto la comunidad de aldea fué un hecho indudable durante siglos en los pueblos de la montaña de León, teniendo tal modo de vivir por origen algunas de sus costumbres y por tratarse de aldea que prácticamente subsiste y vive como hace varios siglos, conservando su primitivo carácter, reproduzco aquí párrafos de una obra hace pocos años publicada por su autor D. Eduardo Alvarez, fiscal municipal de la Pola de Gordon, libro titulado *Aventuras de Gameu*, y que si no es modelo de literatura no deja de contener algunos datos interesantes:

«Esta pequeña aldea de La Ben está situada como un nido de pájaros en medio de bosques»...

El autor no fija de modo concreto el sitio en que se halla situada; pero yo la he visto á larga distancia desde lo alto del Puerto de Pajares, más allá de aquellas gigantes sierras que dividen las provincias de León y Asturias.

«Cuando algún cazador llega á la aldea es obsequiado con leche, pues es costumbre entre los aldeanos el que disfrute de la fineza que cada uno debe hacerle»...

«Cuando algún viajero ú otros pastores pasan con dirección á Asturias, pues este es el camino, se reúnen todos los vaqueiros y le obsequian del mejor modo posible; si es joven, hacen

un baile en su honor escogiendo para ello el local más apropiado»...

«En tiempo de invierno, cuando las noches son largas, organizan veladas, una noche en cada casa con el fin de no ser tan gravoso á uno solo»...

«Durante las veladas las mujeres se ocupan en hilar, tejer medias con lanas del mismo país; y los hombres hacen castañuelas, cucharas, y también hacen abarcas».

Todo esto último es en realidad *El Filandero*, subsistente también en otros pueblos, según va expresado y descrito en esta obra.

Pero en La Ben hay que observar otras particularidades determinantes de su convivencia social á modo de comunidad de aldea: los pastos de las fincas y de los Puertos son comunes y todos tienen igual derecho á disfrutarles: la guarda de los ganados es servicio que todos por igual han de prestar por días ó por semanas: las bodas son como cosa de familia para todos y todos toman parte directa en preparativos y festejos: si alguno está enfermo, ni de día ni de noche deja de estar acompañado por sus convecinos, etc., etc.

\*  
\* \*

No ha penetrado todavía en una parte de la provincia de León el régimen municipal; no se habla en varios pueblos, singularmente los de la montaña del Ayuntamiento; sigue hablándose del Concejo, que es de origen prehistórico y que más ampliamente organizado menciona el *Fuero-Juzgo*, código de los godos, y bien merece tan interesante punto una nota que para evitar nuevo estudio copio de otro libro mío inédito, al que hacen referencia algunas citas en los *Cuentos de la Montaña...* «y como en los primeros tiempos de la Reconquista y bastante después se observaban las antiguas costumbres y las disposiciones del *Fuero-Juzgo*, era el Concejo en Asturias y León hasta bien entrado el siglo XI lo que pudo ser y fué en la dominación romana, sin el verdadero carácter que toma desde el derecho foral en adelante: «tener concejo», «hacer

concejo», «reunirse en concejo», se lee muchas veces en las Ordenanzas locales, lo que quiere decir que Concejo era funcionamiento, manera de proceder, acción pública de un organismo, más bien que organismo en sí de carácter permanente; un poder social, expresión de fuerza colectiva, sin que por el hecho de ser uno solo ó de agruparse varios, para formarle, unos á otros pueblos, pierdan aquellos antiquísimos Concejos su origen y procedimientos de comunidad de aldea».

«En la Edad Media los Concejos aparecen más perfeccionados, son importante representación del estado llano en oposición y en lucha muchas veces con las clases privilegiadas, y de revuelta y enérgica protesta contra manifestaciones del feudalismo, que si llegó á existir en pueblos de la provincia de León, debió ser en muy pequeña parte y en el interior, no en las montañas divisisorias de Asturias y León.»

«Ancianos con quienes conversé en Huertas de Gordon, me hablaron de una piedra que habían visto colocada en la pequeña plaza de su aldea, símbolo de rollo y horca, por lo que entendían que en lo antiguo el señor de Huergas lo sería de horca y cuchillo, si bien aquella piedra podía también significar únicamente la facultad de administrar justicia, y esto no afirma necesariamente el poderío feudal.»

«No eran lo mismo ni pasaron las cosas de igual manera en toda la región leonesa, en lo que se refiere al desenvolvimiento y funcionamiento de los Concejos, porque diferentes eran también los caracteres y las costumbres en los diferentes puntos de la región; los mismos accidentes del terreno marcaron diferencias entre unos y otros habitantes del antiguo reino de León, juntamente con las de clima y elementos de producción natural, y hasta los hechos históricos determinaron en unos y otros maneras distintas de convivencia social; en la parte Sur de la provincia, como hacen notar los Sres. Contreras y Barthe en su pequeña y bien escrita obra, son las costumbres idénticas á las de Castilla, las de Villafranca del Bierzo, y copio todo esto de lo que tan distinguidos publicistas dicen y algo de mi propia observación, parecidas á las de Galicia; las de los partidos judiciales de Murias de Paredes,

La Vecilla y Riaño, similares á las de Asturias; y participando de todas ellas, las del Centro.»

«Para mejor entender esto, hay que considerar la provincia dividida en tres regiones, como hacen varios autores: región montañosa, región de las riberas y región de la tierra llana.»

«Dadas las diferencias nacidas principalmente de los límites naturales, diversidad de origen, de carácter, de clima y producciones, y las distancias de unas á otras regiones, los Concejos, manifestación de la vida municipal y expresión á la vez de uno de los elementos sociales, no eran ni podían ser iguales, aunque con análoga tendencia y la misma naturaleza jurídica en la manera de formarse y proceder, y según los grados de independencia que cada uno de ellos lograra recabar y mantener.»

«En mi deseo de conocer una parte de la región montañosa, la de las Tercias del camino, ni en obras publicadas que consulté, ni en informaciones que traté de procurarme fuera de la Biblioteca provincial, hallé la explicación que buscaba: autores y otras personas ilustradas que no son publicistas hablaban de la *Mediana* y de la *Tercia*, preguntando yo sin obtener respuesta satisfactoria por la *primera* de la región, ya que solo se decía la Mediana y la Tercia, no obstante lo que después de la lectura de varias Ordenanzas locales podía deducirse: deseaba términos más concretos y más claros.»

«D. Nicanor Rodríguez, Secretario del Ayuntamiento de Rodiezmo, aclaró mis dudas enviándome datos precisos respecto al particular y algunos otros extremos que remarcaban el tipo jurídico de aquellos Concejos, y cuyas noticias, suprimiendo varias que no son del caso del momento y que dejo para otro lugar, porque no dejan también de ser interesantes son las siguientes:

«*Los Ayuntamientos de Valdelugeros, Carmenes y Rodiezmo formaban los tres tercios que denominaban LOS ARGUELLOS, y estos Ayuntamientos tenían ciertos privilegios y también constituían mancomunidad para ciertos servicios: como insignias tenían una porra de oro, y no sé qué otras cosas que,*

*usaban cuando se reunían para tratar de los asuntos comunes á ellos... lo único que sé, es que las reuniones se verificaban en Carmenes, sin duda por ser el Centro de los tres pueblos, que se distinguían también por Mediana y Tercia.*

«No está demás advertir que á cada uno de estos pueblos van unidos otros que forman parte de sus respectivos Concejos».

«Por informes que adquirí en pueblos pertenecientes al Concejo de Carmenes, y singularmente de un ilustrado sacerdote, cuyo nombre, por ruego suyo y promesa mía no revelo, pueden completar la información del Secretario de Rodiezmo.

«Con la porra de oro guardaban unas argollas del mismo metal, y más que insignias de Concejo eran símbolo del castigo que las Justicias aplicaban á los delincuentes; y si esto es así, demuestra que aquellos Concejos que, ateniéndose á la época actual, denomina el ilustrado Sr. Rodríguez Ayuntamientos, tenían la facultad de administrar justicia, y con ella, según parece, la de nombrar jueces que la administraran, tal vez como reminiscencia de aquellos primeros jueces de Castilla de que habla la Historia, cuando aún Castilla formaba parte del antiguo Reino de León.

«Además de la porra de oro y las argollas, se guardaban en, un arca, cuyo mueble deteriorado está todavía en Carmenes y documentos de interés para los Concejos aquellos: la porra y las argollas desaparecieron hace mucho tiempo; el arca tenía tres llaves, una para cada Concejo, no pudiendo abrirse sin la concurrencia de todos..... ¿no pudieron los modernos legisladores, como lo hicieron ya los mismos Reyes Católicos en una de sus pragmáticas, inspirarse en Ordenanzas locales como ésta para la disposición que contiene el vigente artículo 159 de la ley municipal?»

«De aquellas argollas que se guardaban en el arca suponen algunos que tomó nombre una parte de la región que se denomina «tierra de los Arguellos».

«El mayor ó menor poderío de la nobleza y otros señores marcaron diferencias apreciables en el régimen municipal de los Concejos, porque á modo de Perogrullo puede afirmarse

que cuanto más extensos fueran los derechos y autonomía de que disfrutaron, de mejor manera pudieron resistir cambios para no perder á través de siglos su singular fisonomía, reflejada en sus costumbres primero y en sus ordenanzas de Concejo después; y de aquí que las aldeas de la montaña, más independientes y rebeldes al espíritu de innovación, conserven todavía mucho de sus rasgos propios: la nota dominante es la preferencia del interés comunal á los intereses individuales.

«Por su apartamiento con el resto de España y gran parte de los de la misma provincia, por vivir en puntos próximos á las altas Sierras, y acostumbrados á sostener su independencia contra dominaciones extrañas, los Concejos de esta parte de la provincia de León, son los más típicos y á los que hay que acudir para formar juicio respecto á la razón que les asiste para no borrar la observancia de sus costumbres recogidas en antiguas ordenanzas, para constituir su derecho consuetudinario en el que subsisten usos y prácticas á que se atienen.

«Claro es que no todas sus costumbres son razonables ni ármónicas con el cambio de circunstancias natural por el transcurso de los siglos desde que comenzaron y arraigaron en las respectivas localidades, y no es nueva la derogación de las costumbres últimamente prescrita, porque ya ley 6.<sup>a</sup>, título II, Partida 1.<sup>a</sup>, dijo: *Ca entonces deben ser guardadas las leyes ó el fuero que después fueron fechas, e non la costumbre antigua*; pero entiéndase bien, no todas las costumbres antiguas; para las leyes de Partida, la costumbre para ser tal, ha de ser existente, estar probada y ser conforme á derecho, apartándose de lo que indica el conocido recelo así expresado desde remota época:

*«Costume buena ó mala  
el villano quiere que vala...»*

Lo bueno debe conservarse y hasta imitarse, si ello puede ser, y lo malo borrarse de las costumbres del pueblo en que por más ó menos tiempo pudo subsistir.

Los Concejos de la región montañosa de León recogieron, según dicho queda, sus antiguas costumbres en Ordenanzas locales, y cuando frente á las modernas leyes de unificación las vieron en peligro, dieron á estas forma de contratos llamándoles acuerdos, y así han logrado que subsistan en gran parte.

«Inútilmente ha querido el legislador transformar de modo completo en Ayuntamientos y Juntas administrativas en los pueblos anejos los Concejos; cumplen aquellos leoneses con la ley Municipal, y conforme á ella se nombran Ayuntamientos; pero de hecho los Concejos subsisten, y en reunión pública de vecinos, se resuelven los asuntos comunales y se convoca como en lo antiguo á estas reuniones, á son de campana ó campanillo, que aparece colocado de manera permanente entre dos maderos altos y un palo en el centro, del que pende la campana, que, como ellos dicen, con toda propiedad es para llamar á Concejo; he asistido á una de estas reuniones en que se trató del ajuste de un herrero para todos los vecinos, y también pude tomar nota de multas impuestas á infractores de las antiguas ordenanzas, en asunto referente á pastos y aguas.

«Es decir, que los Concejos han desaparecido en la ley; pero que de hecho subsisten y subsistirán, porque su funcionamiento responde á sanas y arraigadísimas costumbres, á la manera de ser de aquellos pueblos; el tiempo no pasa en balde; pero el tiempo no puede borrar fácilmente lo que constituye la esencia, la manera de ser de un pueblo.»

Y basta con lo dicho, tratándose de una nota breve, para tener una idea de lo que fueron y son todavía los concejos leoneses.

### Clases sociales.—La nobleza.

Después de haber tratado este punto en el libro inédito «Costumbres y derecho consuetudinario de los pueblos Leoneses» á que se refieren varias notas en el relato de los *Cuentos*, van estos apuntes suprimiendo párrafos que las harían demasiado extensas:

«Aunque ya hemos dicho algo del estado en que se hallaban las clases sociales antes y después del *Fuero de León*, hay que advertir que nos referimos en términos generales al reino de su nombre, y hemos de hablar ahora de manera más concreta en cuanto á pueblos de aquella hoy provincia; pero de límites muchísimo menos extensos y apartados del centro.

«Podrá discutirse si aquellos feudos de honor conocidos en Aragón, eran en sus prerrogativas y jurisdicción, verdadero feudalismo como el de Cataluña que lo importó de Francia; pero hay que negar rotundamente que tomara carta de naturaleza, ni de ésta ni de ninguna clase en los pueblos de León, contra cuyo régimen, apenas iniciado, protestaron los Concejos, apercibiéndose á la lucha.

«Dice á éste propósito D. Modesto Lafuente en su notable *Historia de España*:

«A pesar de los derechos dominicales y jurisdiccionales que los Reyes de León y de Castilla otorgaban á los próceres y nobles, y aun á los Obispos y Abades; á pesar de que unos y otros tenían sus vasallos especiales, nunca los Monarcas se desprendieron de la suprema autoridad sobre todos sus súbditos, de cualquier jerarquía que fuesen: convocaban y presidían las Cortes ó Concilios, administraban en su nombre la justicia, etc..... y todos tenían obligación de asistir á la guerra.»

«En cambio Tapia, en su obra *Historia de la civilización española*, afirma que existió un señorío feudal en los reinos de Castilla, León y Portugal, entonces parte de estos reinos, afirmación contraria á la de la mayor parte de los autores; precisamente en esta época de los Concejos de la Edad Media es cuando adquiere gran desarrollo el régimen municipal de España, el más antitético del feudalismo.

«Indudable es que hubo señoríos de realengo y abadengo principalmente, y con más singularidad en los pequeños pueblos de la región montañosa, y que fueron estos un tanto absorbentes en la exacción de tributos en especie y dinero.....

«Hubo Condes con señorío propio, y otros que por ser representantes del Rey, ejercían algunas funciones privativas del Monarca, gobernaban y recaudaban impuestos; y otras personas distinguidas, y otros nobles que además de cobrar rentas gozaban de consideraciones que les guardaban la Iglesia y los Concejos atendiendo á su origen y á su rango; y aunque muchos casos, perfectamente documentados, podría citar, vayan para muestra sólo dos, uno respecto á la Iglesia y otro en cuanto á los Concejos: el primero me lo facilitó don Nicanor Rodríguez, Secretario de Rodiezmo, y aunque se refiere al siglo XVIII, es prescripción de Ordenanzas, reproducción en ellas de antiguas costumbres.

«Los regidores que se llamaban diputados y eran uno de cada pueblo elegidos entre los respectivos vecinos, según sus Ordenanzas locales, se juntaban en un sitio que llamaban «El Coladillo»..... y en aquel sitio, al aire libre, daban las varas..... se acordaba nombrar dos Jueces del estado noble de hijosdalgos, y que tenían que ser descendientes del Concejo.....»

«El otro caso que determina respetos de la Iglesia á la nobleza, está en lo que se ordena por el visitador eclesiástico de la de Boñar á principios del siglo XVIII, información que entre otras de diversa índole, me proporcionó el ilustrado teniente cura D. Emilio Robles, y es como sigue:

«Item por que su Señoría fué informado que en la capilla mayor de la dicha Iglesia, se sientan algunas mujeres del dicho lugar y que de ello se siguen algunos inconvenientes, mandó que el cura no consienta sentarse ninguna mujer, pena de excomunió..... Y esto se entienda no siendo la *señora* del dicho lugar ú otra persona de *título* que con ellas no se entienda este mandato. Y que á la mujer que es ó fuera del dicho lugar por el Sr. Marqués de Toral se le señale en misa lugar de dicha iglesia, fuera de la capilla mayor.....

«En los pueblos de la Tercia para servir el vino de Concejo en fiestas ó reuniones de vecinos motivada por algún

otro suceso, se usaban dos vasos; uno de plata para los nobles y otras personas eminentes, y otro de cuerna para los demás. Yo he visto algunos de estos vasos en Llamasares, Redipuerta y Tolivia de Arriba, en la parte de Valdelugueros; y en Hurgas, de la municipalidad de Pola de Gordon.»

«El Secretario de Matallana me informa de que allí se usaba también un vaso de asta, para los forasteros cualquiera que fuera su condición social.

.....

.....

«Ya en el siglo XI y singularmente del XII en adelante, se nota visiblemente el poder de los Magnates y del Clero, poder que comparten con los Reyes en atribuciones que fueron exclusivas de los Monarcas absolutos.....

.....

..... en la región montañosa su aparición fué más tardía que en las riberas y en llano.....

.....

«Respecto al origen de esta nobleza he leído una obra escrita por un ilustrado sacerdote, cura de pequeño pueblo de la montaña, á mediados del pasado siglo y de la que es raro encontrar algún ejemplar: en este libro de pequeñas dimensiones y en su página 88, se dice: «En el siglo X los Señoríos ó Condados no se adquirían regularmente por derecho hereditario, sino que eran dados por los Reyes á los mejores capitanes ó en reconocimiento de su esclarecido mérito ó en remuneración de heroicos servicios.»

.....

«Los marquesados de Astorga, de Lerma y algún otro, condados de Alvaroz y de Denia y otros ejercieron en la tierra llana derechos dominicales sobre sus vasallos ó pecheros, sin llegar al feudalismo, desde que fué afianzándose y extendiéndose la obra de la Reconquista hasta el siglo XVII en que ya la mayor parte de los Señores se limitaron á cobrar, en una ú otra forma tributos, rentas, teudos ó censos como propietarios de las tierras que constituían sus Señoríos y á gozar de las consideraciones y privilegios honoríficos más

que otra cosa, que les otorgaban y reconocían en Concejo los moradores de sus antiguos dominios.»

«En el centro de la región montañosa no es cuerdo afirmar en términos absolutos que la nobleza dejara de tener derechos dominicales sobre pueblos y territorio; pero sólo en una pequeña parte y de manera más limitada y suave que en el resto de la Península.....

«Dedúcese de todo lo dicho, que la nobleza de la tierra llana y parte de la de las riberas de la provincia de León, no era realmente una excepción de la de otras regiones de España en cuanto á poderío é influencia social en la Edad Media; y que la de la región montañosa, fuera de algunos Condados y señoríos de abadengo, en cuanto á cobranza de rentas y otros tributos que no eran del carácter de las prestaciones personales, no fué, ni mucho menos, absorbente.....

«Añádase á esta información, que casi toda la nobleza en esta parte de la provincia se reducía á los fijosdalgo, cuyos principales privilegios consistían en las exenciones de cargas comunales y públicas..... y todavía en estos fijosdalgo se distinguían los de sangre y solar conocido, de los que lo eran por merced real y de momento y sin título hereditario.....

«En los Concejos de Torrubia y Casanegrales, hay fragmentos y copias completas de padrones de la tercia del Camino y de pueblos que fueron de señorío real; en algunos de estos y otros pueblos de Rodiezmo y de la Pola de Gordon he visto varios documentos de recaudación de un impuesto que había de pagarse en moneda *vieja* ó moneda *blanca*, por razón de moneda *forera*, sino recuerdo mal y sin que lo asegure, cuyo impuesto seguía cobrándose de siete en siete años: en estos documentos se lee «salvo los caballeros, escuderos, dueños é hijosdalgo de sangre y solar conocido y los declarados tales por sentencias dadas en la Corte y Chancillería ó los que tuvieran privilegio asentado en los libros de sus antecesores, etc.....»

«En Huergas de Gordon leí la copia de un auto de 1736 dado por la Chancillería de Valladolid respecto á la prescripción de hacer empadronamiento, con distinción de vecinos del estado llano y de Hijosdalgo.

### El Clero.

«Algo va ya dicho respecto al Clero como elemento social en la Edad Media y más adelante en los pueblos de esta parte de la provincia de León; fueron grandes su poder y su influencia junto á los Reyes, cerca de los nobles y en los Concejos, representación del estado llano.....

«Aquellos antiguos señoríos de abadengo que tuvieron esclavos, siervos y colonos, según el avance de los tiempos, significaron autoridad consentida sin protesta y acatada sin imposición, y gozaron de frutos y rentas en pueblos de su propio señorío y en otros de señorío real.....

«Los obispos, abades y los párrocos de grandes feligresías y los de los pequeños pueblos, eran autoridades, no solo del Orden eclesiástico, sino consideradas también como tales en todos los órdenes de la vida; en el derecho público y en el particular y singularmente respecto á este último en lo relativo al cumplimiento de disposiciones testamentarias.....

«No resisto el deseo de reproducir algunos de los interesantes datos que me facilitó el ilustrado teniente cura de Boñar D. Emilio de Robles; he aquí algo de lo copiado de los libros de Visitas:

«Item mandó el Sr. Visitador (año 1570) al Cura ó su Teniente que no consienta hacer Concejos, ni comer, ni jugar, ni bailar, ni dar colocación, ni hacer otros actos profanos, ni comediarlos en la Iglesia, ni el campanario, so pena de un ducado al que lo hiciera.....»

«Bien parece la prohibición, porque se trataba de la Iglesia; pero la pena impuesta no era de carácter religioso ni

espiritual; es de resultado económico, pecuniaria, propia en la imposición de autoridades del orden civil.

«Penas pecuniarias se imponían también á los que no acudían á misa todos los días de precepto y á los que á ella llegaran tarde, siendo la cuantía de menos á más, según la parte de misa á que llegaba el retrasado.

«Item (1571) mandó el Sr. Visitador á todas las parroquianas y feligreses den cuenta á su Rector del cumplimiento de los testamentos dentro del año del fallecimiento de los difuntos para que el Rector pueda obligar á los mansesores, cabeceros y testamentarios á que las cumplan luego á su cuenta.»

«Esto parece más propio de la Autoridad judicial que de la eclesiástica.»

«Item (1574) mandó el Rector de esta Iglesia que los testamentarios que no dieran cumplidos sus testamentos al medio año de fallecer los difuntos, les pene, y si pasados diez meses de la muerte del difunto no lo cumpliesen todo como están obligados, les evite de las horas, y si dentro del año no lo dieran todo cumplido, incurran en excomunió'n mayor, y cada uno de los testamentarios en cuatro ducados para esta Iglesia porque así cumplan con lo que se obligaron, y si el Rector no lo denunciare, pague dos ducados para el alma del difunto.....

«Que si los niños dieran ruido en la Iglesia pene á los padres en medio real por la primera, y si faltaran más irá doblando la suma.»

«De una Visita de 1583».

«Item porque fué informado el Sr. Visitador que los días de fiesta se reúne el Concejo para beber vino y prendadas y otras cosas que facen, no solo por las tardes sino que por las mañanas, y antes de misa, con desprecio de Dios, escándalo de los buenos cristianos y vergüenza de los ancianos, mandó el Sr. Visitador que si lo volviesen á facer sean castigados los alcaldes con un ducado para esta Iglesia. Y que las dichas Juntas no se hagan ni en la Iglesia, ni en los portales, ni en el cementerio ni su circuito, ni en la taberna, ni en corral, ni en

casa alguna, porque incurre el dueño en la misma pena, sea tabernero ó tabernera.....»

«Item porque fué informado que algunos parroquianos marchan con los ganados antes de oír misa, mandó que en adelante sean penados en dos reales por cada vez que faltaren á misa y doctrina.....»

«Poco debían producir aquellas penas pecuniarias, y esto demuestra el arraigo de la fe en aquellos lugares y tiempos, juzgando por el detalle que leí á propósito de cuentas:

«De penas todo el año, de trabajar en las fiestas, no oír misa y no confesar, diez y seis reales y medio.» .....

### El estado llano.

«Si el Rey, el Clero y la Nobleza por sus facultades señoriales percibían tributos y cobraban rentas que la tierra y el trabajo habían de proporcionarles sin ellos laborarlo ni realizarlo, no es difícil saber que solo el estado llano, el impropia- mente llamado pueblo, porque pueblo es el conjunto de moradores de una nación, de una ciudad, de una villa ó de una aldea; aquel estado llano había de ser quien pagase los tributos y las rentas.....»

«.....En lo puramente social y en lo político, era en gran parte el estado llano considerado desde sus ascendientes, y en el transcurso de algunos siglos, en plena Edad Media, y aun después de la unidad nacional, y hasta hoy cerca de nosotros el que pasó por la esclavitud, fué de la esclavitud á la servidumbre, de la servidumbre á la colonia con residencia fija, de ésta al arrendamiento y á la propiedad sujeta al préstamo, al censo, al foro en diversas formas, hasta llegar al dominio libre y posesión de parcelas más ó menos importantes, sin más trabas que la contribución para las cargas del Estado, el tesoro del Rey, gastos de localidad y servidumbres

de Concejo; en resumen, y en el aspecto económico en las épocas que se suceden, hay señores, propietarios, perceptores de tributos y exentos de pagos; y hay pecheros, en el orden social y político, señores y vasallos, siendo en época remota estos vasallos los que formaban el estado llano que llegó con sus Concejos y sus representantes á constituir un Poder, junto ó enfrente de otros poderes; los antiguos siervos de señorío y los vasallos del Rey y de los eminentes y distinguidos con jurisdicción propia ó delegada, desde los Fueros en adelante, obtuvieron el reconocimiento de sus derechos, y entre éstos, facultades de gobernar sus haciendas, resolver en Concejo los negocios del procomún, hacer obligatoria para ellos, con el respeto de los demás, la observancia de sus costumbres, dando lugar á la formación de su derecho consuetudinario; estuvieron representados por sus Concejos en los asuntos generales del Estado, y fueron por fin elemento social importante, acariciado unas veces por los señores y otras por los reyes, debiendo á estos el principio de sus libertades, franquicias y significación jurídica.

«Los moradores de pueblos de Señorío Real fueron siempre libres, porque la obligación de pagar tributos generales y la prestación del *Fonsado* personal, de modo análogo en principio al de hoy, la circunstancia de ser contribuyente y obligado al servicio militar en defensa de la Patria, no supone pérdida de libertad personal; los de pueblos de señoríos son los que pasaron por las modificaciones progresivas ya indicadas.

.....

.....

### Los pueblos y las casas.

«Los pueblos de la región montañosa de la provincia de León, con muy contadas excepciones de la regla general, y la excepción tratándose de los de 300 moradores, son de escaso vecindario, siendo casi todos de quince, veinte, treinta vecinos, y hasta de seis ú ocho los hay.... recuerdo que yendo yo de Boñar á Cofiñal me mostraron dos ó tres casas, asegurán-

dome ser un pueblo, y apunté entre mis notas de viaje los siguientes malos versos, por aquel país muy repetidos:

Pueblo de Villasebil,  
cinco casas y un molin;  
el río se llevó el molin  
y quedó perdido Villasebil.

«Las distancias de pueblo á pueblo son cortas: en una sola tarde, y sin más objeto que el de darme un paseo, estuve en cinco: La Mata, Valdepiélagos, Montuerto, Nocedo y Otero; y con luz del día pude haber estado en Abiados y Campohermoso.»

«Las casas son de pobre aspecto y sin comodidad alguna por dentro; el establo de las vacas junto á la cocina, que á la vez es comedor, y en ella se ve también la boca del horno; en la parte alta, como piso principal y único con cuarto ó desván para cebada, trigo ó avena (los pocos que tienen tales comodidades), y de frente, pasando por una pequeña galería con balaustrada de madera, un cuarto, y en él una ó dos alcobas; corral y un patio pequeño; en muchas de estas casas, debajo del tejado, es decir, techumbre de paja la mayor parte, la tenada ó sitio en que se guarda la hierba con que alimentan el ganado en el invierno.

«Así, á grandes rasgos dicho, son las casas; hay, claro está, excepciones; pero las hay también más reducidas que lo anotado como regla general.

\*  
\* \*

«El paso público por el interior de estos pueblos, es difícil, porque no se limpian las calles y en ellas se amontonan con el barro y la nieve la inmundicia de vacas y caballerías. Las almadreñas, calzado de madera, ó zuecos, según en otras partes las denominan, son de absoluta necesidad; no puede andarse de otro modo por aquellas calles.»

\*  
\* \*

«Las iglesias, y no hay pueblo que no la tenga, son de proporciones de una ermita y ermita pobre, sin órgano, sin púlpito, y muchas sin coro.

«En los pueblos de Castilla, y acaso en la mayor parte de los de España, con excepción de Vizcaya, Navarra, Guipúzcoa y alguna otra, en las que son los montes nota característica y dominante de la tierra en que se hallan situados, se construyen las iglesias en puntos elevados; en los pequeños pueblos leoneses sucede todo lo contrario; aparecen las iglesias en las faldas de los montes ó montañas, casi ocultas en las hondonadas de los valles.....

### La Facendera.

«La hubo en otros muchos pueblos de España; se ha modificado en la manera de realizarla en casi todas las provincias; en los pueblos leoneses de la montaña conserva su primitivo carácter.

*Facendera* ó *hacendera* es prestación personal que define del siguiente modo el *Diccionario de la lengua castellana*: «trabajo á que debe acudir todo el vecindario».

«Téngase presente la comunidad de aldea en que vivieron aquellos pueblos y se comprenderá el afán que todos tenían de conservar y mejorar lo que juzgaban necesario y era de todos.

«Algo va indicado; tienen un ligero parecido; pero en realidad se diferencian mucho las *facenderas* leonesas, de las prestaciones personales de la vigente ley municipal; son mucho más personales las antiguas que las modernas, y así había de ser, observando que fué más directo el interés de cada uno de los vecinos en el trabajo que había de hacerse y menos fácil la sustitución por otro que el obligado, pagando el jornal al sustituto.

«En el punto previamente designado por el acuerdo del Concejo, si era circunstancial ó de momento el trabajo que había de prestarse, ó en las Ordenanzas si la prestación personal era periódica en época fija, á toque de campana en

casi todos estos pueblos, y así continúa siendo en muchos; se pasaba lista de los que acudían para saber los que faltaban é imponerles castigo, y se designaban los que habían de dirigir ó inspeccionar el trabajo, y en algunos casos dirigía, por acuerdo del Concejo aquellos trabajos el vecino á cuya instancia hiciérase la *facendera*.

«La construcción y arreglo de los caminos vecinales, arreglo de presas y molinos comunales, limpieza de las calles y cauce de vías para el aprovechamiento de aguas de riego, y cuantas otras obras públicas de carácter local y de interés para todos los vecinos se hacían por *facendera*, á las que había y hay que asistir con yuntas de reses vacunas, los que las tuvieren y siendo precisas; azadas, picos y otras herramientas usuales y de aplicación al trabajo que hubiera de hacerse: además del público acuerdo del Concejo y el toque de campana á la hora señalada para acudir, se avisaban á domicilio unos y otros vecinos al pasar por la puerta respectiva en dirección al punto determinado.

«Inmediatamente de comenzar la tarea el Regidor, acompañado de dos vecinos volvíase al pueblo y de casa en casa de los que habían faltado, imponía la multa, llevándose como prendas herramientas ú otros objetos de casa del moroso, que se depositaban en la taberna por que las multas consistían en pago de comida ó vino para los que trabajaban.

«Subsiste, como en tiempos primitivos, el *espaleo*, donde las nevadas son considerables, y se haría sin esto imposible durante días y aun meses el paso por caminos y calles, y hay *facenderas* de esta clase con el principal objeto de poder acudir á misa en días de precepto.

«Del espesor de la nieve en aquellos pueblos, algunos de los cuales queda en completa incomunicación por causa de ella, puede formarse, con lo referido por un virtuoso sacerdote, cura párroco durante treinta años en uno de los pueblecillos del partido de Riaño.

«—Recuerdo, me dijo, un día en que desperté más tarde de la hora de costumbre, y no viendo rayo alguno de luz creí haberme equivocado; encendí el candil y miré al reloj: eran

cerca de las once y debí decirla en punto á las nueve de la mañana..... ¿qué había ocurrido?, pues, sencillamente, que la nevada de la noche anterior había cubierto completamente puerta y ventanas, y toda la casa estaba envuelta en blanco manto de nieve; sentí poco después el ruido de las palas, y con satisfacción ví que llegaban algunos de mis convecinos abriendo paso desde la Iglesia y quitando luego la nieve de la puerta de mi casa para que pudiera salir.

«De los daños que puede ocasionar y ocasionar la nieve acumulada en grandes bloques, cualquiera se forma idea con la noticia de un lamentable suceso ocurrido el año próximo pasado (*hace ya más de tres años*) entre Busdongo y Villamanín: una fuerte avalancha de nieve arrancó por completo del suelo y tiró desde altura grande al río, junto á la vía férrea, la caseta en que habitaban un modesto empleado de la línea, la mujer de éste y cinco hijos, de los que solo pudo salvarse con grandes lesiones la mujer, y los cinco hijos fueron víctimas del accidente.

«Ya he dicho que la *facendera* de espaleo no es únicamente para dentro de los pueblos; se verifica también para la comunicación entre dos ó más de ellos, y he aquí, como ejemplo, lo que dicen las Ordenanzas de Cuvillas:

«Item ordenaron el que en los espaleos de nieves tenga el Regidor gran cuidado que se verifiquen cuantas veces sean necesarias, aun cuando sea un día en pos de otro, para que los transeuntes puedan caminar aun cuando sea con el indispensable trabajo que hay en este pueblo; igualmente acordaron que, atendiendo al crecido trabajo para la formación y reforma de la compostura de los caminos, de la escasa leña, en que los que hasta ahora se han librado algunos por varios fines cuando no hay fondos para reportar estos gastos, debe hacerse por hacendera y comunidad; por tanto, desde hoy en adelante mandamos que ninguno se exceptúe ni releve del indicado camino, y añadimos, además, el que hayan los más suficientes que haya en todas las casas, y de no verificarlo así, sufran la multa de dos reales, y el que no acceda á ella

pague cinco.» Aunque todo no es del espaleo, como también es de *facendera*, va copiada íntegra, que es la 40 de las Ordenanzas citadas.

.....

\*  
\* \*

Algunas costumbres van en nota breve como cita del texto de los *Cuentos*; para no repetir conceptos, aunque pudiéramos ampliar las notas, no se mencionan aquí; tal sucede con la llamada *derrota*.

General como ésta es también la del acuerdo de cerrar los prados, que tienen dos épocas de recolección; el acuerdo más frecuente que se lee en las Ordenanzas locales, es el de cerrar los prados el 1.º de Marzo, en cuya época los preparan y riegan; y todo esto, y otras varias costumbres que no menciono por no dar demasiada extensión á estas informaciones, que aun sin esto resultarán extensas como apuntes ó notas, entra en las atribuciones de los Concejos, limitando el derecho individual. Sirva para ejemplo lo que sigue copiado de las Ordenanzas de Cármenes:

«Item declaramos ser costumbre que ninguna persona entre á sembrar hierba hasta que el lugar lo acuerde; y si algún prado estuviese seco, el dueño de él pida licencia al Regidor y éste envíe dos hombres desinteresados y de conocimiento, á ver si está para regarle ó no; y el que entrare á regar sin licencia se le castigue en la pena de diez reales, y si todavía pasase adelante, se le ponga pena sobre pena hasta que acuerde el Lugar...»

Parece que ya está en desuso esta costumbre; pero subsisten otras que son igual en su esencia en cuanto limitan la facultad de disponer cada uno de sus propiedades.

.....

### Cosas propias del Concejo y de uso común.

«Aunque han desaparecido casi completamente y se ha perdido la costumbre de considerarlos de común uso muchos objetos del Concejo, y solo por curiosidad, vayan algunas notas de lo indicado en el epígrafe, y atendiendo á la distinción jurídica de las cosas de inmuebles, muebles y semovientes.

«Está en primer lugar, entre las primeras, la casa municipal, y no en todos los pueblos la tuvieron en lo antiguo, celebrándose las reuniones al aire libre, y generalmente cerca de la iglesia ó junto á sus mismas puertas, casa modestísima donde más adelante la tuvieron, y en armonía con las demás del vecindario.

«Contaban también con prados y tierras de Concejo, en las que en algunos pueblos se obligaba á los vecinos á plantaciones en beneficio del procomún.

«Solo por tradición verbal he podido comprobar la noticia; pero es general la creencia y de buen ajuste á la manera de ser de aquellas aldeas, la de que cada pueblo tenía un molino de uso común para moler una vez á la semana el vecino que estuviera en turno el trigo necesario al consumo de la familia; este molino concejil, después, según referencias verbales también y lógica deducción, siguió siendo propiedad del pueblo; pero ya el Concejo lo daba en arriendo al que más ofrecía, si era vecino; y que así debió ser, lo prueba el hecho de que la reparación de molinos y arreglo de cauces y presas hiciese por *facenderas*.....

«En el partido de Sahagun y en algunos pueblos de La Vecilla, Ayuntamiento de este nombre, y no sé si en algunos otros, hay fragua común; el Concejo, ya va dicho que presencié un caso, ajusta un herrero para todo el año, cuyo sueldo ó jornal se paga con fondos del pueblo, y todos pueden ir á servirse de la fragua.....

«En algunos pueblos había también horno concejil, horno que todavía subsiste; pero dándose en arriendo á particulares y el importe del arrendamiento es ingreso para los fondos del

pueblo....; raro es ya, no obstante, la casa que no tiene horno.....

.....  
 «Entre las cosas, muebles concejiles y de uso común, están primeramente los pesos y medidas, como garantía y como ingreso.....

«Había también juego de bolos, muy general en aquel país, barra para los que deseaban utilizarla como recreo y ejercicio de fuerza, dejándose únicamente en los días de fiesta, y nunca antes de misa; había también los dos célebres vasos, uno de plata para los nobles y otras personas distinguidas, y otro de cuerno para los demás concurrentes á comidas ó *Vino del Concejo*; y había de uso común y propiedad del pueblo—en algunos—*un instrumento de aplicación terapéutica*.....

«D. Eusebio del Campo, notable abogado, muy conocido en León, me dijo haberle hecho unos clientes suyos de aquel partido referencia á documentos en que así constaba y él había leído; pero no pudiendo adquirir copia con la premura que yo deseaba, en carta que me dirigió, me decía respecto á este particular:

«En cuanto á la *Servidera*, no encuentro ni existen más datos en el Archivo de la Junta Administrativa de Paradillo, Ayuntamiento de Valdefresno, partido de León, que un inventario de bienes muebles del pueblo en que figura aquel instrumento, la hemina y la media cántara...»

«En Huergas, anejo de Pola de Gordon, me aseguraron que allí también había existido; pero que no estaba ya en el Ayuntamiento, donde sí había, entre otras cosas, el *Palo de los pobres* y uno de los vasos de plata de que he hablado antes.

«Completo estas notas de bienes y cosas concejiles de uso común, con el detalle de haber en varios pueblos determinados..... de ganado vacuno, lanar y asnal, que se adquirirían con fondos del común, siendo más adelante este servicio con ganados de particulares, á los que se les imponía por acuerdos del Concejo para selección de razas de animales de cría y reproducción.

## Fiestas populares.

«Si hubieran de ser descritas todas, sería preciso para ello un libro de abultadas dimensiones, sin grandes novedades muchas comparadas con las de pueblos de otras provincias; baste aquí la mención de varias de las más antiguas, y huyendo en lo posible de coincidir con otros autores en el relato de algunas.

«Todas ellas, y si no la mayor parte, ofrecen junto á lo profano y extravagante, marcada tendencia religiosa, estando inspiradas en la fe y en la Historia Sagrada.

«El cultísimo abogado D. Manuel Fernández, que ha tenido la bondad de remitirme los datos de algunas, me dice, y suya es la información, respecto á pueblos de La Bañeza:

«El día de año nuevo, colocan los mozos ramos en las ventanas de las muchachas, y delante de aquellas ventanas cantan y bailan. No en todos los pueblos; pero sí en varios hacen la pastorada; consiste ésta en ir los pastores á la iglesia con un zagal á hacer la cena en el presbiterio, representar la adoración, figurar la aparición del ángel, cantar coplas y representar también un auto sacramental.»

«En las Candelas (2 de Febrero), las mozas, colocándose toallas al cuello, asisten á misa, las bendice el sacerdote á la entrada, piden permiso para entrar en el templo á las autoridades civiles, y cantan coplas y llevan un ramo en un carro, dos palomas y castillo de leones con un pan, al que llaman *ogacica*, y es después de todo esto cuando oyen misa.»

«En carnaval salen las mozas con vestiduras ridículas: las esperan los mozos en la plaza del pueblo y allí bailan con ellas; á las máscaras las llaman *Juanillas*; en otras aldeas recorren las calles con un palo y un chorizo; en Fuentes todo se reduce á baile, recorren las calles y piden limosna.»

«El día del Corpus adornan las calles con ramos de árboles enormes (han de cubrir los tejados); las madres ponen á los niños tendidos en medio de la calle, sobre una alfombra, para el paso de la procesión.....»

«Con pendones de diez á doce metros de altura, asisten las gentes de los contornos en procesión que recorre nueve kilómetros de camino á la ermita de la Virgen del Castro, cuya imagen es luego conducida á Astorga..... Las que carecen de sucesión pasan por un agujero que existe en una ermita dedicada á San Tirso y situada en un despoblado de La Bañeza.....»

No son los de este partido los pueblos de nuestro especial apuntamiento de costumbres; pero son leoneses que en algo las tienen parecidas á los preferentemente observados.

«De Matallana me informan minuciosamente; pero sólo copio la fiesta de los *Torreznos* que recogen por año nuevo. Van de casa en casa, donde hay horno, con un *Jorganero* (varal para remover la lumbre del horno), y después que los registran, amonestan al amo de la casa para que lo arregle si tiene algún desperfecto, y esto quiere decir, que ha de entregarles, y así lo hace el amonestado, que da el correspondiente *torrezno* de tocino, huevos y chorizo; luego lo mandan todo á una casa cuya dueña los arregla para la cena y allí se reúnen y pasan alegremente la velada.

.....

«De La Robla, me dicen:

«Consistían los festejos populares que van desapareciendo y que datan de los tiempos más remotos de la antigüedad, en celebrar la fiesta de los Santos Reyes, aludiendo en su representación á los de la Sagrada Escritura, jugando un papel importante la figura de Herodes.»

«Esto mismo se hace en Santas Martas, del partido de León; y esta fiesta he presenciado no hace mucho, en Lodares (de la región montañosa), anejo de Vegamian, del partido de Riaño, y dudo que ni en La Robla ni otros pueblos se celebre con más esplendor que en éste. Ponen á Herodes como en una tienda de campaña rodeado de sus guardias; figuran la estrella que les guiaba y aparecen los Reyes Magos; se traba un

combate para salvar á los inocentes y van recitando romances inspirados en conceptos y frases de la Sagrada Escritura, advirtiéndolo que los trajes con que se disfrazan son relumbroses y de gran efecto.....

En carta que recibí de Rodiezmo, me hablan de otra fiesta popular en las aldeas de aquel término:

«La víspera de año nuevo se reúnen los mozos en asamblea y acuerdan hacer los *tafarrones* al día siguiente, verificándose dos sorteos: uno para saber quiénes han de disfrazarse del modo que diré, y el otro con nombres de mozos y mozas; al día siguiente, el mozo tiene que ir á casa de la moza con quien salió de pareja á saludarla, como á su mujer en matrimonio nominal durante la fiesta.»

«Los *tafarrones* eran y son aún seis individuos á quienes, como antes digo, toca en suerte serlo; uno, *tafarrón grande*; otro, la *güela*; otro, el *barbero*; otro, la *barbiera*, y el otro, la *mariquita*. Se disfrazan los tres primeros cubriendo la cabeza con unas máscaras de piel y el cuerpo con trajes viejos, los más sucios y horribles que encuentran; los *barberos* y la *mariquita* se visten muy elegantes; y una vez disfrazados todos, hacen visiones y gestos estrafalarios fingiendo la voz como en carnaval; van pidiendo por el pueblo, y con lo que recogen hacen una función mozos y mozas comiendo y bebiendo todos juntos en una casa determinada; es función de que nunca se prescinda en este pueblo.»

.....

«En estos pueblos, y singularmente en los de la montaña, sobre los que recae de modo principal nuestra atención, además de la función de iglesia, hay, como si todos siguieran igual programa, baile, carreras á pie, de distancia y de resistencia y luchas ó *luches*.

«El baile se hace á compás de tonadillas acompañadas de pandereta, tonadillas que cantan las mozas, coplas del país y algo en su música de aires de jota; mozas y mozos forman fila, fila de varones y frente á ellos la de las mujeres, y una de

otra fila á más que honesta distancia, porque en casi ninguno, y más vale que así sea, han entrado todavía en el *agarrao*; los movimientos de sus danzas son lentos, no hay piruetas ni saltos; pero terminan dando los mozos á las mozas un achuchón ó abrazo, que no lo llevan ellas á mal aunque dan gritos.

«Las carreras se verifican poniéndose los corredores en mangas de camisa y á pie descalzo, y la distancia que han de recorrer no es grande.....

«El premio del vencedor es una tarta de bizcocho que llaman ellos *mazapán* y que comen todos para beber vino.

«Las luchas ó *luches* son de muy antiguo origen y se sostienen entre dos mozos que se agarran uno al otro del cinturón de cuero que á tal efecto se ponen, y sin echarse la zancadilla ni usar de otras malas artes, forcejean hasta que uno de los dos cae y da con la espalda en el suelo; entra por mucho en estas luchas la fuerza; pero no dejan de tener en ellas su parte la destreza y habilidad; el vencido se retira y el vencedor sigue luchando con los que se van presentando, y hay mozo que resiste y vence á cinco ó seis. El espectáculo es noble y emocionante, y no deja de ofrecer serios peligros en gentes poco cultas que, con mal entendido amor propio, se consideran humilladas ante la multitud que presencia su vencimiento.....

«Son muchos los casos en que tienen las *luches* desgraciadas consecuencias, porque ya no se discute muchas veces de mozo á mozo, sino de pueblo á pueblo, y termina en ocasiones á palos y cuchilladas; es costumbre que debe desaparecer.....

«Hace pocos años que hubo en un pueblo una muerte y gran número de heridos, y faltó poco para que en Campohermoso no sucediera también algo desagradable, teniendo yo que ser uno de los que intervinieron para evitar que ocurriese una imponente colisión. «¡Cuándo—me decía el cura—entre autoridades y particulares conseguiremos dar con esta bárbara fiesta!»

«Y añadía después aquel ilustrado sacerdote:

«Hubiera sentido mucho que tuviéramos que lamentar desgracias por ser ésta la primera de las fiestas de los pueblos de alrededor, y teniendo en cuenta que, aparte de lo que aquí sucediera, es cosa segura que se hubiera repetido el caso en las siguientes, como si se tratara de la propagación de una enfermedad epidémica.»

### Algo más respecto á los mozos.—Los ancianos.—Las mujeres.

Va dicho en nota con llamada en el texto de uno de los cuentos, la distinción en rapaces, rapazas, mozos y mozas. Doy aquí por reproducida la nota y continúo copiando algo de mi libro inédito á que vengo haciendo referencia, simplificando así mi modesto trabajo.

«En unos pueblos llaman rey, en otros alcalde, al jefe de los mozos, y á este jefe se dirige el muchacho que ha cumplido dieciséis años manifestándole su deseo de ser mozo; el rey ó alcalde lo pone en conocimiento de los demás mozos, antes ó después de resolver respecto á la admisión del solicitante, previo pago de los *Derechos* de que ya se habló.....

«Respecto á la varia denominación del principio de autoridat entre los mozos, he aquí lo que de Rodiezmo me comunicaron:

«Para ser mozo hay que pagar la entrada, media cuartilla de vino, y esto los del pueblo, que á los forasteros les cobraban más caro.....»

«Los mozos tienen sus autoridades: alcaldes 1.<sup>o</sup>, 2.<sup>o</sup> y 3.<sup>o</sup> y Secretario, cuyos cargos votan por elección entre todos. Tenían sus ordenanzas correspondientes, en las que se señalaban los avisos y penas á los que faltaran á sus obligaciones.....»

«Los mozos tienen facultades para cortejar en el pueblo y cantar la ronda y andar de noche; pero los que no lo son, ni

del pueblo ni los forasteros pueden hacerlo; si lo hacen sin haber pagado la entrada, y si los cogen, pagan la *patente* que consiste en cuatro cántaras de vino superior y no sé qué más; si no pagan, los echan al río, aunque sea en invierno.»

«Refiriéndome á Vegamian, como pude hacer relación á otros pueblos de Riaño, dije que las mozas tenían también su organización con su correspondiente reina y una cajera ó depositaria de los fondos del gremio; consistían los *derechos* de entrada en el gremio, en el pago de una peseta ó una vela para la Virgen.

Ya va descrita en nota la función de los *Mayos*; basta con lo allí dicho.

«La *machorrada* es una comida que los mozos hacen reunidos, y la *machorra* de que toma el nombre, es una res lanar que compran con dinero que les dan el cura y los vecinos el día 1.º de Noviembre, reuniéndose para hacer esta comida en la torre de la iglesia y tocando las campanas; es general creencia que tal costumbre es una especie de reconocimiento ó recompensa del vecindario y del cura á los mozos, por ser éstos los que tocan las campanas de la iglesia para la misa y otros cultos religiosos, y ellos son también los que cantan la misa en los días de fiesta.....

«Otras varias costumbres, aunque no son muchas, hubiera podido anotar, como la que tiene por base los hurtos de botijos de leche y manteca, hurto consentido por los dueños, según demuestra el hecho de que dejan abiertas las ventanas para que los hurtadores penetren.....

.....

Va dicho también lo relativo á las *Ceibas*, y tratándose de libro que puede llegar á ser leído de inocentes lectoras, hay que contentarse con la nota, añadiendo solo algo de lo dicho en mi obra inédita sobre costumbres y derecho consuetudinario:

«El ilustrado abogado de Gigone, D. Raimundo Lañon, que ya no existe, hablándome de costumbres de Asturias y de pueblos inmediatos á los de León, me dijo que allí en varios

de ellos hablan los novios de noche muchas horas á oscuras y estando la novia en el lecho.....

«Y en otros pueblos leoneses no hay *Ceibas*; pero en cuanto á libertad de costumbres, tienen poco que motejar á los de las Cabrerizas altas.



«Los ancianos y las mujeres, en la consideración que unos y otras tienen y tuvieron en aquellas antiguas costumbres, completan las observaciones hechas en términos generales respecto á las personas.....

«Leyendo con algún cuidado las ordenanzas que recogieron prácticas que debieron tener su origen en las primitivas comunidades de aldea y estudiando el espíritu en que se inspiran, no es difícil deducir el convencimiento del respeto guardado en los pueblos leoneses á los ancianos, cuyo respeto va poco á poco, y aun así demasiado deprisa, perdiéndose dentro de las corrientes del progreso que por allí pasan sin empujes para el bien que compense y borre lo que de dañinas puedan tener ó parecer que tienen algunas otras, muy pocas, costumbres.

«Los ancianos son, dentro de la familia, consejero que advierte y autoridad que resuelve las contiendas; á ellos acuden también los vecinos con sus cuitas considerándoles árbitros, que hacen innecesarios procedimientos ante justicias y evitan choques de los que brota el odio entre individuos y familias; ellos son los llamados en primer término para el desempeño de los cargos públicos ó la designación de los que hayan de poder desempeñarlos, y ellos son los que declaran ser ó no antiguas costumbres para llevarlas como acuerdos á las Ordenanzas y quedar así como derecho consuetudinario.



«El concepto que de la mujer soltera, casada ó viuda, tienen en aquellas aldeas ó pequeños pueblos, y como esposa y como madre resulta más de origen germánico que de origen romano, y todavía más que germánico atendiendo á su antigüedad de los primeros pobladores de aquella región: es de preferente atención para los padres que la consideran más necesitada de cuidados la soltera, y los mozos del pueblo, con sus rondas y cantares, ramos en la ventana y respetuosas distinciones las cortejan y agasajan de manera delicada, del mejor modo que á ellos, ayunos de ilustración, se les puede ocurrir; en amores con un mozo, ningún otro mozo del lugar osa pretenderla, y sin que por ello deje de ser para todos los mozos objeto de toda clase de atenciones considerándola como algo propio, comunal, del pueblo; y de aquí ciertas prácticas de pueblos del Ayuntamiento de Lugueros, al casarse una moza del lugar con forastero, simulando una cesión que de ella se le hace por precio y merced.

«No sé si el amor es ó no profundo entre marido y mujer, ó meramente un efecto fisiológico hasta el afianzamiento del cariño por el trato, porque son pocas las veces en que para concertar matrimonios no se atiende con preferencia más que á impulsos del sentimiento, á detalles de carácter económico; pero lo que sí puede afirmarse, que son rarísimos los casos de adulterio, y que es la esposa quien decide cuanto se refiere al régimen interior de la familia y gobierno de la casa, siendo realmente la compañera del hombre y la que dispone de los fondos que ingresan en el hogar doméstico.

«Pero junto á las distinciones de que la mujer es objeto en aquellos pueblos, hay algo que contradice, si no anula la consideración debida á las mujeres, y así va dicho en otro lugar y así también lo hice notar en artículos que publiqué en la Prensa de León y de Toledo, reflejando impresiones de viaje.....

«La campesina en aquellas aldeas, á la vez que ángel del hogar y tierna madre de familia cuando casada, objeto de pre-

ferencias cariñosas cuando niña, rapaza y mientras soltera; es más que la compañera del hombre para el trabajo, bestia de carga y recua de labor: ella, con la yunta de vacas, ara y prepara la tierra para la siembra, y la que no tiene yunta, con azadón, no de gran peso, pero lo suficientemente molesto para una mujer; ella, en unión del marido y los rapaces, esparce la semilla fructífera en la pequeña finca; ella, limpia de hierbas el sembrado y á su tiempo siega la mies y arranca las patatas, los garbanzos, etc.; y ella está en la era y en todos los trabajos de recolección; la rapacina ó los rapaces llevan las vacas al monte ó al prado; cuando labores más duras no demandan su concierto, la mujer casada ó viuda cuida también del ganado..... ¡y aun tiene tiempo en aquel vivir sin descanso para lavar la ropa de la familia, coser, cuidar de los niños, hacer la comidas, ayudar á descargar y meter en la tenada la hierba para el invierno que llevó el carro, ordeñar la cabra ó la vaca, y hacer una visita de cuidado é inspección á la cuadra y el corral!.... ¿Qué hacen ellos en tanto? Cierto que no suelen estar ociosos y que salen más ó menos lejos de su pueblo en busca de jornales, y que, hallándose en el suyo, acuden á la conservación y riego del prado y al laboreo de las tierras en compañía de su mujer é hijos, y al monte para coger leña en épocas ó días determinados, aunque también ella durante todo el año va de vez en cuando por uno ó dos haces á los sitios en que la es permitido cogerlos.....

### Preliminares de boda.—Las bodas.

«Sería, y no debe ser, muy extenso el relato de cuanto hace relación á preliminares de boda: varios en sus detalles dentro de la misma provincia, y aun de región á región, y para ella he de limitar mi deseo de ser más minucioso en este particular, concretándome á breve información:

«En los pueblos de La Bañeza, según datos directos que recibí, se pide á la novia seis días antes, y desde entonces todas las noches los padres de los futuros contrayentes

discuten pormenores acerca de los bienes que sus respectivos hijos han de aportar al matrimonio, siendo muchas las proyectadas bodas que fracasan..... por una res ó el usufructo ó propiedad de un prado.

«Convenidas las condiciones, hay para el derecho la especialidad de concertar los padres que si la mujer muriera sin sucesión, los bienes que hubiera recibido por razón del casamiento han de volver al tronco de que proceden *sin derecho de usufructo* para el viudo.

«El culto letrado y publicista Sr. Fernández Núñez, añade á esto: «Si la novia es forastera, el día del proclamo va á visitas al pueblo inmediato; el día de la vista comen la rosca el padrino y las mozas, y el de la tornaboda, la madrina y los mozos..... A las bodas en ambos pueblos asiste todo el vecindario».

«En casi toda la región montañosa, uno ó dos días antes de leerse en la Iglesia la primera monición ó amonestación, van los padres del novio á casa de la novia y la preguntan delante de todos si es gustosa en casarse con la persona para quien ha sido pedida; una vez que los novios manifiestan delante de los padres del uno y de la otra, y contestada por consiguiente la pregunta de modo afirmativo, empiezan los padres á tratar bajo el aspecto económico, y llegados á un acuerdo, ofrecen los padres de la novia á sus futuros consuegros una cena que suele ser lo más espléndida posible dentro de la situación ó posición de que disfrutan.

«En otros pueblos de la tierra llana son dos las reuniones que los padres de los futuros esposos celebran: una el día de la petición de mano, y otra después de la primera proclamación en la Iglesia. En la primera, los padres del novio, acompañados de sus parientes más próximos, llevan preparada la cena que unen con la que también tienen preparada en casa de la novia; la cena de la segunda reunión se prepara en casa de la novia; pero los gastos que para ella se hacen, se pagan por mitad entre una y otra familia.

«Indicamos que los mozos al casarse tienen que satisfacer á sus compañeros la patente ó *derechos* que como los de

ingreso en la mocedad, consisten en una cantidad de vino que suele ser media cántara. El nombre que dan á estos derechos en algunos pueblos se llaman de rotura, y las prácticas que le siguen en los del Ayuntamiento de Valdelugueros y otros detalles sobre los que hay que pasar como sobre ascuas..... afirman la opinión de haber sido estos *derechos* consecuencia..... y de aquí también que no sean únicamente una despedida por el hecho de pasar á ser vecino, dejando de ser mozo..... pudiendo creerse que debieron ser en su origen algo como cesión ú otorgamiento de un exclusivismo que no ha menester más claras explicaciones para la perspicacia del lector.....

«Para este lugar, juzgándolo más apropiado, esperé á completar la información recibida de Rodiezmo:

«Por los mozos se cobra la patente; esta patente consiste en que cada mozo que se casa paga el vino que beben los demás; y esto es tan riguroso, que no hay ningún mozo que no pague la patente que se beben en casa de la novia y allí se reunen á tal efecto los mozos: la novia les da pan para con el vino y se organiza una verdadera función presidida por el alcalde (debe ser el alcalde de los mozos) con un orden completo, y cada mozo tiene que echar un cantar dirigido á los novios, y que por cierto suele ser algo picante y de su inventiva. Terminada la ceremonia, si el novio es de clase, se vota para nombrar el que ha de sustituirle en el cargo, y cuando algún mozo ó autoridad comete faltas graves, le procesan, y si la falta es de las que merecen la expulsión, lo expulsan del cargo y de la Sociedad de los mozos».

«De pueblos del Ayuntamiento de Matallana, he aquí las noticias que me remitieron:

«Entabladas relaciones, y no dejando pasar mucho tiempo, á lo más dos años, exponían los novios á sus respectivos padres ó parientes más próximos en defecto de aquellos, su deseo de casarse; y después de no pequeñas investigaciones, más acerca de los intereses que de las circunstancias personales, si lo creen favorable dan su consentimiento. Acordado el día, se reunen el novio con sus padres en la casa de la familia de la novia..... tratan de las capitulaciones, ponen las

moniciones para el cura y termina el acto con un pequeño banquete.... Leída la primera monición, paga el contrayente á la mocedad del pueblo de la novia su entrada y salida de mozo, si es forastero, y solamente la salida si es del pueblo, que consiste en 15 ó 20 pesetas, según su arrogancia y posición social, dejándole libre la entrada en casa de la novia...

De la Iglesia marchan á casa de los recién casados en medio de sus amigos y allegados y acompañados de la mocedad que al son de panderetas, tiros de pistola y cohetes les felicitan.....

siendo durante el camino agasajados por parientes y amigos con dulces, mazapán y vino..... después de abundante comida, el padrino llama á la mocedad, la convida y la entrega los derechos á que está obligado (veinte ó más pesetas), dándole también la madrina rosquillas de Castilla.....

El nuevo matrimonio no adquiere derecho de vecindad hasta que no paga una ó dos cántaras de vino á los vecinos..... y obtiene el marido voz y voto en las reuniones y acuerdos.

«Del Sr. Cubria, de la Robla, son las noticias que siguen: .....En los demás casos, el novio pedía á la novia presentándose por la noche en casa de los padres de ella y manifestándoles que deseaba casarse con su hija.

Los padres que tenían alto concepto del honor y consideraban á sus hijas como inocentes criaturas, mandaban buscar al novio, y con cierta gravedad á éste y á su hija, hacíanles cargos trazándoles el plan que debían seguir, una vez realizado el matrimonio.....

Días antes de la boda el novio avisaba á sus compañeros y la novia á las mozas..... El cortejo se dirigía á la Iglesia; por regla general iban todos los mozos y mozas del pueblo..... y si el novio no pagaba los derechos á los mozos, cogían á la novia y la EMPEÑABAN en la taberna más próxima, y acto seguido, el novio, con cierto aire majestuoso, la desempeñaba pagando el vino que los mozos pudieran beber.....

La novia y su madrina, el día de la boda invitan á comer

á todas las mozas y les dan rosquillas..... las mozas despedían á la novia haciendo un acto que llamaban tocar la ENTRADA y consistía en reunirse todas yendo á casa de la novia, á cuyas puertas y á son de pandereta cantaban coplas alusivas al acto; en tanto que esto se verifica, el novio y la novia están por dentro esperando la terminación de las coplas, y al concluir abren la puerta y las mozas abrazan á la novia queriendo todas besarla en señal de despedida, dándose casos burlones de vestirse los de la boda, hombres ó mozos de los invitados, y disfrazados de mujeres, abrazar y besar á las mozas, procurando los novios besar á las novias.....

«Como se ve, de pueblo á pueblo varían los detalles en preliminares de boda; en algunos se reúnen el día antes, y á toque de tamboril van los mozos recorriendo las calles.....

«El día de la boda, y antes de salir el cortejo para la Iglesia, arrodillada la novia delante de su padre, recibe la bendición de éste, y entre sus padres y padrinos la colocan un largo manto que la cubre hasta la cara; la parienta más próxima de la novia, que es la *moza del Caldo* (en los pueblos de Astorga), lleva con el mayor cuidado un bollo con un monigote de forma especial, con traje de *maragato*; y el *mozo del Caldo*, que es el pariente más próximo también de la novia, presenta el bollo en el refertorio de la misa; pero no lo entrega para ser luego disputado en carreras de los mozos, y al vencedor se le entrega la cabeza del monigote que hacen para el bollo.....

«Como sucede en los pueblos de Matallana y Vega Cervera, al regreso del cortejo de la Iglesia van disparando tiros; en algunos las mozas colocan un arco de follaje y sillas á un lado y otro, donde colocan los mozos al novio y las mozas á la novia.....

«Lo más notable, y algo indiqué en páginas anteriores, es la costumbre de los pueblos de Valdelugeros, de la que me facilitó amplios pormenores D. Félix G. Hierro, del comercio de vinos y de gran arraigo en Sequeros y Rediguela.....

«Al salir los novios de la iglesia uno de los mozos coge á la novia por la cintura figurando apoderarse de ella, y sepa-

rándola del marido la da una vuelta y dice: «¿Quién la fia?»; el padrino se adelanta y contesta: «yo la fio». El mozo se aparta, y el padrino queda obligado á pagar á los mozos los derechos.....

«Además se sostienen diálogos entonando cantares, de los que tengo algunos fielmente copiados; pero son de color tan subido, que hay que renunciar á su reproducción y contentarse con la copia de uno que la moral no rechaza y que, como todos, demuestra que tienen mucho de asturianos los moradores de los pueblos leoneses de una gran parte de la región montañosa.

*Tente, puente, nonte cayas,  
De cal y canto y arena;  
Dexa pasar á los novios  
con el xuyo y la melena...*

\* \* \*

«Vaya por modelo para formar idea, copia literal que hice de unas capitulaciones ó concierto matrimoniales de gentes ricas de la montaña:

«En el lugar de la Vega (Vega de Almanza, del partido de Sahagún, capitalidad del Concejo, hoy Ayuntamiento) á 5 de Diciembre de 1618 años parecieron presentes Francisco Suárez, vecino de Villaceiz, concejo de Luna de Yuso, y de la otra parte María Suárez, viuda, vecina del dicho lugar, y dijeron que por cuanto entre ellos son concertados, convenidos y conformados á servicio á Dios Nuestro Señor y de su bendita madre que el dicho Francisco Suárez y la dicha María Suárez, según ordena la Santa Iglesia, quieren contraer matrimonio y conformes || y ansi mismo que su Suárez, hijo del dicho Francisco Suárez, le aya de casar y contraer matrimonio con Antonia Alvarez, hija de la dicha y de Domingo Alvarez, su marido difunto, vecino que fué del dicho lugar de la Vega. Y para la carga del dicho matrimonio dijo la dicha María Suárez mandaba y mandó á la dicha su hija cuatro vacas abonadas y maqueto de bueyes, una yegua y toca de plata, dos

docenas de ganado menudo, dos camas de ropa, las preesas acostumbradas de caso, y esto le mandó la dicha María Suárez, fuera de lo legítimo de su padre á la dicha su hija, que esto lo aya de aber la dicha su hija fuera de lo dicho.»

«Y el dicho Francisco Suarez mandó en este casamiento á ynº su fijo unas casas que tiene en Villoceiz con sus alleros, corrales y güerta, todos cercados, como estan que quedaron de Catalina Suarez, su muerta || mas el molino de abajo del Lugar que fue de Francisco Diaz Campomanes, más tres carros de yerba, mas cuatro cargas y media de sembradura de entrambas fojas, mas el barbecho de la congosta que fué de Francisca Diaz, difunta, mas se obligó á vestir á dicho su fijo y la dicha Antonia Alvarez su nuera, de vestido honrado de León y de otras partes, como se acostumbra á un fijo de algo en la dicha tierra, y las vistas y demas acostumbrados || y esto fué y pasó día, mes y año susodicho, y cada una de las partes se obligaron en forma y renunciaron las leyes que en tal caso se deben renunciar y otorgaron escritura en forma siendo testigos Alonso Alvarez, cura de la Uz y Bonella, y Melchor Garcia, cura de Villayuste, y Alonso Alvarez, vecino de Caldos, y Bartolome Juárez, vecino de Villayuste, y Policarpo Alvarez, vecino de la Vega, y lo firmaron tres testigos.»

Para ejemplo de concisión en las partidas sacramentales de matrimonio, puede servir la siguiente, que copio á la letra en los libros parroquiales de Arbas y del año de 1738:

«En 27 de Julio de dicho año, casé y velé solemnemente, habiendo precedido las proclamas y más ceremonias que previene el ritual romano, á Santiago Juárez i Benita Arias, vecinos de el lugar de Busdono, y siendo testigos D. Francisco Artea, Canónigo, é Pedro Suárez, vecino de dicho lugar, y por ser verdad lo firmo dicho día, mes y año *ut supra*». (La firma del párroco).

## Funerales.

«Un funeral no es en varios de aquellos pueblos el acto tristemente conmovedor que debiera ser; el acto de dar sepultura eclesiástica al difunto, no es para ellos, juzgando por lo que se hace, más que cumplimiento de un deber humano y de caridad cristiana; he asistido como acompañante á varios entierros en aquel delicioso país.....

»Cuando el muerto perteneció en vida á familia de alguna posición social, económicamente hablando, se llena la casa de parientes y amigos del lugar, de pueblos inmediatos y aun de otros situados á bastante distancia, y acuden á la iglesia gran número de sacerdotes de todo el contorno.

»Nada hay en el mundo perfecto; sentiría en el alma que alguien, por lo que tributario de la verdad al reflejar impresiones propias voy á decir, pusiera en duda mi fe católica; lamento en este particular poner de relieve algo que hallo más digno de censura que de alabanza para el clero de aquella parte de la provincia de León; pero he de ser veraz como informante, y para serlo no puedo ni debo pasar en silencio el caso á que me refiero.

»Asistí en Boñar al entierro del Juez municipal, D. Emilio Cáva, cuyos padres pasan por ser mimados de la Fortuna.

»Desconocedor de las costumbres, no dejó de sorprenderme la obstinación del dueño de la casa para que aceptase un puñado de monedas de cobre, y que al fin acepté, sin oír bien la explicación que me diera, efecto sin duda del ruido de varias conversaciones que á la vez se sostenían y el continuo entrar y salir de las muchas personas que acudían á dar el pésame á la familia doliente.....

»Cuando ya las campanas de la iglesia dieron el último toque de llamada, fuimos al templo en que se celebró el funeral, que duró próximamente dos horas. Volvimos á la casa del duelo, y el cadáver, dentro de elegante caja, fué colocado sobre un artefacto de hierro..... Se puso en medio de la calle, y tan pronto como regresamos de la iglesia, los diez ó doce curas que delante de nosotros salieron de la parroquia forman-

do parte del acompañamiento, cantaron preces y varios responsos, y al final de cada uno de éstos echaban los concurrentes monedas de cobre en los bonetes de los curás, en todos, uno á uno, porque no estaba bien dejar desairado á ninguno de aquellos sacerdotes; á la terminación del primero de aquellos responsos, y viendo lo que hacían los demás asistentes al funeral, comprendí el objeto de las monedas de cobre que habíanme facilitado generosamente, y poco reflexivo, por desconocer lo que había de pasar, eché la mayor parte del dinero en los bonetes; continuaron los responsos y seguimos depositando calderilla..... Al fin se puso en movimiento la comitiva; pero no andaríamos muchos pasos, cuando volvieron á dejar la caja mortuoria en su artefacto de hierro quieto en la calle, y volvieron los responsos y empezaron mis apuros, porque tenía en mi poder pocas monedas de las que me entregó el Sr. Cavia, y yo disponía en aquel momento de muy pocas también; unos pasos más allá, frente á la iglesia, nueva parada y otra vez á depositar dinero en los bonetes, y eché cuanto tenía, porque yo menos que otros, por razones que no son del caso, no podía hacerme el desentendido, y ¿para qué repetir? Hasta la salida del pueblo, distancia corta y en cuyo punto se retiró el clero quedando sólo un cura, se hicieron otras paradas, y los responsos no cesaron hasta que los concurrentes dejaron de dar dinero.....

\*  
\* \*

«A título de curiosidad, reproduzco una partida de defunción que copié de libros relativamente modernos, y de lo poquísimo que allí queda de la Colegiata de Arbas:

«En 6 de Diciembre de 1808, yo el infrascrito, canónigo y prior de la Santa Iglesia Colegial de Santa María de Arbas del Puerto, dí sepultura eclesiástica bajo la torre de referida iglesia al cadáver de Antonio Plaza, que falleció en la mañana del día cinco de dicho mes. Declaró ser soltero, vecino de Santa Eulalia, en el Reino de Galicia, y soldado de la segun-

da compañía del tercer batallón del regimiento de la Corona. Le absolví bajo «sub condicione» y se le encontraron á su muerte cuarenta y tres reales y veintiséis maravedises, los que invertí en sufragios de su alma, con mas cuarenta y cinco reales *en que se vendió la ropa* con que venía vestido, y por verdad lo firma *José María Rodríguez.....*»

\*  
\*\*

»Aparte lo antes dicho, se celebran en muchas casas de aquellos pueblos los funerales de igual modo que allí, y en otros puntos se celebran las bodas: se mata una ó dos reses, según el número de personas que acudan al duelo, se come opíparamente, y no falta el buen humor en la mesa.....

#### *El muerto al hoyo.....*

»Del dolor de algunos maridos y el de algunas mujeres puede formarse idea sabiendo que en el mismo entierro de la esposa se concierta, y ocurre varias veces, el matrimonio del viudo con otra mujer, ó el de la viuda con otro hombre.....»

\*  
\*\*

Dejo por anotar, porque á ello se opone la indole del presente libro, muchas otras costumbres de los pueblos leoneses, unas escritas y otras no escritas, y que siguen observándose, respecto á la familia, á la propiedad comunal origen de la de particulares, costumbres de pastores, etc., y variás que consignadas en antiguas Ordenanzas de Concejo subsisten por medio de acuerdos y que son realmente Derecho consuetudinario, contentándome, á pesar mío, con lo apuntado para fin del plan que me propuse desarrollar y creo haber desarrollado con la posible concisión.

FIN

## INDICE

	Págs.
Una explicación necesaria .....	1
La varita verde.....	1
El pozo de la nieve.....	25
Las ruinas del Castillo.....	41
Rosa de Abril.....	64
La hija del lapidario.....	85
La luz de la Ermita.....	109
La Venenosa.....	121
La paloma blanca.....	139
<b>León.</b> —Notas acerca de algunas de las antiguas costumbres de los pueblos de la montaña.—Reino y provincia.—Antigüedad de las costumbres.....	
Los Concejos.....	163
Clases sociales: La nobleza.....	167
El Clero.....	174
El estado llano.....	179
Los pueblos y las casas.....	181
La facendera.....	182
Cosas propias del Concejo y de uso común.....	184
Fiestas populares.....	188
Algo más respecto á los mozos; los ancianos; las mujeres.....	190
Preliminares de bodas.—Las bodas.....	194
Funerales.....	198
	205



Obras del mismo autor, próximas á  
publicarse:

El Romancero del Quijote.

Para niños: Tardes Grises.







OBRAS DEL MISMO AUTOR  
PRÓXIMAS A PUBLICARSE:

**EL ROMANCERO  
DEL QUIJOTE**



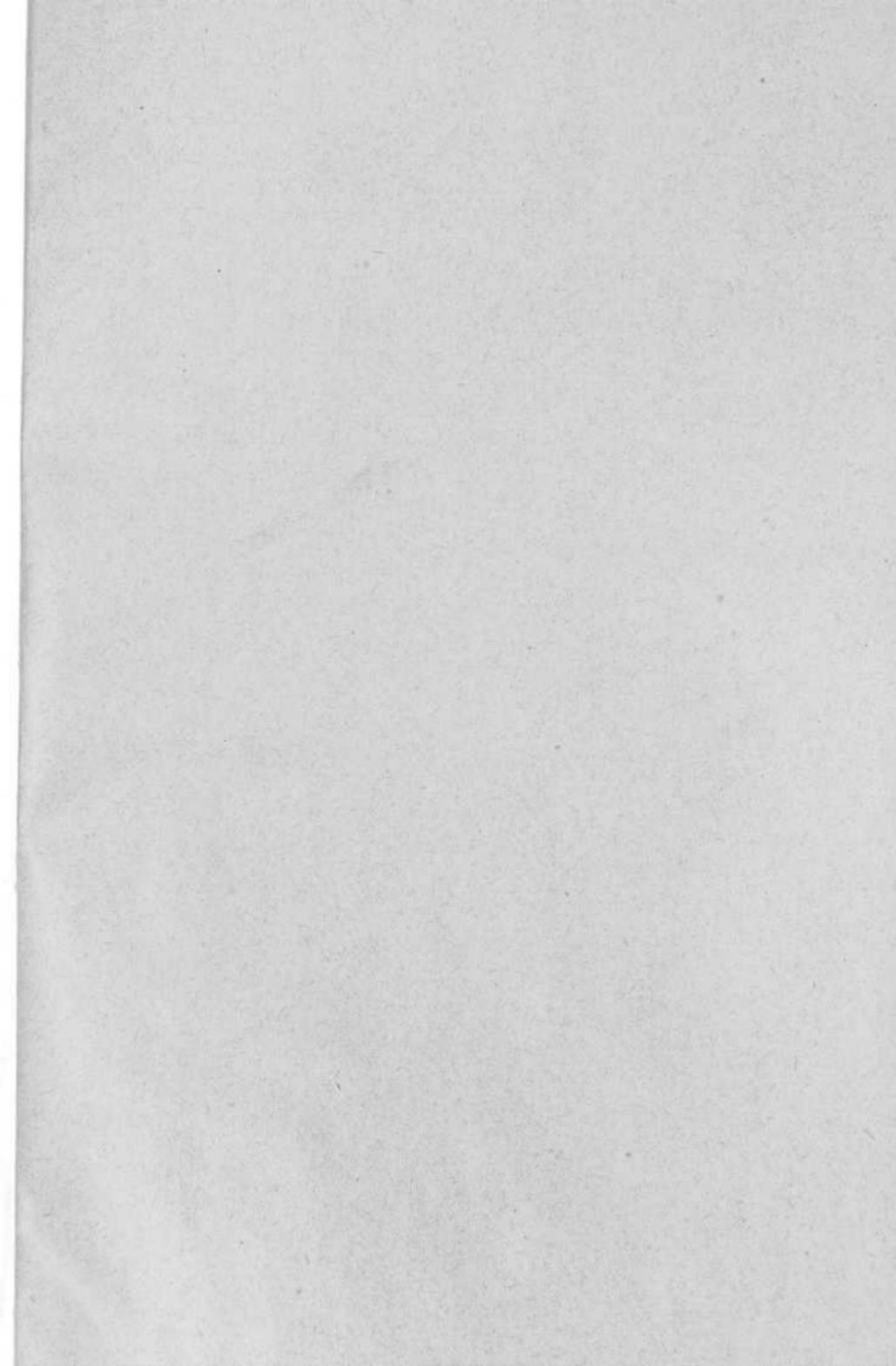
PARA NIÑOS:

**TARDES GRISES**

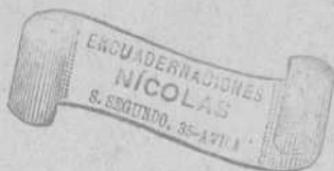
Precio: **3** ptas.











MARQUES DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOTECA

Pesetas

Número. <b>463</b> .....	Precio de la obra .....
Estante . <b>99</b> .....	Precio de adquisición .....
Tabla... <b>2</b> .....	Valoración actual.....
Número de tomos. ....	



443.

AFUENTE

Cuento  
de la  
Montaña